

HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

JAZMIN®

350 ptas. - Argentina: $2.70 - México: $9.00

Amor en altamar

Eva Rutland

Amor en alta mar

Eva Rutland

2º Matrimonio por dinero



Amor en alta mar (1998)
Título Original: The Wedding Trap
Serie: 2º Matrimonio por dinero
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1365
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jake Masón y Judy Taylor

Argumento:

Judy pensaba que había hecho lo correcto al comprometerse con un hombre que podría salvar el negocio de su padre. Pero no lo amaba... Y el día antes de la boda sólo deseaba huir a cualquier parte donde no pudieran encontrarla.

Jake Mason sólo iba a ser el padrino. Sin embargo, ¡se encontró rescatando a la novia en el último minuto! A Jake le encantó ayudarla, hasta que se dio cuenta de que Judy no había renunciado del todo a la idea de casarse. Jake Mason era atractivo y millonario... ¡Era el candidato perfecto! ¿Había caído en una trampa tan vieja como la vida misma?

Prologo

Judy tenía la garganta seca. Tomó un sorbo de zumo de naranja e intentó armarse de valor. Lo mejor que podía hacer era soltarlo de sopetón.

—Mamá, tenemos que suspender la boda.

Jim Taylor dejó caer la taza de golpe en el platillo y limpió torpemente el líquido derramado.

Alicia Taylor miró fijamente a su hija.

—¿Qué? ¿Estás loca? No se puede cancelar una boda dos días antes.

—No puedo casarme con Ben.

—¡Vaya por Dios! ¿Habéis tenido una pelea? —Preguntó Alicia con alivio en la voz—. Cariño, no te preocupes. Ha sido todo muy precipitado y agotador y los dos estáis muy tensos. Los nervios de antes de la boda. Eso es todo.

—No nos hemos peleado. Mamá, escucha, yo no…

—No, no pienso escuchar una sola palabra. ¿Quieres convertirnos en el hazmerreír de toda la ciudad?

Judy tragó saliva. A su madre no le gustaba que le estropearan los planes. Pensó en el vestido de novia que colgaba en su armario, en los regalos que seguían llegando, en todas las preparaciones.

—Lo siento —dijo entrecortadamente—. No… no puedo. No quiero a Ben.

—Pues entonces lo has disimulado muy bien estos últimos dos meses. ¿No te parece, Jim? —dijo Alicia, entrecerrando los ojos.

Jim dudó antes de responder, y carraspeó.

—Pensaba… bueno, parecía que habíais encajado perfectamente desde el principio.

—Ya lo sé —Judy se pasó la lengua por los labios. ¿Cómo podía explicarlo? Era como si hubiera estado en las nubes desde que su padrastro le presentó a Ben Cruz.

«Sé agradable con él», le había dicho, «está pensando en invertir en el negocio».

Había sido fácil ser agradable con el guapo y manirroto joven. A Jim y a Alicia les caía muy bien, y lo veían con frecuencia. Y, sí, tenía que reconocer que a ella también le había gustado mucho. Era muy divertido y le encantaba bailar con él y escuchar sus historias sobre los negocios que había realizado desde que se graduó en Yale. Había sido romántico y halagador recibir la atención continua de un empresario tan rico, dinámico y atrevido. Quizás, pensó, había estado tan cegada por su imagen que se había olvidado de mirar al hombre.

Hasta ayer por la noche, cuando sus besos habían pasado de románticos a exigentes. Cuando había intentado… tocarla. La oleada de repulsión que sintió la había asombrado. Una mujer no debería sentir eso hacia el hombre con quien se iba a casar.

—No es el hombre adecuado para mí —dijo, sin saber cómo explicarlo.

—Ben Cruz es el hombre adecuado para cualquier mujer que lo pille —gritó Alicia—. ¡No sabes la suerte que tienes porque no sabes nada de los hombres!

—¿Y de quién es la culpa? —exclamó Judy, enfurecida—. Tú me tuviste encarcelada en ese lujoso colegio para chicas, y apenas veía a un chico, excepto en los bailes mensuales, bien vigilados. ¡No es extraño que me enamorara del primer chico que me ha prestado un poco de atención!

—Hace dos años que saliste de esa escuela. Si hubieras ido a la universidad de Georgetown, como queríamos nosotros, hubieras conocido a montones de hombres ¡a los más adecuados!

—No voy a ir a la universidad para conocer hombres.

—No, claro. ¡Tienes que hacer una carrera! —exclamó, irónica, Alicia—. Y vas a la universidad del Estado porque es la mejor en Diseño Arquitectónico. Y pasas todo tu tiempo libre en ese almacén de maderas. No hacía falta que trabajaras. Sabes que Jim…

—Lo sé —interrumpió Judy. Pero no quería depender de Jim para siempre. Además… mamá, es el mejor sitio para aprender sobre los diferentes tipos de madera. Aunque sólo sea la contable…

—Lo único que digo es que no es culpa nuestra que no hayas tenido tiempo de conocer a cuantos hombres quisieras. Créeme, señorita, ¡un buen marido es mil veces mejor que una carrera! Me asombra que no lo entiendas.

«Yo no soy tú», estuvo a punto de decir Judy. Pero no lo hizo, no tenía necesidad de criticar a su madre. Pero, al contrario que Alicia, no estaba dispuesta a depender de nadie.

—Quiero ser arquitecto.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Alicia, haciendo un ademán impaciente con la mano—. ¡Adelante! A Ben no le importa. Otro punto a su favor. Ten tu hobby. Pero no pierdas esta oportunidad. Tienes la suerte de haber encontrado el hombre perfecto para ti —dijo con voz más suave, agarrando la mano de Judy—. Sabes que lo único que deseo es que seas feliz. Por eso animé a Ben… no me mires así, lo admito. Supe desde el momento en que lo conocí que era perfecto para ti. Un joven con tan buen talante, tan agradable. ¡Guapo, además, y rico! Él te quiere Judy, y cuidará de ti.

—Puedo cuidarme yo sola y no pienso casarme con un hombre al que no amo.

—Deja de repetir eso. No lo dices en serio. Y no puedes estar enamorada ahora y cambiar de opinión al minuto siguiente sólo por un impulso momentáneo —dijo Alicia levantándose, con ira y determinación en la cara—. Además, es demasiado tarde. ¡No permitiré que arruines tu vida y me hagas quedar como una estúpida porque tienes un ataque de nervios prematrimoniales!

—No es…

—Me da igual lo que sea. No estás en esto tú sola, señorita. Esta boda significa tanto para mí y para Jim como para ti. ¿Quieres arruinar nuestra vida también?

—Pero… —objetó Judy. ¿De qué hablaba su madre? Miró a su padrastro, tenía cara de… ¿miedo?

—Díselo, Jim —lo animó su madre.

—Alicia, eso es algo entre él y yo. Si Judy no quiere… —dijo dubitativo.

—Judy no sabe lo que quiere. Y, sin duda, él cambiará de opinión si lo avergüenza delante de toda la ciudad. ¡Díselo!

—¿De qué se trata, Jim? —preguntó Judy.

—Sólo es que Ben pensaba invertir en mi negocio.

—Ya lo sé. Me lo dijiste.

—No te dije que pensaba invertir doscientos cincuenta mil dólares y que yo… bueno, necesito ese capital.

—Ah —musitó Judy. Claro, a eso se dedicaba Ben, a invertir en diferentes negocios, se lo había explicado—. De eso hace ya dos meses. ¿Por qué no lo ha hecho aún? Si pensaba invertir…

—No sé a qué se debe el retraso —dijo Jim con frustración—. Supongo que después de la boda, cuando sea parte de la familia… pero, Judy, si no quieres…

—¡Basta ya! Es demasiado tarde. Judy, cariño, no puedes tomar una decisión así por la tontería de un momento. Te arrepentirás el resto de tu vida. Y nos afectará a todos.

Su madre continuó hablando, pero Judy no escuchaba. Estaba mirando la cenicienta cara del hombre al que había llamado padre desde los cuatro años. Cuando su madre le había dicho: «Este es tu nuevo papá. Va a cuidar de nosotras». Eso era lo que había hecho. Le había dado amor, apoyo, todo lo que había pedido.

Ahora la necesitaba a ella…

Ben le gustaba. Por lo menos antes. Quizás su madre tuviera razón. Puede que sólo fueran los nervios de antes de la boda. Quizás fuera natural sentir aprensión, tener miedo de compartir una intimidad que nunca había experimentado antes.

También tenía que pensar en su madre. ¿De verdad quería que quedara como una tonta?

Volvió a mirar a su padrastro. Parecía vencido, indefenso.

Era como si ella tuviera doscientos cincuenta mil dólares en la mano y se negara a dárselos.

Capítulo 1

Jake Masón se sentó en el cochecito eléctrico, miró su reloj y maldijo. La ceremonia se celebraba en Elmwood, Virginia, a una hora en coche desde Wilmington.

—Más vale que nos demos prisa, o llegaré tarde a la maldita boda —dijo.

—¿Maldita boda? —preguntó Scot Harding mientras conducía hacia el hoyo diecisiete del Club de Campo Overland.

—Malditas todas las bodas —replicó Jake con desdén.

—¿Tienes algo en contra de ellas?

—Sí. Bueno, en realidad no. Es que tienen tendencia a ser contagiosas.

—Ya te entiendo. Sobre todo cuando tú eres tan buen partido… hoy… ya se sabe, el padrino y la dama de honor…

—¡De eso nada! Entregaré el anillo, brindaré por los novios y me largaré. Ya me preocupé de no conocer a la dama de honor, a la novia, ni a ningún otro invitado. Le dije a Ben que no podría asistir a los preparativos nupciales porque tenía compromisos.

—Y porque quieres que te tomen por su mejor amigo cuando sabes perfectamente que no lo eres.

—Vale ya, Scot. Ese tipo me salvó la vida.

—¡Por Dios! ¡Eso fue hace diez años! Creo que ya le has devuelto el favor.

—Nunca se llega a devolver un favor como ése —dijo Jake, estremeciéndose al recordar los faros del coche que se metió en la acera a toda velocidad cuando él estaba a punto de entrar en la residencia universitaria. Ben Cruz, que salía justo en ese momento, literalmente voló hacia él y le hizo un placaje que consiguió apartarlos a ambos del camino del coche. Y de la muerte, si había que juzgar por el impacto del coche cuando se estrelló contra el edificio—. No lo hubiera contado de no ser por Ben.

—Y él hubiera perdido el mejor amigo que pueda tener un gorrón. ¿No fuiste tú quien pagó sus deudas de juego cuando lo perseguía la mafia? Ese tipo siempre estaba metido en líos.

—Sí, pero siempre eran líos interesantes. La universidad no hubiera sido lo mismo sin Ben —sonrió Jake, recordando la gracia del espabilado chico, que no estudiaba allí, sino que hacía chapuzas en el campus universitario y servía la mesa en la residencia estudiantil—. Siempre estaba dispuesto a divertirse.

—Y tú a que te dieran un sablazo. Dime, ¿cuántas veces lo has visto desde Yale? —preguntó Scot, tomando su palo de golf y siguiendo a Jake al punto de salida del hoyo.

—Bueno, de vez en cuando.

—Siempre que necesitaba un accionista. Que yo sepa, dos veces, ¿no? Una pizzería y una bolera, y las dos fracasaron.

—Sí —asintió Jake, dando un golpe con el palo— Ben no ha tenido mucha suerte invirtiendo el dinero.

—Quieres decir que es un perdedor nato.

—Pero un buen perdedor —dijo Jake— Nunca pierde la sonrisa y siempre tiene una buena excusa para el fracaso. Ben siempre es optimista. Un tipo encantador.

—Todos los timadores lo son —replicó Scot, moviendo la cabeza—. Y tú dejas que te time. Eres un incauto. Es por tu complejo de culpabilidad.

—¿Complejo de culpabilidad? —preguntó Jake, enarcando una ceja.

—Claro. ¿Por qué naciste teniendo una fortuna cuando otros no tienen nada? Menos mal que la mayoría del oro de los Masón está invertido en fundaciones o cosas así, si no, lo regalarías todo.

—Bah, cállate.

—La verdad duele ¿eh? —Dijo Scot mirándolo con seriedad—. Más vale que te enfrentes a ella. Ben Cruz es un timador y tú eres un buenazo. Vamos, que no has ido a su despedida de soltero, pero me apuesto la última peseta a que la has financiado.

Jake no contestó, simplemente sonrió mientras colocaba la pelota en el punto de salida y miraba al horizonte. No tenía ninguna intención de contarle a Scot qué más había financiado. Había enviado su regalo de boda, un cheque de doscientos cincuenta mil dólares, a la fiesta de despedida de soltero. Había retrasado el regalo hasta justo antes de la boda a propósito. Quería asegurarse de que Ben iba a casarse con la hija de su futuro socio, un hombre con treinta años de experiencia en la construcción. Una mujer y un buen socio deberían servir para mantener a Ben a raya. Esta vez sí era una buena oportunidad para Ben, pensó Jake mientras lanzaba la pelota recta por la calle.

En Elmwood, Virginia, Ben Cruz pensaba exactamente lo mismo. Un buen negocio, pensó cuando ingresaba el cheque. Desde luego, no tenía intención de invertirlo todo en Construcciones Taylor. Ya había convencido al señor Taylor para que aceptara menos. No le había hecho mucha gracia. ¿Por qué sería?

Lo mirara por donde lo mirara, era un trato que le convenía. Simplemente tenía que poner la pasta, relajarse y cobrar beneficios mientras Taylor hacía el trabajo. Aún más, el dinero era un regalo. Un regalo de boda. Eso no se podía mejorar. Y encima un extra… casarse con Judy Taylor: talla cuarenta, un metro sesenta y dos y ni un gramo por encima de los cuarenta y ocho kilos, perfectamente distribuidos.

Salió del banco pensando en ese delicioso cuerpo acurrucado en sus brazos. Esa melena dorada desparramada sobre su pecho y unos enormes ojos azules mirándolo. Esa noche. Sólo pensarlo lo excitaba.

Pero era un poco fría. No estaba acostumbrado a esas chicas tímidas y modestas de «mírame y no me toques». A veces sospechaba que los Taylor la habían empujado a comprometerse.

No, pensó. No podía ser eso. Él le gustaba. Tenía que gustarle, después de tanto cenar y bailar. A ella le gustaba bailar y lo hacía casi tan bien como él. Sabía lo que le gustaba y lo que la hacía reír. Siempre se le habían dado bien las chicas. No la había forzado. Había notado que Judy era… bueno, tímida e intocable. Esa noche la tocaría. Le iba a enseñar unas cuantas cosas. Apenas podía esperar.

Llegó al coche y volvió a pensar en el dinero. Pagaría la deuda de juego que tenía pendiente e intentaría escamotearle algo más de dinero a Taylor, para quedarse con una buena suma en el bolsillo. Faltaban cuatro horas para la boda. Decidió pasarse por la oficina, quizás Taylor estaría allí.

Aparcó y, por la parte de atrás del edificio, subió corriendo las escaleras que llevaban a la oficina. Vio el cartel incluso antes de llegar a la puerta: *Clausurado por Hacienda*. Sorprendido, corrió hacia la puerta delantera. Había otro cartel: *Cerrado por Hacienda*. Debajo, en letras más pequeñas ponía: *Propiedad del Gobierno de EE. UU*.

Ben se quedó asombrado. Perplejo. Horrorizado. Eso era una experiencia nueva para él.

¿Sena Taylor traficante de drogas? No. Tenía deudas. Impuestos impagados. ¡Claro! A eso se debía la oferta de sociedad. El viejo estaba arruinado y el gobierno había absorbido la empresa.

Vaya, vaya, que suerte haber pasado por allí. ¡Se había librado por los pelos! Sólo tenía que pagar a la mafia y quedarse con el resto.

¿Y Judy?

Bueno, había tallas cuarenta a duro la docena. Y menos frías, sobre todo cuando uno tenía un montón de pasta. Como era el caso, gracias al bueno de Jake.

Jake se duchó y se vistió en el club, y salió con tiempo de sobra. Pero había mucho tráfico y no llegó al aparcamiento de la iglesia de Elmwood hasta media hora antes de la ceremonia. Una mujer regordeta, que llevaba un pequeño vestido cubierto con un plástico en una mano y daba la otra a una niñita, lo dirigió hacia una entrada lateral.

—Soy la niña que lleva las flores —anunció la pequeña, sonriéndole.

—Y una niña muy guapa —dijo él, mientras sujetaba la puerta para que entraran.

—¡Aún no! No hasta que me ponga el vestido —le gritó por encima del hombro, mientras se apresuraban vestíbulo abajo.

Sonriendo, encontró el despacho del pastor, donde tenía que reunirse con Ben.

Ben no estaba allí.

Los dos hombres que ocupaban la pequeña oficina lo saludaron con cordialidad, pero distraídos, como si estuvieran pensando en otra cosa. El reverendo Joseph Smiley estaba sentado en su escritorio, absorto en un texto. Probablemente el rito matrimonial que, pensó Jake, debía saberse de memoria a esas alturas.

El señor Taylor, el padre de la novia, caminaba nerviosamente por la habitación y no dejaba de mirar su reloj.

¿Dónde estaba Ben?

Eso era, evidentemente, lo que se preguntaba el señor Taylor. Porque unos minutos después, hizo una seña al pastor y, cuando éste asintió, levantó el teléfono. Marcó y escuchó. Por fin, colgó el teléfono de un golpe y salió del estudio muy perturbado.

El pastor miró a Jake.

—Creo que será mejor que vaya a ver qué ocurre. Volveré en seguida— dijo, saliendo apresuradamente.

Jake se encogió de hombros. Aún faltaban quince minutos para la ceremonia. Se acercó a la ventana y miró el aparcamiento, esperando ver a Ben llegar a toda prisa entre los invitados.

En la cámara nupcial, Alicia Taylor se miró en el espejo de cuerpo entero, como para confirmar la exquisita perfección de su vestido de seda turquesa y la belleza, aún juvenil, de sus rasgos bajo el cuidado maquillaje. Satisfecha, se volvió para mirar a su hija, envuelta en un vestido bordado con pedrería, diseñado por el modisto Sak. No el más exclusivo, pero lo mejor que podían permitirse en ese momento. De hecho, que no podían permitirse, lo habían cargado en cuenta. Pero, a partir de ese día, cuando Ben formara parte de la familia, podrían.

—Creo que debería estar algo más apartado de la cara —sonrió, dándole un ligero tirón al velo de Judy.

—No, está perfecto —amonestó Celia, la mejor amiga de Judy y su única asistente—. Bueno, quizás. Sólo un poco. ¿Tú qué crees, Judy? Ven, acércate al espejo.

Judy, ante el espejo, parpadeó al ver a la extraña envuelta en metros de organdí con incrustaciones de pedrería. Un maniquí vestido de novia.

—No te muevas —dijo Alicia.

Judy intentó quedarse quieta, mientras toqueteaban el velo. Pero quería escapar. ¿Qué hacía allí, esperando a casarse con un hombre que desearía no haber conocido nunca?

—Estás muy guapa —dijo con admiración la niña, que llevaba un

vestido rosa largo.

—Gracias, Dottie —replicó Judy, acariciando uno de sus rubios rizos—. Tú también estas muy guapa.

—Esperemos que siga así hasta que acabe la ceremonia —suspiró, nerviosa, la madre de la niña—. Mire señora Taylor, aquí llega el fotógrafo.

—¡Bien! —Dijo Alicia—. Ponte aquí, Judy. Quiero que me saque una foto arreglándote el velo. Así está bien. Ahora ponte aquí…

Judy fue de un lado para otro como le pedían, mientras el fotógrafo sacaba fotos y la alegre cháchara de los demás resonaba en sus oídos. Como un toque de difuntos.

—¡Sonríe, cariño!

Sonrió, intentando ignorar el desánimo que la embargaba. Le gustaba Ben, ¿no? Por lo menos, hasta hacía unas noches. En cambio ahora… su madre decía que eran nervios prematrimoniales, sólo eso. Después de esa noche… al pensarlo se estremeció.

—Alicia, tengo que hablar contigo —llamó Jim Taylor desde la puerta, haciendo señas a su esposa.

—Ahora no, Jim. El fotógrafo…

—¡Ahora!

Notando la urgencia de su voz, Alicia salió, cerrando la puerta tras ella.

Los demás esperaron, hablando en voz baja.

Cuando Alicia volvió, estaba muy pálida.

—¡Tú! —Balbuceó mirando a Judy—. ¡Cómo te has atrevido!

—Madre, ¿qué…? —comenzó a preguntar Judy, acercándose preocupada. Parecía enferma.

—¡No me toques! —masculló Alicia con desprecio.

Judy se paró, sorprendida por su violencia. Pero su pena pudo más que la sorpresa. Alicia estaba rígida, jadeando, como si estuviera a punto de tener un infarto.

—Mamá, siéntate por favor —imploró.

Alicia dio un paso atrás y miró a su alrededor desconcertada, fijándose en los demás por primera vez.

—¡Salid! —Comenzó a decir, pero paró, intentando recuperar el control—. Por favor. Tengo que hablar con mi hija a solas.

Todos salieron rápidamente, entre curiosos y preocupados.

—Así que lo hiciste de todas formas, ¿verdad? —gritó Alicia casi antes de que salieran—. A pesar de lo que dijimos.

—Hice… ¿qué?

—Rechazaste a Ben. ¡No lo niegues!

—¿Yo? ¿A Ben? ¿No está aquí?

Su madre negó con la cabeza. A Judy se le aceleró el pulso y pasó de un sentimiento de catástrofe a uno de alivio. Éxtasis. En sólo un

segundo. Ben no estaba allí. ¡No tendría que casarse con él!

—¡Lo hiciste! Lo veo en tu cara. Lo rechazaste.

—No, no es cierto. En ningún…

—Pero te arrepentirás, señorita. Cuando pienso en los gastos… ¡En la humillación! Dios mío, ¿cómo puedo aparecer delante de toda esa gente?

Judy miró a su madre, intentando comprender lo que decía. ¿Ben no estaba allí? ¿Por qué? Ella no le había dicho nada para que… intentó recordar. Anoche, en el ensayo, él se había comportado como siempre. De hecho, estaba de excelente buen humor.

—Mamá, quizás se ha retrasado —sugirió con un nudo en la garganta, y su sensación de alivio desapareció.

—Oh, no. Se ha ido. Díselo, Jim —ordenó Alicia a Jim Taylor, que entraba en ese momento.

—Se ha marchado, Judy —confirmó él.

—¿Marchado? —inquirió Judy, preguntándose dónde habría ido Ben y por qué—. Quieres decir que no está aquí, pero…

—No está aquí y no va a venir —interrumpió Jim, más sorprendido que enfadado—. Se ha ido de la ciudad, Judy. Intenté llamarlo, pero su teléfono estaba desconectado. Fui a su apartamento. Se ha llevado todo. El encargado me dijo que ni siquiera le dejó una dirección.

—No hace falta que pongas esa cara de sorpresa, jovencita. Lo has manipulado todo ¿no es cierto? —Acusó Alicia—. Después de haberlo prometido. Como nosotros no suspendimos la boda, has conseguido que lo haga Ben.

—Mamá, no le he dicho a Ben una sola palabra que le hiciera pensar…

—¿Y por qué se ha ido entonces? Con sólo sugerirle lo que nos dijiste el otro día, ya me lo puedo imaginar —gritó Alicia, furiosa—. «En realidad no te quiero. No eres el hombre adecuado para mí. ¡Será mejor que lo dejemos!»

—Mamá, no. Te juro que no lo hice —sollozó Judy, herida por la injusticia de la acusación.

—Algo debes haber dicho o hecho. Si no, ¿por qué se ha ido?

¿Por qué?, se preguntó Judy. ¿Acaso le había expresado sus sentimientos inadvertidamente? ¿Le había desagradado su mojigatería? Quizás había percibido…

—Ahora lo recuerdas, ¿verdad? —Espetó Alicia—. Pero te arrepentirás. ¡Te arrepentirás el resto de tu vida!

—Cariño, no culpes a Judy. Ella está aquí. Es Ben el que no está —intervino Jim, rodeando a su mujer con un brazo.

—No. Es culpa de ella. Ya la oíste el otro día —se volvió hacia Judy—. ¿Sabes lo que has hecho? Nos has avergonzado ante toda la ciudad. ¡Nos has humillado! ¡Dios mío! ¿Cómo podré soportarlo? —

dijo Alicia, derrumbándose en una silla. Las lágrimas corrían a raudales por su cara, salpicando el traje de seda que se había puesto, feliz, hacía una hora escasa—. ¡Cómo has podido! Después de todo lo que hemos hecho por ti.

—Pero no le dije nada a Ben. De verdad —Judy miró a su padrastro, con un escalofrío de culpabilidad. ¿Habría percibido Ben lo que no le había dicho?

Su madre estaba casi histérica.

—¡Dios nos envió a un ángel y tú lo has rechazado! Nunca te lo perdonaré. ¡Nunca! ¡Cómo has podido!

—Vamos, Alicia. No le eches la culpa a Judy. Sé razonable —dijo Jim.

Pero Alicia era incapaz de razonar. Escupió todo su veneno, tachando a Judy de «miserable malintencionada, manipuladora y desagradecida».

Judy, muda de asombro, no tuvo más remedio que escuchar hasta que Jim sacó a Alicia de la habitación.

—Tenemos que enfrentarnos a nuestros invitados, cariño. Darles una explicación.

Judy los vio salir. Le martilleaba la cabeza. Su cuerpo temblaba, asaltado por un tumulto de sensaciones contradictorias. Vergüenza. Júbilo. Culpabilidad.

No tendría que casarse con Ben.

Los invitados esperaban… su madre estaba tan avergonzada

¿Había provocado ella esto? No era culpa suya. ¿O quizás sí?

La cabeza le dolía muchísimo. Tal vez debería tomar una aspirina. Se apoyó contra el espejo y alcanzó su bolso.

Le temblaba la mano cuando abrió el bote y lo inclinó para sacar un par de pastillas.

El pastor volvió para informar a Jake de que la boda se había suspendido.

—¿Suspendido? ¿Por qué?

—El novio… —dudó el reverendo Smiley, sin saber cómo explicarlo—. Por algún motivo no ha podido asistir.

—¿No ha podido? ¿O no ha querido? —preguntó Jake sin rodeos; conocía a Ben.

El pastor, avergonzado, admitió que parecía que el novio había abandonado la ciudad.

Jake se sorprendió. ¿Qué jugada estaba preparando Ben? Intentó pensar. Sí, le había negado el dinero a Ben hasta que comprobó que Construcciones Taylor existía de verdad, y sí, le había dicho a Ben que recibiría el dinero cuando se casara con la hija.

—No lo entiendo —exclamó el reverendo Smalley, moviendo la

cabeza—. Estuvo aquí ayer noche para el ensayo de la boda. Y según parece, ahora ha abandonado la ciudad. Sin avisar. Pobre Judy, es un golpe muy duro. Y ella es una chica encantadora. De hecho, toda la familia lo es. La señora Taylor es una de nuestras diaconisas, se encarga de la parroquia, una buena mujer. Se ha esforzado mucho en organizar todo esto. Judy es su única hija —explicó volviendo a mover la cabeza—. ¡Que lástima! No lo entiendo.

Jake tampoco lo entendía. Suponía que la chica debía ser un adefesio, para que Ben se hubiera echado atrás, tanto de la boda como de un trato que le hubiera proporcionado ingresos fijos. Era posible que nunca hubiera tenido intención de casarse con ella. Sólo había sido una estratagema para agenciarse unos malditos dólares. ¡Maldición!

—Sí. Una lástima —asintió Jake marchándose.

—Espere. No se vaya tan rápido. Seguro que… —el pastor vaciló—. Es decir, todo está preparado en el salón social. Hay muchos invitados, seguro que continuarán adelante con la recepción.

—Gracias —dijo Jake. Pero no hacía falta que él se quedara. No conocía a nadie, y no tenía ningún deseo de ver a la novia que habían dejado plantada. ¡Era terrible! Los preparativos, los invitados, y todo para nada. Salió al vestíbulo pensando en la nena: «Soy la niña de las flores», había dicho feliz y orgullosa.

Se detuvo junto a una puerta abierta, y se asustó al ver a una mujer vestida de novia alzar una botella. ¡La novia! Iba a…

—¡No! —Entró corriendo y tiró la botella de un golpe—. Él no lo merece.

Ella alzó la cara, acosada y atormentada, hacia él.

—¡Sácame de aquí! ¡Por favor!

Capítulo 2

Jake dudó un instante, pero su ansiedad pudo más que su discreción. Una mujer a punto de suicidarse… ella no le dio tiempo a pensarlo más. Se recogió la cola del vestido sobre un brazo y lo arrastró al vestíbulo. Una vez allí, miró a su alrededor con incertidumbre.

—Por aquí —dijo él. Al menos podía llevarla a casa. En su estado no podía enfrentarse a toda aquella gente. Ella lo siguió ciegamente escaleras abajo, hasta llegar a donde tenía el coche aparcado.

Aunque pareciera increíble, no se encontraron con nadie, ni siquiera en el aparcamiento. Probablemente los sorprendidos invitados, imbuidos de compasión y curiosidad, estaban en la recepción. El salón social debía estar al otro lado de la iglesia, pensó con alivio. No le gustaría que lo vieran escapándose con la atracción principal.

Miró a la mujer. No era ningún adefesio. Muy al contrario, era preciosa. Volvió a preguntarse por Ben. Quizás no fuera su tipo. No es que supiera mucho de las conquistas de Ben, pero las mujeres que había visto con él eran de ésas que lo saben todo sobre la vida. La mujer que se acurrucaba en el asiento parecía tan inocente como una niña. Una niña avergonzada porque la habían pillado jugando a ser mayor, con el vestido de novia de otra persona. Se hubiera echado a reír, si no fuera porque le daba muchísima pena.

Estaban atrapados en medio de un atasco. Miró el coche que había al lado.

—¡Enhorabuena! —dijo la pasajera con los ojos brillantes, y los saludó con la mano.

¡Claro! ¡El vestido de novia!

Devolvió el saludo con una tímida sonrisa. ¡Al menos no la conocía! En cuanto pudo, giró hacia una calle relativamente tranquila.

—¡Quítate el velo!

—¡Oh! —la orden la sacó de su apatía. Se arrancó el velo, lo tiró al suelo, y lo pisó distraídamente—. Lo siento —dijo mirándolo por primera vez—. Debemos parecer…

—Una pareja de recién casados —sonrió él, intentando relajarla tensión.

—Sí —asintió ella sin devolverle la sonrisa—. Me he portado fatal al arrastrarte así. Estaba deseando salir de allí y cuando entraste… —de repente vio su traje de etiqueta— ¡Ibas a la boda! ¿Eres el mejor amigo de Ben? Joe… no, Jake. Jake…

—Jake Masón —aclaró él. Hizo una mueca al recordar lo que había dicho Scot esa mañana: «Que te consideren su mejor amigo cuando

sabes perfectamente que no lo eres».

—Ibas a ser el padrino.

Él asintió con la cabeza.

—¿Sabes qué ha ocurrido? ¿Dónde está Ben? ¿Por qué…? —Se interrumpió, dándose cuenta de su incomodidad—. Perdona. Claro que no lo sabes —siguió, comprendiendo que él estaba esperando en la iglesia, igual que ella—. Siento haberme aprovechado de ti.

—No importa —se inclinó hacia ella— ¿Estás bien?

Al notar la ansiedad de su voz, se sonrojó. La estaba compadeciendo, igual que harían Celia y todos los amigos que se habían quedado en la iglesia. Mientras que ella, no podía evitarlo, ¡se alegraba! Se alegraba de que Ben no hubiera aparecido. La soga que tenía al cuello, sofocándola, se había roto de repente, y podía respirar. Le apetecía bailar, cantar y gritar.

—¿Te llevo a casa?

—¡No! —tragó saliva, esperando no haber gritado. No estaba preparada para enfrentarse a su madre y a todas sus recriminaciones. Aún no. Volvió a tragar—. No, no quiero ir a casa.

—¿A dónde, entonces? —preguntó él. Había aparcado en una calle lateral, que bordeaba el parque, y la miraba atentamente, todavía con expresión preocupada.

Ella lo miró, mientras escuchaba los gritos de un partido de béisbol que se jugaba allí cerca. Intentó pensar. Podía ir a casa de Celia, pero sería el primer sitio donde la buscarían. Bajó la mirada.

—¡Mi bolso! Me lo dejé en la iglesia.

—¿Quieres que vuelva?

—No —replicó, era el último sitio en el que quería estar—. Ellos… mi madre se lo llevará. Estaba pensando que podría ir a un hotel, pero no tengo…

—El dinero no es el problema —intervino Jake y, al ver su mirada de incomprensión, añadió—. Llamarías bastante la atención con ese vestido.

—Oh, claro. Bueno, supongo que me podrías dejar en casa —dijo. Pero parecía tan desolada e indefensa como un gatito al que fueran a ahogar. Él no pudo soportarlo.

—Podríamos ir a mi barco —ofreció.

—¿Tu…? ¿Tienes un barco y podríamos…? ¿No te importaría? —balbució ella atropelladamente—. Así tendría un rato para pensar. ¿Podríamos?

—Claro. No estamos vestidos para navegar pero ¡qué más da! —replicó encendiendo el motor.

—¡Espera! —gritó, volviéndose de espaldas y señalando—. Esto va enganchado. Si pudieras desabrocharlo… —Él la obedeció, ella hizo un bulto con la cola del vestido y el velo y salió del coche. Dos

mujeres que estaban de comida campestre la miraron asombradas cuando tiró los caros adornos en una papelera.

Él también la miró asombrado. Ya no parecía una mujer con el corazón destrozado, a punto de suicidarse. Tampoco parecía un gatito ahogándose. Parecía una mujer a cargo de su destino diciendo «¡Apártate de mi camino!»

Sin embargo, su humor cambió durante el largo y silencioso viaje a Delaware. Para cuando llegaron al puerto volvía a tener la mirada perdida, y a sus ojos asomaba una pregunta: «¿Qué hago ahora?»

Él era culpable de que tuviera esa mirada, al menos había colaborado para ponerla en esa situación. Le dolía mucho. No le había importado que Ben le embaucara una y otra vez. Pero había permitido que embaucara a esa inocente jovencita…

—¿Cuántos años tienes? —preguntó parando el coche ante el club marítimo.

—Cumplo veintitrés el mes que viene.

Una chiquilla, pensó él, conduciéndola a lo largo del casi desierto embarcadero.

Judy estaba aturdida, intentando comprender lo sucedido, intentando afrontar sus consecuencias. Pero incluso su mente perpleja se alertó al ver el barco. No era un velero pequeño ¡claro! Éste era el amigo de Ben, su compañero de clase en Yale. Ben lo había ayudado en muchos negocios. Debía ser tan rico como Ben, pensó mientras bajaban por una escalerilla, atravesaban un pasillo, y llegaban a un perfecto dormitorio. Pequeño, pero con una sensación de lujo y espacio que asombró a su mente de decoradora.

Él atravesó una puerta contigua, y ella oyó como abría y cerraba lo que parecía una puerta de armario.

—Creo que encontrarás todo lo que necesites —comentó él al regresar—. ¿Quieres comer o beber algo?

Judy negó con la cabeza, deseando que se marchara. Lo único que quería era enterrar la cara en una de esas almohadas y olvidarse de hoy, de mañana, de todo.

—De acuerdo —dijo él inseguro—. Bueno, si necesitas algo. ¡Ah! —abrió un cajón del armario empotrado—. Eso creía. Mel dejó algunas cosas. Puedes cambiarte si quieres —dijo, haciendo un gesto de ofrecimiento con la mano.

—Gracias.

Volvió a mirarla dubitativo y ya salía cuando se dio la vuelta y señaló el teléfono con la cabeza.

—Sería mejor que llamaras a tus padres.

Ella hizo un gesto negativo.

—No hace falta que les digas dónde estás. Sólo que estás bien.

—De acuerdo —replicó ella, pero no se movió.

—No estaría bien que se preocuparan. Podrían dar un aviso de persona desaparecida —insistió, con cara de no moverse hasta que llamara.

Judy se sentó en la cama y se obligó a levantar el teléfono y marcar.

—Mamá, estoy…

—¡Judy! ¿Dónde estás? —exclamó Alicia, entre agitada y enfadada.

—Estoy bien.

—¿Dónde estás?

—En… en casa de un amigo.

—¿De quién? ¿Dónde? Jim irá a recogerte.

—No —levantó la mirada hacia el hombre que esperaba en el umbral—. Quiero quedarme aquí de momento.

—¡Judy! ¡Tenemos que arreglar esto! Ver si podemos encontrar a Ben y…

—Ya te llamaré. Adiós, mamá —interrumpió. Colgó el teléfono y se volvió hacia la puerta. Estaba cerrada, él se había ido.

Se estiró en la cama. Si pudiera descansar un rato, pensar.

Cuando él llamó a la puerta una hora después, no hubo respuesta. Abrió silenciosamente y entró. Estaba tendida en la cama, inmóvil, y la miró unos instantes.

Los dorados rayos del atardecer entraban por el ojo de buey, iluminando una bella escena. Todavía tenía puesto el vestido de novia y las joyas incrustadas en sus pliegues brillaban como estrellas. El pelo, libre del velo, cubría la almohada como una masa de oro. Pero lo que le atrajo fue su cara. La perfecta forma de corazón de su linda cara, la nariz pequeña y recta, y las largas pestañas que enmarcaban los párpados cerrados. Pero a Jake Masón, acostumbrado a las caras bonitas, le llamó la atención otra cosa. Se la veía muy joven e inocente. Vulnerable.

Lo alegró verla dormir. Un sueño profundo y no inducido por pastillas, porque había revisado el baño para comprobar que no había ninguna. No, era el sueño del agotamiento. Provocado por los ajetreados preparativos de la boda, por los nervios, por el disgusto. Cerró los puños. ¡Estrangularía a Ben por esto!

Después, para su sorpresa, sonrió. Ella se había librado. No lo sabía, pero estaría mejor sin Ben. Lo superaría. Le quitó las sandalias, la tapó con una manta y se marchó tan silenciosamente como había llegado.

Cuando Judy se despertó, los brillantes rayos del amanecer entraban en el camarote. Durante unos instantes miró el techo,

preguntándose por qué estaba inclinado en vez de… se sentó de golpe. Se miró el vestido arrugado y luego miró a su alrededor.

Recordó. Su primera sensación fue de incomparable alivio. No estaba casada con Ben. No tendría que casarse con él.

A no ser que… un escalofrío le recorrió la espalda.

No. No se casaría con él aunque volviera.

No volvería. Jim dijo: «Se llevó todo. No dejó dirección postal»

¡Mamá! Pálida y enfadada, con una mueca de desprecio en los labios: «Dios nos envió un ángel, ¡y tú lo rechazaste!»

Judy sintió un destello de ira. «Yo no lo rechacé, y ¡Ben no es ningún ángel! Sólo es un hombre».

Una risa ahogada comenzó a brotar de su garganta. Para su madre los ángeles siempre llegaban en forma de hombre: «Jim, tu nuevo papá, un ángel que ha venido a cuidarnos.» «Ben, un ángel…» La idea de Ben como un ángel era muy divertida. Las risitas se convirtieron en un ataque de risa histérica. Judy se dejó llevar. Se tiró de espaldas en la cama y se rió a carcajada limpia, moviéndose de lado a lado, con lágrimas resbalando por sus mejillas. No podía parar. La risa brotaba de ella como una riada, liberando la ira, la frustración, la culpabilidad. Todo aquello que tenía dentro encerrado.

Sintió cómo se le quitaba un gran peso de encima, sus risas se espaciaron. Era libre.

Se sentó, descansada y despierta.

Estaba en un barco. El amigo de Ben, Jake no sé qué, había sido muy amable. La había llevado allí. Se había tumbado un minuto y se había quedado dormida.

Se levantó y empezó a doblar la manta, mirando a su alrededor mientras lo hacía. ¡Menudo barco! El camarote era precioso, muy espacioso. En realidad, no era grande, pensó, mirando con ojo crítico de arquitecto. Líneas suaves y compactas. El color también contribuía a crear sensación de espacio. Era un azul claro, que hacía que se confundiera con el cielo y el mar del exterior. El mismo color azul lo cubría todo, paredes, colcha, alfombra… un tono único que proporcionaba amplitud. Miró el techo inclinado, los armarios empotrados, tan compactos que no le robaban ni un centímetro a la habitación. ¡Estaba decorada con inteligencia y gusto!

Judy recorrió la habitación, acariciando la madera clara, sintiendo su textura y apreciando el efecto del color azul. Una habitación bien diseñada siempre servía para estimularla e inspirarla. ¡Ella podía hacer cosas así! Tenía un montón de ideas para crear casas acogedoras, cómodas y bellas. Sólo pensarlo la excitaba y llenaba de vitalidad. Estaba deseando ponerse en marcha.

Pero, desde luego, no con ese incómodo disfraz de lujo. Recordó que él le había dicho que podía cambiarse, porque Mel siempre dejaba

algo.

Abrió un cajón intrigada. ¿Quién sería Mel? Su novia, o quizá su esposa ¿Dónde estaba?

Y ¿dónde estaría él? ¿Se habría marchado a casa, dejándola sola en el barco?

No. O, de ser así, volvería, pensó, sabiendo por instinto que no iba a dejarla abandonada.

Tenía razón. Para cuando se duchó en el pequeño baño y se puso los pantalones cortos y la camisa azul claro que, sin ser de su talla, no le quedaban mal, oyó unos golpes en la puerta. La abrió.

—Buenos días. ¿Estás bien? —dijo y, para disimular su obvia sorpresa, añadió apresurado—. Quiero decir que si encontraste todo lo necesario.

—Sí, gracias —contestó ella. Tocó los pantalones cortos y levantó la mirada hacia él— ¿Estás seguro de que no te importa? —preguntó, recordando que tenían etiqueta de Armani.

—Estoy seguro. Probablemente Mel se ha olvidado de que se los dejó.

No era probable, pensó ella. Azul claro, igual que la habitación. A lo mejor Mel, quienquiera que fuera, dejaba atuendos conjuntados con la decoración en todos los sitios. Esa idea le provocó otro ataque de risa, que consiguió disimular.

—¿Tienes hambre?

—¡Ay, sí! —exclamó. Ahora que se había quitado ese peso de encima estaba muerta de hambre. ¡Se sentía fenomenal!

Jake se quedó casi desconcertado por su sonrisa, al ver cómo se elevaba una esquina de la boca, y el brillo radiante de los enormes ojos azules. Estaba claro que no era persona que agobiara a los demás con su dolor. Eso le gustó.

—Por aquí, señora —dijo servilmente, abriéndole la puerta.

—Este es el olor más maravilloso del mundo entero —exclamó ella arrugando la nariz, sentada a la mesa, en la pequeña cocina.

—¿Qué?

—Café recién hecho y beicon friéndose. ¿No te encanta?

—Sí. Pon mantequilla a esas tostadas —pidió él, al oír cómo las rebanadas saltaban del tostador. Sacó el beicon del microondas y vertió los huevos revueltos sobre queso fundido.

—Y es tan bonito —obedientemente, untó la mantequilla, pero sus ojos recorrían la cabina en forma de U, los suaves cojines de cuero, la minúscula pero eficaz zona para guisar, con encimera de azulejos azules—. ¿Quién lo hizo?

—¿Hacerlo?

—El barco. ¿Quién fue el arquitecto? ¿Quién lo decoró?

—No tengo ni idea —se encogió de hombros—. ¿Por qué? ¿Te

interesan los barcos?

—No los barcos en concreto. La estructura y el diseño.

—Entiendo —asintió él, colocando los platos de beicon y huevos sobre la mesa y alcanzando la cafetera.

Ella comenzó a comer con gusto, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

—¡Mmm, está buenísimo, y estoy hambrienta!

Como si ayer no hubiera sucedido. Bueno, entonces él tampoco lo mencionaría.

—Así que te gusta mi barco.

—Oh, sí. Está muy bien decorado. Los materiales son perfectos: la clara madera de bálsamo y la simplicidad de los accesorios —continuó hablando de detalles que él nunca había considerado—. Los armarios empotrados lisos. La ilusión de amplitud que crea el azul claro que se repite en todos sitios.

—Sí. Por eso lo llamo Pájaro Azul —dijo él.

—¡Claro! Los barcos tienen nombre. Pájaro Azul —dijo Judy cerrando los ojos, reflexiva—. Es perfecto. ¿Pediste tú ese color?

—No. No pedí nada. Lo vi en una exposición de barcos el año pasado, me gustó y lo compré. Tal y como está.

—Oh. Así de fácil —calló, y el brillo malicioso de sus ojos hizo que Jake se preguntará qué iba a decir antes de callar—. Entiendo que te guste —continuó un instante después—. ¿Puedes pilotarlo? Tú solo, quiero decir. Es tan grande.

—No es muy grande —desde luego no tanto como el yate, pensó él —. Por supuesto que puedo pilotarlo yo solo. ¿Te gustaría salir a navegar?

—Sí. ¿Podemos? Nunca he navegado antes, ni siquiera en una barca. Pero esto ¡sería maravilloso!

Él la miró, encantado con su sonrisa, que le hacía torcer un lado de la boca e iluminaba su cara con un resplandor delicioso. Parecía una niña emocionada ante una gran aventura.

Entonces, tan rápidamente como había aparecido, la sonrisa desapareció. Los ojos se estrecharon y el resplandor se apagó, eclipsado por la sombra del día anterior. Ayer. Lo había ocultado muy bien. Casi le había hecho olvidarse de la desolada mujer que estuvo a punto de tomarse un frasco de pastillas. El recuerdo le dolió.

—Será mejor que no —dijo ella.

—¿Por qué no? —inquirió, lamentando que perdiera su alegría. Enfadado con Ben.

—Tengo que irme… irme a casa —replicó ella, recordándose a sí misma con dureza que debía enfrentarse a la situación. A la ira de su madre. A la desilusión de Jim. Estaba bastante claro que realmente había contado con la inversión de Ben en su negocio.

—¿Por qué?

Ella alzó la mirada, sorprendida por el tono beligerante de su voz.

—Tengo que hacer muchas cosas —explicó. Detalles. Devolver los regalos con una nota de explicación. Era embarazoso decir que te habían dejado plantada y no sabías por qué. ¿Qué iba a decir? ¿Incompatibilidad? No, eso se decía en los divorcios. También tenía que llamar a Casey, su jefa, y pedirle que le devolviera su puesto de trabajo. Eso iba a ser incómodo, también, después de la fiesta de despedida que le habían organizado en la cafetería de empleados. Bueno, simplemente tendría que…

—Las cosas pueden esperar ¿no crees?

La pregunta de Jake y el ruido de los platos que estaba apilando interrumpieron sus cavilaciones.

—Uy, perdona —dijo, levantándose a ayudarlo a quitar la mesa—. Yo aquí soñando despierta mientras tú trabajas. ¿Dónde pongo la mantequilla? —él señaló un frigorífico empotrado, que parecía un armario más. Otra buena idea.

—Bueno, ¿no crees? —insistió él, mientras llenaba el lavaplatos.

—¿Qué?

—Las cosas, lo que sea que tienes que hacer, seguirán allí cuando vuelvas, ¿no? Después de todo, no se esperaba que volvieras enseguida. Se supone que te ibas de luna de miel o… ¡Dios mío!, lo siento.

—¡No, no te preocupes! —dijo ella, conmovida por su tono de consternación. Estaba pidiéndole perdón por mencionar el desastre del día anterior, un tema que habían evitado toda la mañana. Él por pena, mientras que ella…—. No importa. Yo… —se interrumpió. Si decía que estaba encantada de que la hubieran plantado, iba a parecer aún más tonta de lo que ya parecía—. Sobreviviré —terminó—. Y tienes razón. No estaría en casa si las cosas hubieran ido de otra manera. Si no te importa, me encantaría salir a navegar. Un día más o menos no importa ¿verdad?

«Todos los días que hagan falta hasta que vuelva a ver esa sonrisa», pensó él.

Capítulo 3

Judy siguió a Jake escalerilla arriba, y se puso a su lado, en lo que él denominó «puente volante». Desde ese punto de mira, observó cómo sacaba al Pájaro Azul del embarcadero. Había otras personas navegando, o subiendo a su barco para arreglar, limpiar o simplemente sentarse y disfrutar. Todos, incluido Jake, parecían conocer a los demás, y los saludos y bromas se cruzaban de barco a barco. Dos niños, envueltos en equipo salvavidas, miraron hacia Judy y la saludaron con la mano, haciendo que formara parte del jolgorio.

Les devolvió el saludo, de nuevo sintiendo la risa aflorar. Estaba de vacaciones. No estaba, aunque lo hubiera planeado durante dos meses, de luna de miel con Ben. En vez de eso, iba a navegar con un hombre que era prácticamente un desconocido, y se sentía más feliz que en mucho tiempo.

¿Por qué estaba tan contenta? ¿Por el hombre que la acompañaba?

Cielos, casi no lo conocía. Ayer, lo había utilizado porque estaba allí. Un baluarte para salvarla de lo ocurrido. Una forma de escapar a la curiosidad, las recriminaciones y la vergüenza. Apenas lo había mirado. Simplemente lo había agarrado y no lo había vuelto a soltar. ¡Era una desvergonzada!

¿Qué pensaría de ella? Sintió como su cara se arrebolaba. Se obligó a mirarlo, posiblemente por primera vez. De ayer tenía un recuerdo borroso. Incluso esa mañana, había estado más interesada en el barco que en él.

Era bastante guapo. Su pelo fosco y revuelto, quemado por el sol, contrastaba con su piel bronceada. Obviamente, pasaba mucho tiempo al aire libre. Tenía facciones regulares, labios carnosos, nariz afilada y ligeramente desviada, lo que contribuía a crear esa expresión de… ¿arrogancia? No, decidió. Simplemente de distanciamiento, como si no le importara lo que nadie pensara de él. Igual que no le importaba llevar un jersey descolorido, ni que los vaqueros que cubrían sus largas piernas tuvieran manchas de gasolina. Los llevaba con la misma elegancia natural con que llevaba el esmoquin el día anterior. Estaba descalzo, sujetando el timón con dedos fuertes. Sus ojos eran tan límpidos y tan azules como el cielo, y escrutaban a su alrededor con atención. Estaba concentrado en dejar atrás los barcos que los rodeaban y sacar el Pájaro Azul a mar abierto.

A ella se le ocurrió que así era él. Siempre concentrando su atención en el momento presente.

Ayer le había dicho «Sácame de aquí» y él hizo justamente eso. Sin preguntas ni explicaciones, sin sonsacarla.

Esa mañana, había estado pendiente de sus necesidades básicas…

ropa, comida. Le había proporcionado las dos. Y sin preguntas.

Incluso diversión, como si hubiera sido su invitada. «¿Te gustaría salir a navegar? Las cosas pueden esperar». Lo que venía a ser lo mismo que decir: «Olvídate del ayer y del mañana. Disfruta del hoy».

—Bueno, Judy Taylor, no podrías haber elegido mejor día —le dijo, dedicándole, por fin, toda su atención. Ella notó una sensación de calor que le recorría todo el cuerpo.

—¿Mejor día? —preguntó.

—Para tu primera travesía en barco.

Ella miró a su alrededor y vio ya estaban fuera del puerto y navegaban a bastante velocidad.

—El viento, el tiempo, el agua. Es un día perfecto —dijo él.

—Sí —corroboró ella, encantada con la calidez del sol sobre su espalda, con la forma en que el viento le revolvía el cabello y la sensación de atravesar el espacio a gran velocidad. Estuvo callada un rato, disfrutándolo.

—¿Te gusta?

—Me encanta —musitó. Le encantaba estar junto a él, descalza sobre la madera mientras el barco surcaba la superficie del agua. Tenía una sensación de libertad que no había sentido nunca antes. Veía vagamente a los escasos barcos que pasaban, la costa en la distancia, con edificios y casas donde la gente trabajaba, jugaba, amaba y se peleaba. Pero eso no tenía nada que ver con ella. Estaba aquí, apartada de todo. Lo único que tenía que hacer era quedarse en ese puente volante y ¡volar! Se sentía libre como un pájaro—. Ahora sé por qué lo llamas Pájaro Azul —comentó.

—Eso ya lo dijiste esta mañana.

—¡Es verdad! Lo dije. Pero era distinto. Pensaba en el diseño, en la decoración azul. Es curioso —replicó, arrugando la nariz—. El azul es uno de los colores que menos me gustan.

—¿Ah sí? ¿Debería cambiarlo?

—¡No! Es perfecto. Esta mañana se me ocurrió que trae hacia dentro el exterior… el cielo y el mar.

—Bueno, es un alivio —dijo él con voz seria, pero sus ojos chispeaban de risa. Ojos azules. A Judy empezaba a gustarle ese color.

—En cualquier caso, ahora sé por qué lo llamas Pájaro Azul.

—¿Sí?

—Uno se siente como si estuviera volando —explicó, haciendo un ademán con la mano.

—Esa es una sensación que siempre he asociado con los aviones.

—¡No! Estar en un avión es más como estar encerrado en un armario volador —al ver su mueca añadió—. Vale. Ríete. Pero no me digas que en un avión te has sentido como si tuvieras alas y pudieras volar a… a cualquier sitio.

—¿Te sientes así?

Ella asintió, y comenzó a reírse.

—Es una locura ¿verdad? Pero así me siento. Libre como un pájaro al que han abierto la jaula.

Él la miró desconcertado, como si intentara comprenderla. Ella sintió la necesidad de tranquilizarlo.

—Es una sensación maravillosa. De veras. Como si pudiera ir a cualquier sitio, hacer cualquier cosa que desee. Simplemente extender las alas y despegar. El cielo es el único límite.

—Bueno, ¡eso es fenomenal! —dijo él. «Eso supongo», pensó, mirándola fijamente. Parecía muy excitada y, sí, feliz. Se preguntó si sería un sentimiento auténtico.

Ayer había sido auténtico. Vio las pastillas y percibió su tristeza y confusión cuando se enganchó a él, un perfecto desconocido. Y allí estaba, ignorando el episodio por completo. Borrándolo de su mente, igual que cuando tiró sus mejores galas a la papelera. Eso no podía ser sano. ¿Debería recordárselo? ¿O tal vez ayudarla a mantener las apariencias?

—Oye, ¿te apetece ir a nadar? —preguntó, mientras intentaba decidirse.

—¿Ahí? —exclamó mirando el agua. Hizo una mueca—. Muchas gracias, pero me siento como un pájaro, no como un pez.

—Bueno, no quiero que salgas volando. Sólo intentaba traerte de nuevo a la tierra —calló, sonriendo avergonzado, porque eso era exactamente lo que intentaba hacer. Si le hubiera dado una oportunidad, le habría dicho que Ben le había hecho un favor desapareciendo—. De todas formas, no me refería a nadar aquí —concluyó.

—¿No?

—No. Hay una playa unas millas más abajo. Es casi inaccesible desde la carretera, así que es muy tranquila.

—¡Ah!, sería divertido, pero… —Judy se miró la ropa.

—Seguro que hay bañadores de sobra. Ve a mirar —dijo él. Observó cómo bajaba la escalerilla. Desde luego, no parecía desolada. ¿Por qué recordarle lo de ayer?

Y menos aún él, un extraño. Era mejor dejar esas conversaciones para su madre, o para su amiga del alma. Hoy era un día para olvidarse de todo, él podía ayudarla a volar, era un experto. ¡Sin duda!

Tal vez fuera el hombre, pensó ella. Quizás se sentía tan feliz por él.

Puede que feliz no fuera la palabra correcta.

Cómoda, eso era. Nunca se había sentido tan cómoda con nadie. En

ningún sitio tan cómoda como viajando en el coche, después de su desastroso amago de boda, desayunando en la cabina del barco y en el puente junto a él.

Tal como Jake había dicho, encontró varios bañadores. Todos bastante escasos de tela, así que sintió cohibida al mirarse en el espejo con el bikini azul y amarillo que había elegido. Sin embargo, no se cohibió al reunirse con él. Se sentía bien, natural, satisfecha al ver cómo se le iluminó la mirada con admiración. Sorprendida, sintió un estremecimiento de puro placer erótico, al verlo con un pequeño bañador del color de su piel tostada. Extraño. Había visto muchos hombres en bañador, pero nunca se había sentido así. Pero él tenía algo… el pecho desnudo, las piernas desnudas y musculosas y…

Bueno, daba igual. Se sentía cómoda. Era rápido y directo en todo lo que hacía. Lanzó el ancla, bajó el bote, remó hacia la bella playa desierta y, una vez allí, como si fuera cosa de magia, sacó bebidas frías y mantas. Todo lo que ella quería hacer le parecía bien: chapoteó con ella en el agua, construyó castillos de arena, y se tendió a tomar el sol en la playa. Aceptando su silencio. Sin preguntas.

Quizás no fuera el hombre, sino el haber escapado de la situación. No estar intentando complacer a su madre, ni rebelándose contra ella, como cuando aceptó el trabajo en el almacén de madera. Sin intentar amar a Ben. Había estado a punto de casarse con él. Ya no se sentía obligada y tal vez esa liberación fuera la causa de su felicidad.

Se sentó. Aún no había acabado todo. Tenía que volver. Enviar notas, devolver regalos. Presentarse ante su madre… la desolación la invadió. Intentó olvidarse y se puso en pie.

Jake la vio pasear lentamente por la playa, dando patadas a la arena. Judy estaba recordando. Notó la desesperación de su cara y se sintió impotente.

Sin embargo, cuando regresó estaba radiante.

—He peinado la playa. Y mira lo que he encontrado —le mostró la mano, como si sostuviera una joya valiosa—. ¿No es una preciosidad?

—Perfecta —asintió él. Sólo era una caracola. Pero era bonita, con surcos que se curvaban como una medialuna perfecta, de color amarillo pálido, con un reflejo rosado, casi transparente.

—Es un símbolo —dijo ella.

—¿Un símbolo?

—De que este día es un comienzo, no el final de… —hizo una pausa— algo maravilloso.

—Correcto. Y el día no ha terminado aún. ¡Hora de comer! ¿Te apetece cangrejo fresco? —preguntó, contento de ver de nuevo la sonrisa en su cara.

—Suena muy bien —contestó ella, y lo ayudó a cargar las cosas en el bote.

Pescaron los cangrejos con red desde el Pájaro Azul, y los echaron en una cazuela de agua hirviendo, en la enorme parrilla que había en cubierta. Unos minutos después, rompieron las cáscaras y disfrutaron del cangrejo fresco. Ensuciándose mucho. Su madre nunca hubiera permitido algo así.

Pero limpiar fue fácil. Tiraron las cáscaras por la borda y limpiaron la cubierta con la manguera, empapándose ellos también. Fue divertido.

Era casi medianoche cuando atracaron en el club marítimo. El final del día más perfecto de su vida. Intentó explicárselo a él.

—Ha sido… ¡maravilloso!

—Entonces, vamos a redondearlo con una copa —dijo él—. Espera. Vuelvo en un segundo.

Vio cómo entraba en la cabina y se apoyó en la barandilla, disfrutando de la paz. Las luces del club y de los barcos de alrededor estaban difuminadas por la neblina y parecían tan distantes como las estrellas que tachonaban el cielo. Sintió la oscuridad rodeándola como una manta protectora, las olas chocaban rítmicamente contra el barco, y la invadió un estado de serenidad total.

—Aquí estoy —Jake volvió y puso una bandeja con brandy y dos copas sobre la mesa que había entre las tumbonas—. Haz tú el brindis —dijo, sirviendo y dándole una copa.

Sentada en la tumbona, con la copa entre las manos, intentó decir algo que expresara su bienestar.

—¿No hay una canción que dice… «Cuando llegas al final de un día perfecto y te sientas solo con tus pensamientos…»?

—Eso me ofende. No estás sola.

—No exactamente, pero… —se mordió el labio. No era correcto decirle que se sentía como si estuviera sola, estando con él. Pero no era eso lo que quería decir. Que él estuviera allí lo hacía mejor. Como ponerse un zapato viejo, tan cómodo que ni siquiera lo notabas. ¡Vaya, hombre! Ésa tampoco era forma de expresarlo—. Lo que quiero decir es que estar con alguien que te gusta de verdad es casi como estar solo, ¿no crees?

—Gracias, creo —replicó Jake, sonriendo de medio lado.

—¡Oh! Quería decir que has hecho que el día sea perfecto. Si no hubieras…

—Olvídate de eso. Estoy listo para tomar el brandy. Simplemente haz un brindis.

Ella deseó que se le ocurriera algo apropiado, acordarse del final de la canción.

—Supongo que tendré que quedarme con «por el final de un día perfecto» —dijo, levantando su copa.

—¡Brindemos por eso! —exclamó él, y chocaron las copas.

No estaba acostumbrada al alcohol e inspiró profundamente al sentir cómo el líquido calentaba su cuerpo.

—No es un brindis apropiado. No puedes ni imaginarte lo que hoy ha significado para mí. Un empujoncito que me ha levantado la moral.

—¿Un empujoncito?

—Más bien una patada en el trasero. Casi estoy lista para volver a recoger los pedazos —sonrió ella.

—¿Casi?

Ella se estremeció. Tomó otro sorbo de brandy.

—No siempre es fácil enfrentarse a las cosas.

—¿Quieres hablar de…? —Dijo él, vacilante— ¿ …de lo ocurrido?

—¡No! —se sentía incapaz de soportar su compasión. Y no quería hablar sobre el día anterior—. Sólo quiero enfrentarme al futuro.

—¿Necesitas más tiempo?

—¿Qué?

—Más patadas, o empujoncitos, o lo que sea. Podríamos salir a navegar mañana también.

—Mañana es lunes. ¿No tienes que ir a trabajar?

—¿A trabajar? —repitió sorprendido.

Ella hizo una mueca. Una pregunta estúpida. Seguramente no trabajaba, sino que hacía lo que quiera que hicieran los ricos. Ben no trabajaba, y probablemente era más rico que Ben. Recordó lo que había dicho sobre el barco: «Lo vi en una exposición. Me gustó. Lo compré». Igual que ella se compraba unos zapatos.

—Quería decir que bueno… no estás ocupado, ¿o algo así?

—Mañana no. Tengo un campeonato de golf pasado mañana y una reunión en Detroit el jueves, pero el resto de la semana estoy libre, por lo que recuerdo. En cualquier caso, el barco es tuyo. Toda la semana, si quieres.

—Pero… —objetó ella, asombrada por la invitación. Contenta. Sería maravilloso relajarse en el barco durante una semana. Lejos de todo y de todos—. Tú no… ¿no vives aquí?

—Oh, no. Sólo vengo cuando voy a navegar. Pero estarás totalmente segura. El puerto está vigilado y Sims, mi capitán, vive a un par de manzanas de aquí. Viene a revisar el Pájaro Azul todos los días, lo mantiene todo en orden. Le diré que estás aquí y cuidará de ti.

Capítulo 4

Se alegro de haberse quedado. Fue una semana maravillosa. Volvieron a salir el lunes, esa vez en otra dirección, y atracaron en un pequeño pueblo de pescadores, en un bonito café que se llamaba El Pescador.

—Ésta es Judy Taylor, Abe. Abe Smoley, Judy, el dueño de este famoso establecimiento —presentó Jake, saludando a un hombre regordete, que iba en mangas de camisa, con la misma familiaridad con que saludaba a sus amigos del club marítimo—. Abe, quiero que le demuestres que sirves la trucha fresca más sabrosa de este lado del Atlántico, y no hace falta que mencione la tarta de moras de Nancy.

—Casi no queda tarta —dijo el larguirucho adolescente que servía las mesas y que resultó ser el hijo de Abe—. Pero no os preocupéis. Os guardaré la vuestra ahora mismo.

—Gracias, Link. Sabía que cuidarías de mí —replicó Jake.

Y Link los cuidó, anticipándose a todos sus deseos, lo que contrarió a otro de los clientes, un hombre con barba que llevaba un suéter sin mangas y botas de goma.

—No prestas atención a nadie, en cuanto aparece su majestad por aquí.

—No le hagas caso, Link —dijo Jake, riendo—. Todavía le duele el último concurso, en el que no brilló en absoluto.

—Un golpe de suerte —masculló el hombre.

—A ti te voy a dar yo suerte —contestó Jake—. En cuanto acabe este trozo de tarta.

Fue una comida muy sabrosa y Judy disfrutó cada migaja, tanto como las bromas y los a veces ordinarios chistes de los otros comensales. Allí, también, parecía que todos se conocían. Después de la comida, Jake y el barbudo prepararon un tablero de damas y todo el mundo se agrupó alrededor, para observar la partida de jugadas rápidas. Las damas y las monedas se movían tan rápidamente que Judy no sabía qué estaba pasando en realidad, pero se imaginó que Jake había ganado por cómo le tomaron el pelo al hombre de las botas cuando salió, prometiendo «¡Ya verás la próxima vez!»

Cuando los clientes de la hora de la comida se marcharon, Jake le hizo un gesto a Link.

—Ven al barco, te he traído algo —el «algo» hizo que los ojos y la boca de Link se abrieran de par en par.

—¡Jo… pe! Perdone, señorita —se excusó, mirando a Judy—. Pero son unas zapatillas Nike. Y me valen —exclamó poniéndose una y luego la otra.

—Bueno, me dijiste tu número —dijo Jake.

—Si. Tío. ¡Genial! —dijo Link, dando saltos y admirándolas.

—Venga, vamos a probarlas —Jake sacó un balón de baloncesto.

—¡Guau! ¿También un balón? —exclamó Link, emocionado—. Muchas gracias, Jake.

A Judy le costó seguirlos cuando trotaron de vuelta al café, pasándose la pelota. Fueron a un lugar apartado, detrás del garaje, donde había una canasta de baloncesto. El suelo estaba pelado y duro, como si horas de juego lo hubieran aplanado para convertirlo en una cancha perfecta. Se sentó en un bidón que estaba del revés y miró el partido. Jake jugó con tanta intensidad como lo había hecho antes con el hombre barbudo. De hecho, Jake era bastante bueno.

Pero no tan bueno como Link, que realmente dio un espectáculo. Tirando desde lejos, o dándose la vuelta y tirando por el encima del hombro, directo a la canasta.

—¡Fenomenal, Link! Eres muy bueno —le dijo impresionada.

Él sonrió, y se apartó el pelo rubio pajizo de la cara.

—Si, este año jugaré en el equipo superior. El año pasado no pude por culpa del Álgebra.

—¿Álgebra?

—Suspendí. Pero la he recuperado. Jake me ayudó. Y este año el entrenador dice que voy a ser titular.

—¿Vas a seguir ahí vanagloriándote o vas a jugar? —gritó Jake.

—Vale, vale. ¡Lanza!

Judy volvió a sentarse en el bidón a verlos jugar, pensando en Jake. «Jake me ayudó» ¿Cómo sabía que el chico necesitaba ayuda? ¿Cómo había conocido a esta gente?

Quizás no era tan raro sentirse cómoda con Jake. Todo el mundo se encontraba a gusto con él. Se preguntó por qué esa idea la deprimía.

Volvieron por la tarde, y Jake se marchó poco después. Antes le presentó a Sims, un hombre joven, bajo y musculoso, que parecía duro como el acero.

—Pasará por aquí todas las mañanas y todas las tardes. Aquí tienes su teléfono. Si necesitas algo, llámalo —le dijo al marcharse. Señaló hacia la izquierda—. Hay un centro comercial justo detrás del parque, por si quieres echar una ojeada. Te veré en un par de días —le dio un sobre y saltó al embarcadero.

Lo vio marcharse y se sintió muy sola. Abandonada.

Intentó recuperar la sensación que había tenido en el puente. Esa maravillosa sensación de libertad y poder. Podía ir a cualquier sitio, hacer cualquier cosa.

Pero ya no. Se sentía más como un pájaro con un ala rota, que hubiera caído, impotente, en cubierta.

Dio una patada contra el suelo y sacudió la cabeza. «Judy Taylor,

eres una tonta», se dijo. «Simplemente porque un hombre que acabas de conocer se ha marchado a dedicarse a sus asuntos…»

¿Santo cielo! ¿Acaso ella, como su madre, dependía de un ángel con forma de hombre para que la rescatara cuando tenía una crisis?

De eso nada. Podía cuidarse ella sola.

Aunque sí le estaba agradecida. Jake Masón le había concedido un respiro de dos días. Tiempo para relajarse, disfrutar y pensar. Le había permitido quedarse en ese maravilloso y cómodo barco, donde podía sentarse a hacer planes sin que nadie la molestara. «Gracias, Jake Masón», musitó para sí, acercándose el sobre a la mejilla.

El sobre. Lo abrió.

Contenía tres billetes de cien dólares.

Él se había acordado de que llegó sin dinero y no tenía más que un vestido de novia. Había entendido cómo se sentía al ponerse la ropa de Mel, que no era exactamente de su talla, y no era suya. Incluso le había indicado dónde comprar. Sin hacerle ofrecimientos que podrían haberla avergonzado. Simplemente le había dado lo que necesitaba, sin preguntas.

Exactamente igual que le había dado a Link lo que tanto deseaba.

Jake Masón le gustaba.

Claro, le devolvería el dinero. Todavía tenía unos quinientos dólares en su cuenta bancaria. Pero él le había dado más que dinero. El hecho de que se hubiera acordado era el incentivo que necesitaba para ponerse en marcha mañana. Se sentó inmediatamente a hacer una lista de las cosas que tenía que hacer.

Esa maravillosa sensación había vuelto. No estaba casada con Ben. Era libre para volar. Sabía que podía recuperar su trabajo, y aún estaba a tiempo de matricularse para el trimestre de otoño. Ni siquiera tenía por qué vivir en casa de sus padres. Lois, la secretaria de la decoradora Casey, estaba buscando a alguien que quisiera compartir el apartamento con ella. Y Lois le caía bien.

Paseó por el barco, estudiando cada detalle. Era un barco realmente precioso, muy bien diseñado. Si ella pudiera diseñar casas así de bien… cuando se metió en la cama, un remolino de colores y diseños invadió su mente, pero según se iba durmiendo sólo un color se convirtió en dominante: el profundo azul mar de unos ojos entrecerrados, mirando al sol.

Inmediatamente después de la reunión de la junta directiva de Detroit, él tomó un avión. Aterrizó en Wilmington y se fue directo al barco, sorprendido por las ganas que tenía de verla. No hubiera ido a la reunión de Detroit de no ser por Cari. Había conocido a Cari Shepherd, un ingeniero eléctrico en paro, víctima de una reducción de plantilla, en Georgia, en el torneo PGA Masters de golf, y le habían

intrigado sus ideas para coches eléctricos. Eso es el futuro, y deberíamos estar en vanguardia, había pensado Jake.

No sabía si lo había conseguido. No dirigía Mode Motors, y estaba en la Junta Directiva exoficio, al igual que en varias compañías subsidiarias de Empresas Masón: tenía privilegios, pero no estaba exactamente en activo. Bueno, ahora todo quedaba en manos de Cari. Había conseguido que lo contrataran en un puesto estratégico. Él mismo tendría que defender sus ideas.

Jake suspiró. A veces se sentía como si estuviera siempre fuera, mirando hacia dentro mientras otra persona hacía el trabajo o explicaba sus ideas.

Se le levantó el ánimo cuando llegó al aparcamiento del club. Estaba deseando volver a ver a Judy Taylor. Le gustaban ella, su entusiasmo y su risa musical, que no se habían desgastado con lo que había pasado. Es una chica con agallas, pensó, mientras se aflojaba la corbata y salía del coche. Se echó el abrigo por encima del hombro y caminó hacia el embarcadero.

Ella lo esperaba y saludó con la mano al verlo acercarse. Era agradable que hubiera alguien esperándolo…

Era agradable que fuera Judy la que lo esperaba.

—¿Bueno, cómo te ha ido? —preguntó él al subir a bordo.

—¡Fenomenal! Simplemente fenomenal, gracias a ti.

A él le gustó cómo le bailaban los ojos. Ojos azules.

—Me alegra que disfrutaras del barco.

—No sólo del barco. También del dinero.

—¿Y eso?

—Bueno, no sé cómo explicarlo. Pero me dio un bajón cuando te marchaste. Entonces abrí el sobre y ¡vaya! Fue como encontrar una mina de oro.

—No era ninguna mina de oro —sonrió él.

—Para mí lo fue. Como si me hubieras dicho que me pusiera en marcha y me hubieras proporcionado los medios para hacerlo. Gracias.

—De nada. ¿Así que te pusiste en marcha?

—Desde luego que sí. Primero fui de compras. Es un centro comercial demasiado lujoso, pero no necesitaba muchas cosas. Un par de pantalones cortos y de camisetas. ¿Te gustan? —preguntó, dándose la vuelta para que la mirara.

—Mucho —replicó él, fijándose en cómo se ceñían los pantalones a su trasero. Tenía muy buena figura. Y llevaba un top suelto, de punto. Era amarillo, quizás fuera eso lo que hacía que resaltara tanto el color de sus ojos.

—¿Tienes hambre? —Preguntó ella, como si fuera la anfitriona—. Hay cosas para hacer unos sándwiches, y café.

—He comido en el avión, pero no me importaría tomar un tentempié —replicó, bajando a la cocina tras ella.

—También compré papel para cartas —dijo ella mientras sacaba las cosas del frigorífico.

—¿Papel para cartas?

—Sí, está claro que no podía utilizar el que lleva impreso Señor y Señora Benjamín Cruz, que había comprado para enviar las notas de agradecimiento, ¿no te parece?

—No, supongo que no —respondió, asombrado de que bromeara sobre el tema con semejante tranquilidad. También parecía muy cómoda en la cocina, preparando sándwiches y café. Eso lo alegró.

—En cualquier caso, ese papel está en casa junto con la lista de regalos que recibí, que me vendría muy bien tener aquí —explicó, poniendo un plato de sándwiches sobre la mesa—. Tendré que escribir la dirección en cada nota y ponerlas con cada regalo que haya que devolver cuando vuelva a casa. Intenté acordarme de todo el mundo y del regalo que enviaron. Claro, que habrán llegado más —suspiró—. Tantos. Pero al menos he empezado. Mira, escribí todas esas —añadió, señalando un montón de sobres que había sobre la estantería.

—¿Todas esas?

—Sí. Fue fácil, una vez que decidí qué poner.

—¿Y qué…? —se interrumpió, deseando haberse mordido la lengua. Debía haber sido muy difícil darle explicaciones a la gente que había visto cómo la dejaban plantada ante el altar.

—¿Qué puse? Sólo que les devolvía el precioso lo que fuera, o su precioso regalo, si no recordaba qué era.

—Tu madre podría haberte dado esa información, ¿no?

—¡Oh! —Exclamó, sobresaltada por la pregunta— Bueno, supongo que no pensé… no quería que se molestara —contestó apresuradamente. A Jake le resultó extraño, parecía que quería cambiar de tema—. Dije que sentía que nuestros planes se cancelaran así de bruscamente. Agradezco su consideración, lamento la inconveniencia, cosas así.

Sirvió el café y se sentó con él a la mesa, parecía muy tranquila, como si hablara de un pequeño contratiempo que le hubiera sucedido a otra persona.

—Yo tengo hambre, tengas tú o no —recalcó.

—Bueno, tomaré uno —aceptó, alargando la mano. Estaba intentando comprenderla. ¿Le importaba tan poco como parecía? ¿Y qué le pasaba con su madre?

—Creo que siempre tengo hambre desde que entré en este barco. Debe ser el aire del mar —dijo, metiéndose un par de patatas fritas en la boca—. ¡ Ah, sí! llamé y recuperé mi antiguo puesto de trabajo. Y hablé con Lois, una mujer que trabaja en el almacén de maderas. Voy

a irme a vivir a su apartamento. Está más cerca del trabajo.

—Eso está bien —dijo y, dubitativo, preguntó—. ¿Has llamado a tu madre? —pasara lo que pasara entre ellas, su madre debería saber dónde estaba. No era exactamente menor de edad, pero aún así…

Ella negó con la cabeza.

—¡Pero no pasa nada! —Exclamó, como si le leyera el pensamiento —. Le escribí una carta, urgente.

—¿Por qué no la llamaste? Debe de estar muy afectada.

—¡Por eso! —Respondió Judy, sonrojándose, con cara de culpabilidad—. Se pone muy nerviosa. Y cuando está así, es imposible hablar con ella y… —lo miró con seriedad—. Le escribí para explicarle que necesitaba un poco de sitio, de tiempo, para superar el trauma. Y no era una mentira. ¡No lo era! —¿Intentaba convencerlo a él o a sí misma?—. Esto ha sido muy traumático para mí, ¿no lo entiendes?

—Bueno, sí —aceptó Jake. Al menos en ese momento parecía muy afectada. ¿Qué le pasaba a esa chica?

—Eso fue lo que le dije a mi madre —dijo, muy recelosa.

—¿Lo entenderá?

—¡Debería! Ella misma está siempre con algún trauma u otro —dijo. Por primera vez, él notaba amargura en su voz. Era hora de cambiar de tema.

—Así que te vas el sábado. Un día más en el Pájaro Azul. ¿Qué te gustaría hacer?

—Lo mismo que el primer día —replicó ella sin dudarlo—. ¿Podríamos volver a esa playa y simplemente… no hacer nada?

—Ya veremos. El tiempo está algo revuelto.

Fue otro día perfecto. Navegaron a la misma cala, echaron el ancla y fueron remando en el bote hasta la isla, que ella empezaba a considerar que les pertenecía. Nadaron un rato dejándose llevar por las olas, más grandes de lo normal, y se tumbaron al sol, igual que habían hecho el lunes.

—Se está muy bien aquí —dijo Judy. Al no escuchar ninguna respuesta, miró a Jake y lo vio tumbado boca abajo, profundamente dormido. «Debe estar cansado», pensó. «Un día de golf, luego voló a Detroit a una reunión, y directo de vuelta, a navegar y nadar, simplemente porque yo lo deseaba. Ha sido muy bueno conmigo, y apenas me conoce».

«Bueno para mí. ¿Qué habría hecho si él no hubiese aparecido? Es como uno de esos ángeles de los que siempre habla mi madre».

«¡Para ya, Judy Taylor! Eres tú la que estás al mando de tu propia vida, no un hombre, sea o no sea un ángel».

«Jake sólo es agradable. En absoluto es tu ángel de la guarda. No

se ha insinuado, no te ha tocado, ni siquiera una vez. Es simplemente ¡agradable!»

«¡Así que no te hagas ilusiones, señorita!» Eso le sonó tanto a un comentario de su madre que se rió entre dientes. A pesar de todo, era un buen consejo. Era posible que, después de ese día, no volviera a verlo nunca.

—Ojalá pudiera quedarme aquí para siempre —dijo, dándose cuenta de que había hablado en voz alta cuando Jake contestó.

—Oh, oh. Hoy no.

Levantó la vista de su castillo de arena y vio que estaba despierto y miraba una nube oscura que se alzaba en la distancia.

—Tenía que haberles hecho caso a los boletines meteorológicos, en vez de a ti.

—¿A mí?

—¡Sí, a ti! —Dijo pellizcándole la nariz—. Eres toda una distracción. ¡Rápido! Vámonos de aquí.

Ella se apresuró a subir al bote. En cuestión de minutos, la oscura nube había tapado el sol, oscureciendo el día. El cielo se llenó de relámpagos y comenzó a tronar. El viento aumentó y los rodearon enormes olas mientras se dirigían al barco. Unos momentos antes tenía calor, ahora estaba helada. Y asustada.

Es decir, habría estado asustada si no hubiera visto los fuertes dedos de Jake sujetando los remos, ganando la carrera contra el viento y las olas. Los mismos dedos que le habían pellizcado la nariz, haciéndola estremecerse.

—¡Sujeta esto!

La imperiosa voz de Jake interrumpió sus pensamientos, y agarró la cuerda con fuerza mientras él amarraba el bote. Después, la ayudó a subir al barco.

Cuando subió a cubierta se dio cuenta de que la golpeaban la lluvia y el mar, y era difícil mantenerse en pie, ya que las grandes olas zarandeaban al Pájaro Azul. Los fuertes brazos de Jake la rodearon y, casi levantándola, la llevó a la cabina.

—Estás tiritando. Date una ducha caliente —dijo—. Encontrarás un albornoz por ahí. En cualquier caso, el sitio más seguro ahora mismo es la cama.

—¿Y tú? —titubeó ella, no queriendo que se marchara.

—También me daré una ducha caliente. Pero volveré a ver cómo estás. Creo que… lo comprobaré con la radio, pero es una tormenta muy fuerte. Vamos, métete en la ducha.

Intentando mantener el equilibrio en el pequeño cubículo, sintió el agua caliente empaparle el pelo y la piel. Comenzó a recordar la sensación de la piel húmeda de Jake junto a la suya, mientras la ayudaba a cruzar la cubierta, el tacto de sus fuertes y suaves dedos en

la nariz, la vibración que había recorrido su cuerpo.

Casi se cayó al ponerse el albornoz que había encontrado, así que se sentó en la cama para secarse el pelo con una toalla. Estaba asombrosamente poco afectada por el violento balanceo del barco, por el caos y el ruido que la rodeaba: el tamborileo de la lluvia, los golpes de las olas contra el barco, el rugido de los truenos. Cada sonido quedaba apagado por el recuerdo de sus palabras: «Eres toda una distracción».

Una distracción. Eso significaba algo, ¿no? No era lo mismo que fascinante o guapísima, o algo así, pero por lo menos quería decir que pensaba en ella, ¿no?

Un golpe en la puerta hizo que el corazón le diera un vuelco.

—¿Estás visible? —preguntó Jake.

—Sí, entra.

—¿Estás bien? —preguntó, manteniéndose en pie gracias al andar bamboleante de un marino nato. También se había duchado, y tenía el pelo húmedo. Lo tenía un poco lacio y un mechón le caía sobre la frente. Él lo apartó con la manga de su suéter. Era un hombre realmente guapo—. ¿Tienes hambre?

—No mucha —contestó. No había pensado en comer, sólo en él, pero se levantó para tomar la bolsa que le tendía.

—Bueno, puede que tengas después.

—¿Después?

—Parece que vamos a tener que pasar la noche aquí —explicó—. La tormenta va a durar un rato. Creo que es mejor quedarnos aquí que intentar navegar. ¿Te parece bien?

—Usted es el capitán, señor.

—Buena chica. Toma esto. Queso, galletas y un par de latas de refresco. Ponlo en el cajón —ordenó—. Si no se caerá.

—Piensas en todo, ¿eh? —comentó ella, obedeciendo—. ¿Siempre estás preparado?

—No del todo. No podemos preparar nada caliente porque todo se resbala… ¡Cuidado! —exclamó, agarrándola justo a tiempo. La agarró y no la soltó.

O quizás fue ella la que no le dejó soltarla. Hipnotizada por un par de ojos azul mar. Se abrazó a él, intentando superar la sensación de mareo, el martilleo de sus oídos.

—Oye, no te asustes —dijo, atrayéndola hacia sí—. Sólo son truenos.

¿Truenos? A ella le parecían los latidos salvajes de su corazón.

—¿Asustada? —preguntó de nuevo, apartándole el pelo de la cara y mirándola.

—No —dijo ella con sinceridad.

—¿Estarás bien?

—No —exclamó. No si Jake se marchaba—. Por favor, no te vayas. Quédate conmigo —susurró.

—No creo que… puede que eso no sea buena idea —dijo dubitativo. Pero sus ojos la miraban con ansia. Ansia y algo más, algo maravilloso que atrajo a Judy como un imán. Ella se alzó para acariciarle los labios con un dedo.

—Judy, ¿qué quieres? —exclamó.

No sabía lo que quería. Nunca antes se había sentido así. Algo se abrió en ella, algo que quería compartir… con ese hombre.

—Quiero que me beses.

El beso fue tan dulce, tan tierno, tan profundamente apasionado que le llegó al alma, despertándola, llamándola, reafirmándola.

«¡Sí, oh, sí! Esto es lo que quiero», pensó, mientras él la llevaba a la cama. Oyó el silbido del viento, la lluvia y los truenos del exterior. No le importaba. No eran más que un pequeño preludio a la tormenta de deseo erótico que la invadió. Una pasión que quería compartir, disfrutar y calmar con ese hombre, en ese momento mágico.

Capítulo 5

La tormenta había terminado. El Pájaro Azul, firmemente anclado, se mecía ligeramente sobre las suaves olas. Lavada por la lluvia, la nave azul y blanca brillaba al sol del amanecer, que aclaraba el horizonte. Entró por un ojo de buey y acarició el rostro de la mujer dormida.

Abrió los ojos al rayo de sol que se reflejaba en las paredes azules. Azul celestial.

—Estoy en el cielo… en el cielo —suspiró. Ahora entendía lo que significaba la letra de esa canción. Estaba en el cielo y no quería moverse. Aún estaba entre sus brazos, resplandeciente de felicidad. Seguía inmersa en la maravilla que había compartido con ese hombre.

Ese hombre. Estudió la cara del hombre que dormía a su lado. La forma de sus cejas, arqueadas como en una continua pregunta. La curva de sus labios carnosos, siempre a punto de esbozar una sonrisa de bienvenida. Cómo la hacía sentirse.

Cómoda. Así era como se había sentido con él desde el principio.

Pero… ¿Cómoda? No. Eso no tenía nada que ver con lo que había sentido anoche, con el ataque de pasión que la había sacudido hasta lo más profundo. El torrente de sensaciones la había vuelto salvaje, deseosa, haciéndola pedir, suplicar sin saber muy bien qué deseaba. El éxtasis fue incontrolable, pero tan natural como respirar. Él la condujo a una cima de placer erótico que nunca había experimentado antes. En el momento de su culminación gritó su nombre una y otra vez.

No, no cómoda, más bien natural. Se acurrucó aún más, adorando la sensación del cuerpo que estaba junto a ella. Era perfecto. Porque… ¿lo quería? ¿Por eso le habían gustado sus caricias, que le hiciera el amor, que la tocara?

Que la tocara. Ben. Por primera vez lo comprendió. Por eso él se había marchado. Había sabido lo que ella no sabía. No lo quería. «Lo siento», pensó, pidiéndole disculpas al hombre ausente. «Pobre Ben. Pero… ¡gracias! Me alegro de que te dieras cuenta y actuaras en consecuencia». Deseó que encontrara a la persona adecuada.

—Buenos días.

—Buenos días a ti —replicó, encantada al mirar sus ojos recién abiertos. Los tenía somnolientos y aturdidos, como si no supiera exactamente dónde estaba.

—¿Estás… estás bien? —preguntó Jake, con un destello de alarma en los ojos.

—Estupendamente —replicó. Por supuesto que estaba bien. La noche había sido perfecta, y ahora estaba tendida junto a él, rozando su piel desnuda.

—¿Estás segura? —insistió. Ella notó auténtica preocupación en su voz. Por ella. Era encantador—. Es que eras… —titubeó, como si reconsiderara lo que iba a decir—. Menuda tormenta, ¿no?

Ella asintió, sonriendo. La tormenta no había sido nada comparada con el tumulto que ella sintió en su interior.

—Tienes un pelo precioso, Judy. La verdad es que eres una mujer preciosa. ¿Te lo había dicho ya?

—No —negó ella, sonriente—. Lo único que dijiste es que era una distracción.

—Sí. Una muy tentadora —dijo, absorto en su pelo, deslizándolo entre sus dedos, enredándoselo en la mano. No dejó de mirarlo—. Sé por lo que estás pasando. Esta semana ha sido muy difícil para ti. No tenía intención de… de apresurarte. Todo se precipitó un poco anoche y… ¡Diablos, perdí la cabeza!

Estaba disculpándose por lo de anoche. Por lo que ella consideraba la cosa más maravillosa que le había pasado nunca…

Ella.

No él.

Mientras ella imaginaba ya un futuro compartido, él…

¡Qué estúpida era! No tenía más que pensar en cómo vivía ese hombre. Ese barco, tan conveniente para lo que seguramente pasaba cualquier noche. O varias noches seguidas, con cualquier mujer.

Sintió un escalofrío por la espalda. Quizás estaba casado, o algo equivalente. Mel, quienquiera que fuese, parecía ser un apaño bastante permanente.

«Y tú, Judy Taylor, eres una aventura de una noche».

—Judy, quiero que sepas que…

—Shhh. A veces, hablar de las cosas las estropea —lo interrumpió, poniéndole la mano sobre la boca. No debía culparlo. No se le había insinuado ni una sola vez. Tan sólo había sido amable, rescatándola en la iglesia, dejándola quedarse en el barco. No tenía culpa de que ella se hubiera vuelto loca ayer. Se había abrazado a él, rogándole, hasta que ocurrió…—. Has sido muy bueno. Esta semana, el barco y todo lo demás ha significado mucho para mí. ¿Te he dado las gracias?

—Alrededor de una docena de veces.

—Pues vuelvo a dártelas —dijo, apartándose y saliendo de la cama. Recogió el albornoz del suelo y se envolvió rápidamente—. Pero le dije a mi madre que volvería hoy. ¿No tendríamos que ponernos en marcha?

—Judy, necesitamos hablar —dijo, sentándose en la cama.

—No. Lo que yo necesito es una buena taza de café. Y, oye, hago una tortilla fantástica. ¿Quieres probarla?

Él asintió pero, al igual que otras muchas veces, la miraba como si estuviera intentando comprenderla.

—Pues estará en un momento, en cuanto me vista. Pero primero el café, eso te toca a ti —dijo y, guiñándole un ojo, se escabulló hacia el cuarto de baño. El corazón le pesaba como un plomo, pero tenía que actuar con ligereza. No quería que él se sintiera culpable.

En la cocina, Jake echó el café molido en la cafetera, sintiéndose tan culpable como el demonio. Se había aprovechado de ella.

Desde el principio, había sabido en qué estado se encontraba. Había visto las pastillas. ¿Acaso no había notado sus cambios de humor durante toda la semana? Aunque tenía que admitir que había habido más buen humor que malo. Esa era una de las cosas que le gustaban de ella. Era una chica con coraje, empeñada en no permitir que lo que había sucedido la deprimiera. Eso le gustaba.

De hecho, todo en ella le gustaba. Su pequeña figura, con curvas perfectas; la preciosa melena rubia miel que él había sentido desparramada sobre su pecho esa mañana; los ojos azules. No era la más bella de las mujeres que conocía, pero Judy Taylor tenía algo más que belleza.

No era sólo coraje. Su vitalidad y su entusiasmo la convertían en una compañera ideal en cualquier actividad. Además, tenía una cierta inocencia.

Inocencia. Anoche había sido la primera vez para ella. Eso lo sabía. Pero no pudo resistirse al beso, y además se había entregado deseosa, casi suplicándole que la tomara.

Lo asaltó un pensamiento. No se había acostado con Ben. ¿Acaso se reservaba para la noche de bodas? Jesús, el hombre debía haber tenido que aguantar mucho.

Pero anoche… ¿Quizás se había entregado de rebote? ¿Intentando demostrarse a sí misma que era deseable?

Él se había aprovechado de su dolor.

Había confiado en él. Sus enormes ojos azules miraban a todo el mundo con confianza, incluso a un timador como Ben Cruz.

Jake suspiró. No había sido su intención apresurarla, empujarla a hacer algo precipitado. Sí, ella le pareció atractiva desde el principio, pero sabía que era muy vulnerable y había mantenido la distancia a propósito, aunque estaba loco por abrazarla.

Y luego, anoche…

Incluso ahora no estaba seguro de cómo había ocurrido.

El beso fue un error. Como una antorcha que prendió el fuego que se llevaba alimentando toda la semana. Fue imposible dejarla después de ese beso.

Se había agarrado a él ansiosa, deseándolo.

Estaba acostumbrado a que las mujeres lo acompañaran deseosas a la cama.

Pero la noche de ayer fue distinta. Real. Una primera vez también para él. Como si fuese tan inocente y confiado como ella. Mucho más que sexo. Una unión de corazón y espíritu.

¿Ah, sí? Hacía sólo una semana que su corazón y su alma estaban comprometidos con otro hombre. Una mujer como Judy no se comprometía a la ligera.

Rechazada… vulnerable…

Había pensado que la noche había sido tan importante para ella como para él. Pero vio el dolor en sus ojos cuando se apartó de su lado por la mañana. Y, desde entonces, se estaba comportando de forma muy casual.

¿Acaso se arrepentía? ¿Estaría acordándose de Ben?

Vaya, debería decirle que Ben era un auténtico bastardo.

Pero ¿cómo sacar el tema? El tema apropiado para la mañana era el placer de la noche anterior. Desde luego que no era adecuado hablar de un antiguo amor, perdido.

¡Y por qué estaría tan nervioso! Nunca estaba incómodo a la mañana siguiente. ¿Por qué ésta sí? ¿Por qué se sentía como un colegial después de su primera experiencia?

¿Por qué, en cambio, la señorita Inocencia estaba brincando por todos sitios, como si este tipo de experiencias fueran rutina para ella? Sólo tenía una cosa en la cabeza, los ingredientes para hacer la maldita tortilla.

—Eso creía —dijo ella, mirando en el frigorífico—. Queda un pimiento. Justo el toque que hace falta —siguió hablando, mientras picaba el pimiento, la cebolla y la guindilla. Mencionó todos los temas frívolos e inconsecuentes que se le ocurrieron. Si dejaba de hablar, se echaría a llorar. Eso no estaría bien. La pasada noche había sido la más maravillosa de su vida y no estaba dispuesta a estropearla comportándose como una estúpida—. Aquí tiene, señor, lo prometido —dijo, sirviendo la tortilla en dos platos—. Dime, ¿no es la mejor tortilla que has probado nunca?

—Mmm. Cierto —dijo, saboreándola con los ojos cerrados—. Quizás podrías trabajar de jefa de cocina de desayunos en El Pescador.

—Ya tengo un trabajo, muchas gracias. A primera hora del lunes. Tendré que trabajar un montón este fin de semana para prepararme. Así que, vacía el plato y ponte en marcha, capitán.

—De acuerdo. Sólo que… —titubeó—. Hay algo de lo que tenemos que hablar, Judy. Algo que creo que debes entender.

Ella se puso rígida. Iba a pedirle perdón, y se sentía incapaz de soportarlo.

—¿Querías mucho a Ben Cruz?

Se sintió tan aliviada que casi se echó a reír.

—No. Desde luego que no. Y después de… —hizo una pausa.

Anoche él le había demostrado cómo podía ser el amor. Pero no podía decir eso—. Ahora me doy cuenta de que nunca lo quise.

—Pero… —empezó él, mirándola otra vez como si intentará entenderla—. Ibas a suicidarte. Esas pastillas…

—¿Fue eso lo que pensaste? ¿Por eso me las quitaste de la mano? —dijo ella, riéndose esta vez. Negó con la cabeza—. Eran aspirinas. Me dolía mucho la cabeza y pensé que…

—Pero, si no lo querías… —se interrumpió, mirándola fijamente, con intensidad— ¿Por qué ibas a casarte con él?

—¡Por dinero! —replicó, escupiendo la palabra como si fuera una semilla amarga.

—¡Oh! —exclamó Jake, como si lo hubiera golpeado.

—Ben estaba pensando invertir en construcción, y mi padrastro me pidió que fuera agradable con él.

«Sé agradable con él. Cásate con él»

¿Por unos miserables doscientos cincuenta mil dólares de mi dinero? ¡Jesús!, pensó Jake.

—Ben es muy rico, ya sabes.

—¿Sí?

—Mi madre no hacía más que decir que tenía mucha suerte, que era un gran partido. Y… —se calló. No servía de nada echarles la culpa a sus padres. A ella también la había impresionado—. Claro que yo también sabía que lo era, y… ¿por favor, podríamos dejar de hablar de esto?

Él tampoco quería hablar más del tema. Sabía lo que era el dinero. Y lo que la gente era capaz de hacer para conseguirlo.

Capítulo 6

Enfrentarse a su madre fue difícil. Alicia estaba de pie ante ella, con los finos labios muy apretados.

—¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Cómo pudiste?

—Yo sólo… —titubeó Judy, no muy segura de qué la acusaba.

—Cancelaste la boda, allí en la iglesia, delante de todo el mundo.

—¿Yo la cancelé?

—Todo perfectamente preparado —gimió Alicia— ¿Cómo pudiste?

—Madre, yo no cancelé la boda. Fue Ben. No apareció. ¿Recuerdas?

—Tú lo rechazaste.

—¡No!

—¡Sí! Lo pensé desde el principio. Me convencí cuando te escapaste. Y nos dejaste allí para ocuparnos de todo.

—Lo siento. Necesitaba marcharme —se disculpó. Era cierto que había escapado.

—Fue horrible —sollozó Alicia—. La gente se compadece al hablar con uno, pero luego se ríen a tu espalda.

—Mamá, nadie… la gente no es así.

—¡Tú no lo sabes! No estabas allí. ¡No viste cómo se sonreía Leanda Saunders! Nunca me he sentido tan humillada en mi vida —gritó Alicia, hundiéndose en el sofá y tapándose la cara.

—Lo siento —se excusó Judy, mordiéndose el labio. Había sido muy egoísta, pensando sólo en sí misma, en su tranquilidad. ¡Incluso pasándolo bien! Ni una sola vez había considerado por lo que estaba pasando su madre—. Pero yo no le dije nada a Ben. No tenía ni idea de que no iba a aparecer —acercándose a Alicia, la rodeó con un brazo—. Mamá, tienes que creerme.

—¿No me pediste que cancelara la boda, justo dos días antes? —espetó Alicia, levantándose y apartando el brazo de un golpe.

—Bueno sí, lo hice, pero…

—Desde luego que sí —dijo Alicia acercándose, fulminándola con la mirada—. Viniste con todas esas tonterías: que si no era el hombre adecuado para ti, que si no lo querías…

—¡Vale! ¡De acuerdo! —interrumpió Judy, enfadada—. No lo quería. No lo quiero. Me alegro de que no apareciera. De que no nos casáramos. ¡Ya está! ¿Estás satisfecha?

—¡Desde luego! Confesar es bueno para el alma, ¿no? —recalcó Alicia, lanzándole una mirada maliciosa.

—Mira, te dije a ti que no quería casarme. Pero nunca se lo dije a él. Ni siquiera se lo sugerí.

—¡Chica lista! Pero aún así conseguiste que se diera cuenta de tus

sentimientos, ¿no es verdad?

Ese dardo dio en el blanco. Judy pensó que era posible que tuviera razón. Quizás las acciones contaran más que las palabras.

Su silencio no hizo sino acrecentar la ira de Alicia.

—Claro que se dio cuenta de las señales que le lanzabas. Ben Cruz no es ningún idiota —dijo—. De hecho, es el hombre más listo y rico que te has encontrado en tu vida. Tú eres la perdedora.

—Oh, mamá, yo…

—¡Deja ya de decir «Oh, mamá»! Tú no eres la única que ha salido perdiendo. Cuando Ben canceló la boda, también nos canceló a nosotros. ¡Estamos arruinados!

—¿Arruinados? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Jim contaba con el dinero que tu prometido iba a invertir en el negocio.

—Sí, ya lo sabía.

—¿Sabías que, como no os casasteis, Ben no invirtió? Jim está en bancarrota.

—No me imaginaba que las cosas estuvieran tan mal.

—¿Sabías que se nos echan encima los acreedores? Hacienda ha embargado todas nuestras propiedades y Jim está volviéndose loco intentando encontrar la manera de salir de ésta. ¿Cómo sobreviviremos? No tenemos nada, Judy, ¡nada! Jim ha puesto la casa en venta.

—Lo siento mucho.

—¿Lo sientes? Sientes haberte escapado de vacaciones ¿no?

—No, no hice eso… —comenzó Judy, pero calló. ¿No era exactamente eso lo que había hecho?

—Nos dejaste a nosotros a recoger los pedazos ¿no? Bueno, pues no hay nada que recoger, señorita. ¡Nada! ¿Qué te parece? —dijo y, rompiendo a llorar, corrió hacia su dormitorio y cerró de un portazo.

Judy se quedó quieta, sintiéndose escarmentada y culpable. ¿Les había hecho esto? Lo que su madre decía era parcialmente cierto. Si Ben había percibido sus sentimientos…

Respiró profundamente y se encogió de hombros. De nada servía lamentarse por lo que no tenía remedio, aunque fuera culpa suya. ¿Qué podía hacer? Su madre siempre exageraba las cosas. Tenía que hablar con Jim. Aunque ella había llegado por la tarde, Jim no estaba en casa aún. ¿Dónde estaba? Y ¿qué hacía, si no quedaba ningún pedazo por recoger?

Cuando oyó su furgoneta, corrió a la puerta de atrás para recibirlo. Él bajó de la camioneta de un salto y le tendió los brazos abiertos.

—¡Has vuelto! Qué contento estoy de verte. ¿Estás bien? —preguntó, con una sombra de preocupación en los ojos.

—Oh, Jim —exclamó, lanzándose a sus brazos protectores. Su

madre no había preguntado cómo se encontraba ni una sola vez—. Estoy bien, Jim. Muy bien —dijo, para tranquilizarlo. Después, con su inherente honestidad, añadió—. Sabes que no quería casarme con él, de todos modos.

—Sí, creo que te forzamos un poco, ¿verdad? —dijo, y se sentaron los dos en el banco que había bajo el roble, su lugar favorito para charlar.

—En realidad no, yo…

—Sí, sí lo hicimos. Fue culpa mía, Judy, estaba muy asustado —dijo, sacando una cajetilla del bolsillo de la camisa.

—No deberías fumar, Jim.

—No suelo hacerlo. Sólo cuando estoy estresado.

—Como ahora. Es todo culpa mía. Mamá dice que…

—¡No la creas! Esto ya lo tenía encima antes de conocer a Ben. Él iba a sacar más beneficio del que merecía su inversión y, en cualquier caso, no era más que una solución provisional. He estado ampliando demasiado —admitió. Por Alicia, pensó Judy. Siempre parecía querer mucho más de lo que él podía darle—. Los negocios —dijo él, como si leyera sus pensamientos—. Creo que he invertido sin mesura. Compré varias propiedades en el East End de Richmond.

—¿Pero eso no es un barrio bajo?

—De los peores. Pero me dieron un soplo. O al menos eso creí. Alguien me dijo que las autoridades pensaban invertir en mejorar ese sector.

—¿Y?

—Sigue siendo un rumor. Y yo he comprado un montón de casuchas destartaladas. Pero sigo teniendo esperanza. Si mejoran la zona, ese sector se convertirá en propiedad de primera clase, alguien se dará cuenta en el Ayuntamiento y actuará.

Así era Jim. Siempre optimista.

—Espero… creo que tienes razón —comentó ella, cruzando los dedos.

—Y cuando eso ocurra, tú estarás muy bien situada, Judy.

—¿Yo?

—Es todo tuyo, cariño. Antes de que apareciera Cruz, vi lo que podía pasar. Así que puse todas las propiedades de East End a tu nombre, el verdadero, Judy Crenshaw. Al tuyo, no al mío ni al de tu madre. ¿Entiendes?

—No, no lo entiendo. ¿Por qué ibas a transferirme propiedades a mí?

—Porque no le debes dinero a nadie. Incluso pagué tu Volkswagen en efectivo. Nadie puede quitarte nada.

—Aún no entiendo por qué…

—¿Qué te parecería comenzar tu propia empresa de construcción?

—preguntó. Judy abrió los ojos de par en par, y él sonrió—. Construcciones Crenshaw.

—Pero no podría. Quiero decir… tendría que tener licencia de contratista.

—Eso es fácil. Es como si lo hubieras planeado cuando decidiste estudiar arquitectura. ¿No me dijiste que tus primeros cursos eran fundamentalmente sobre construcción, estructuras y materiales?

Ella asintió con la cabeza.

—Así que ya tienes las bases. Y algo más habrás captado esos veranos que estuviste trabajando conmigo.

Ella volvió a asentir.

—Estudiaremos un poco, pero estoy seguro de que puedes aprobar el examen —siguió hablando, mientras Judy, un poco aturdida, escuchaba.

—Piénsalo, pequeña. Tu propiedad. Construcciones Crenshaw. Nada que ver con Construcciones Taylor. Yo seré tu empleado. No hay nada ilegal. En cualquier caso, pienso pagar a mis acreedores y a Hacienda en cuanto pueda. Pero necesito poder trabajar en algo hasta que lo consiga. ¿Entiendes?

—Tienes mucha sangre fría, Judy —declaró Celia Myers tres semanas después, mientras pegaba un sobre con la dirección en la parte superior de un paquete—. Me está rompiendo el corazón verte devolver todos estos preciosos regalos.

—Pobre, pobrecita —se rió Judy—. Eres tan buena ayudándome aunque sufras.

—Bueno, tú no sufres. En serio, Judy, yo me moriría de pena si un pedazo de hombre como Ben Cruz me dejara plantada ante el altar.

—No hace falta que me lo recuerdes. Mi madre lo hace todos los días. Créeme, estoy sufriendo —contestó Judy, poniendo otro paquete en el suelo, listo para llevar a la mensajería.

—De eso nada. Es como si nunca hubieras conocido a Ben Cruz.

—Ya te lo he dicho. Lo de Ben fue un error. Me alegró de que él se diera cuenta a tiempo.

Celia se pasó la mano por su corto pelo rizado y miró a su amiga.

—Ya lo supongo. Desde luego, no parece que tengas el corazón destrozado.

«No lo sabes bien», pensó Judy. La pesada sensación que tenía en el pecho podía ser dolor de corazón. Era peor cada día que pasaba, y su esperanza se desvanecía poco a poco. Su esperanza de recibir una llamada.

Jake Masón no la llamó.

Su instinto no la había engañado. No había sido más que una aventura de una noche para él.

Le dolía. La maravillosa semana, la noche que nunca olvidaría. Había significado mucho para ella.

Pero muy poco para él.

¿Por qué no podía sacárselo de la cabeza? ¿Por qué lo echaba tanto de menos? Apenas lo conocía.

Eso no era cierto, pensó, ruborizándose. Lo conocía mejor que a ningún otro hombre. No se arrepentía. Nada de eso. Fue algo bello, maravilloso, excitante…

—¡Oye! —Dijo Celia, chasqueando los dedos bajo su nariz—. ¿Dónde estás?

—Intentando decidir qué poner —mintió, escribiendo una nota—. No se le puede decir lo mismo a todo el mundo, aunque estés devolviendo un regalo.

—Ya me imagino —admitió Celia—. Entonces, ¿no vas a volver a tu antiguo trabajo?

—No, voy a trabajar con mi padre. Y a estudiar. Por eso estoy devolviendo estos últimos regalos ahora. ¡Pero aprobé!

—¿Qué aprobaste?

—El examen de contratista. ¡Ahora mismo estás frente a una contratista de construcción con licencia!

—¡No! ¿Tú, contratista? ¿Una chica tan diminuta como tú? ¿Qué puedes hacer?

—Un montón. Te olvidas de que solía trabajar con papá en verano. Ya sé cómo pintar y poner papel pintado. Y recoger, acarrear y sujetar —contestó riendo—. Si no son cosas demasiado pesadas.

—Construir una casa es muy distinto a diseñar una —argumentó Celia, mirándola dubitativamente.

—Es más parecido que distinto. Nunca hubiera aprobado el examen de contratista si no hubiera estudiado arquitectura.

Y lo que había aprendido le estaba resultando muy útil ahora, pensó a la mañana siguiente, cuando se ponía los vaqueros y las botas para ir a trabajar. En los veranos que trabajó para su padre se había limitado a seguir sus instrucciones. Ahora, después de dos años de arquitectura, entendía por qué el negocio iba mal: no estaba al día.

Construcciones Taylor siempre había sido una empresa relativamente pequeña. Jim tenía pocos empleados y, al principio, sólo construía casas pequeñas o reducidos complejos de apartamentos. Últimamente, gran parte de su trabajo, casi todo, se limitaba a hacer reparaciones, sobre todo en las casas que había construido él mismo. Los pocos días que llevaba trabajando con él, habían cambiado los azulejos en una casa y retocado los armarios de la cocina de otra. En ambas casas, el experto ojo de Judy había detectado cosas que, con unas innovaciones modernas, mejorarían la apariencia de la casa e incrementarían su valor en el mercado. Estaba esperando una

oportunidad para comentarle alguna de sus ideas a Jim.

Quizás, pensó, cuando hablaran de las casas que había puesto a su nombre.

—Están que se caen, y en un barrio muy malo, las he comprado muy baratas —explicó Jim.

—Eso no suena como si fueran, según tus palabras «las casas que servirán para recuperar tu fortuna» —replicó Judy, mirándolo dubitativa.

—Créeme, chica —le guiñó un ojo—. Ya te he contado lo del rumor.

—Que —le recordó ella— sigue siendo un rumor.

Pero no había manera de intimidar a Jim, y ella acabó contagiándose de su entusiasmo. Aún no había visto las casas, pero sabía que eran una versión anterior de las que estaban reparando ahora. No sería muy distinto, decidió, y se pasaba las noches hojeando sus libros de arquitectura y folletos que trataban de «cómo fundir lo mejor de lo antiguo con lo mejor de lo nuevo». Tenía miles de ideas, y aprovecharía la menor oportunidad para exponerlas.

—Eres una maravilla, Judy —le dijo Jim—. Sansón sólo quería una bañera nueva y has conseguido que reformáramos todo el cuarto de baño. Si sigues así, tendremos que contratar a otro empleado.

—No hasta que salga, si sale, lo de Richmond. Aún estamos muy empantanados.

—Es usted muy dura, señorita Crenshaw —dijo Jim, tumbándose en el tejado y haciendo un ademán exagerado de limpiarse el sudor de la frente—. Estoy totalmente agotado.

—¡Nada de quejas! Estamos trabajando, ¿no? —sonrió Judy. Estaba contenta de tener tanto trabajo. Contenta de dormirse sobre los libros. Contenta de estar demasiado exhausta para pensar.

Él ni siquiera había contestado a su nota.

¿La habría recibido?

En cualquier caso, prefería que no hubiera llamado.

Se alegraba de que, incluso si la llamara, no podría verlo. Estaba demasiado ocupada durante el día y demasiado agotada por la noche.

De acuerdo… la verdad: había entregado su corazón; él, en cambio, no había sentido nada. Lo mejor para los dos sería que no volviera a verlo.

Jake Masón, de pie en el dormitorio principal de su gran casa, volvió a leer la nota.

Querido Jake:

Vuelvo a repetirlo. Gracias. Y gracias a tu maravilloso Pájaro Azul, que me dio la inspiración y la confianza que tanto necesitaba. Quizás no pueda volar, pero al menos ahora navego sola. Todo mi agradecimiento y mis

mejores deseos para los dos.

Judy.

La nota había llegado dos días después de que ella se la dejara a Sims, que se la había remitido a casa. No mencionaba el cheque adjunto, pero estaba claro que era la devolución del dinero que le había dado. Su primer impulso había sido romperlo en pedazos, pero después… estaba escrito por ella, con letras pequeñas y precisas, tan bien formadas como ella. Tenía impresa su dirección y su número de teléfono. Para que supiera cómo ponerse en contacto si lo deseaba.

Guardó la nota en su escritorio. Lejos de su vista, lejos de su mente.

Las palabras de ella lo obsesionaban: «Nunca quise a Ben. Fue por dinero».

«Yo tengo mucho más dinero que Ben Cruz. Así que… ¿Se estaba declarando? Las mujeres no se declaran. Tienen un millón de formas de conseguir lo que desean».

«Y tú las conoces todas ¿no?»

«Digamos que sé cuando se están insinuando». «Por favor, no me dejes» había susurrado. Lo había rodeado con sus brazos y posado sus labios sobre los de él, casi rogándole que la tomara.

Eso no era muy propio de una Señorita Inocente, ¿verdad?

Pero, igualmente, era una insinuación. « Y yo… no lo pensé. Perdí la cabeza».

«¿Y perdiste también el corazón?»

Esa idea lo asustó. No podía olvidar sus palabras: «Fue por dinero». Él tenía mucho más dinero que el que Ben Cruz tendría jamás.

Había sido tan cariñosa, tan complaciente. Las mujeres que simulaban que lo amaban, cuando en realidad sólo querían su dinero, le hacían sentirse como basura.

Sólo una vez había entregado su corazón. A Lisa, que ahora estaba casada con Scot, su mejor amigo. Lisa le dijo que nunca la había querido, y quizás tenía razón. Nunca se había sentido tan cerca de ella, tan cómodo con ella, como con Judy en una sola semana. Y no era sólo por el sexo. Era… bueno, no quería pensar en eso.

«Creías que me querías porque era la única mujer que admitía querer casarse contigo por tu dinero» le había dicho Lisa.

Y era verdad. Le gustaba su honestidad.

«Nunca quise a Ben. Fue por dinero».

Eso también era honesto, ¿no?

«Por qué no intentas ser un poco honesto tú también, tío. No podías aguantar más, ¿a qué no? La última noche fue inevitable. Si no te hubiera abierto los brazos, lo habrías hecho tú».

Sacó el cheque, encontró el número de teléfono y marcó. El teléfono sonó y sonó. No había nadie.

En un par de horas se marchaba a Bolivia. Iba a ser un viaje de dos semanas, a hacer rafting por zonas salvajes y desconocidas de los Andes bolivianos. Excitante y peligroso. Estaba deseándolo. La llamaría cuando volviera

Quizás.

Capítulo 7

Judy no fue con Jim a la reunión del Ayuntamiento de Richmond la noche que tenían que votar el proyecto del East End. Intentó esperarlo levantada pero, como era habitual, se quedó dormida sobre los libros. A la mañana siguiente, en el desayuno, la saludó con el periódico en la mano.

—Ya es un hecho, Judy. El rumor se ha convertido en realidad.

—¡Eso es maravilloso! Tenías razón, Jim.

—Sí. Escucha esto —leyó el resumen detallado del voto unánime del Ayuntamiento, que aprobaba las subvenciones para mejorar la vivienda a cualquier propietario del East End.

—¿Qué significa eso? —preguntó Alicia.

—Quiere decir que ganaremos mucho dinero, cariño. Tenemos cuatro casas allí, cuando se rehabiliten, su precio se disparará.

—Y seguramente, conseguiremos contratas para rehabilitar otras —dijo Judy—. Parece muy prometedor.

—Por supuesto que es prometedor. Estuvimos en el lugar correcto, en el momento oportuno, pequeña.

Ella estaba muy excitada, dándole vueltas a varias ideas. El distrito pasaría a ser, si bien no tan lujoso como Georgetown, sí lo suficiente como para alojar al sector medio de los empleados del comercio y del gobierno.

Las casas estaban a una hora en coche de Elmwood, y pasaron varios días antes de que las viera. Estuvieron muy ocupados terminando otras obras.

Por fin, fueron un jueves. Llovía a cántaros, y tuvieron que dejar de trabajar en un tejado que estaban sustituyendo.

—Es un buen día —dijo Jim— para ir a ver tus casas.

—¡Mías! —Repitió Judy—. Sabes perfectamente que son tuyas, Jim.

—Tuyas, señorita Construcciones Crenshaw, ¡y no lo olvides! —sonrió—. Quieres conseguir esa subvención para rehabilitarlas, ¿no?

Ese podría ser un buen día para echarle una ojeada al distrito, pensó ella, mientras Jim maniobraba con la camioneta, por calles en obras, incluso a veces inundadas. No había bandas ni vagabundos en la calle, con toda esa lluvia. Quizás estaban escondidos en alguna de las casas que se veían cerradas con tablones atravesados, pensó, con cierta alarma. Le produjo cierto alivio ver a una mujer que llevaba un impermeable con capucha entrar corriendo en una tienda de ultramarinos, y a dos adolescentes con chaquetas de cuero meterse en un billar.

Según recorrían el área, vio todo su potencial. Estaba muy

estropeada, por supuesto, casas pequeñas y deterioradas, con chatarra o coches viejos apilados en los jardines. Pero tenía una cierta reminiscencia de esplendor, grandes árboles y jardines de buen tamaño. ¡Podría llegar a ser fantástico!

Jim paró delante de una de las casas que estaba clausurada con tablas, y sacó un manojo de llaves de una caja.

—Vamos, pequeña, adelante.

Sin preocuparse por sacar un paraguas, corrieron por un camino casi impracticable y subieron unos escalones para llegar a un porche cubierto. No demasiado cubierto.

Mientras Jim intentaba abrir el candado, la lluvia entraba por bastantes sitios.

Pero Judy vio mucho más que un tejado con goteras. Era un porche delantero con todas las de la ley, al estilo antiguo. Se imaginó una pequeña ciudad de otros tiempos, con porches y grandes jardines a la entrada. Curioso y diferente.

Jim abrió la puerta por fin, y entraron. Lo primero que Judy sintió fue una inesperada calidez, tras el frío de fuera. Un ligero olor a humedad, pero aún así cálido y agradable hasta que…

—¡Vamos ya! Salid de aquí ahora mismo. ¡Este sitio es mío! —gritó, de pie ante ellos, alto, enorme y amenazador, con un garrote en la mano.

Judy retrocedió, invadida por una ola de miedo, sus rodillas comenzaron a temblar.

Jim se mantuvo en su sitio.

—¿Qué quieres decir con eso de mío? Estás en una propiedad privada.

—Jim —Judy le tiró de la manga, con los ojos fijos en el enorme hombre, en el garrote y en la puerta cerrada que había tras él. Podía ser que hubiera más—. Por favor, Jim, es mejor que nos vayamos.

—¡Ah, no! Él es quien tiene que marcharse. ¡Y ahora! No tiene derecho a estar aquí. Voy a llamar a la policía —dijo Jim, agarrando la mano de Judy y tirando de ella para marcharse.

—¡De eso nada! —gritó el hombre. Saltó ante ellos y dio un golpe con el garrote en el suelo, con tanta fuerza que toda la casa tembló, y se oyeron los lloros asustados de un niño tras la puerta. El hombre levantó el palo y volvió a golpear el suelo, bloqueando su camino.

—¡No, Charlie! ¡No! —la voz angustiada salió de detrás de la puerta. La puerta se abrió y apareció una mujer, con un bebé en brazos—. No pelees, Charlie. Vámonos.

—¿Dónde vamos a ir, nena? —exclamó con la voz entrecortada por la ira y la desesperación. Levantó el garrote, resignado.

Jim pensó que iba a atacarlos. Elevó los brazos para defenderse, pero de repente le dio un ataque. Cayó al suelo, boqueando.

—¡Dios mío! Lo has matado —gritó Judy, cayendo de rodillas a su lado.

—Quítese de en medio, señora —dijo Charlie, apartándola—. Le está dando un infarto —De inmediato, comenzó a presionarle el pecho rítmicamente, para reanimar el corazón. Presionando. Contando. Haciéndole la respiración boca a boca.

Judy corrió a la camioneta y llamó a una ambulancia. Cuando regresó, vio con alivio que Jim tenía los ojos abiertos y respiraba por sí mismo.

Parecieron años, pero en realidad el equipo médico debió llegar en pocos minutos. Vieron cómo los enfermeros colocaban a Jim en una camilla.

—Espero que se ponga bien —deseó Charlie, compungido y asustado. Se volvió hacia Judy—. Lo siento, sé que es culpa mía.

—Es culpa tuya que siga vivo. Gracias —dijo Judy, tocándole la mano.

—Pero si yo no hubiera… no quería provocarlo. Mira, lo siento —repitió—. Nos marcharemos de aquí inmediatamente.

—No. Quedaos tú y tu familia, por favor. Me gustaría hablar contigo más tarde —añadió, dirigiéndose hacia la furgoneta para seguir a la ambulancia.

Una semana después del ataque al corazón, Jim seguía aguantando.

Pero por los pelos. «No podemos hacerle un bypass hasta que consigamos bajarle la tensión» había dicho el doctor.

Eso podía tardar mucho, pensó Judy, si no hacían algo para calmar su estado mental.

—Todo va a ir bien, Jim —dijo, acercando su silla aún más a la cama y agarrándole la mano.

—A las dos os iría mejor si hubiera muerto —afirmó él.

—¡No se te ocurra decir eso!

—Al menos habrías cobrado el dinero de mi seguro de vida.

—¿Y para que nos iba a hacer falta? Tenemos todo el dinero de las subvenciones esperándonos. ¿Recuerdas?

—No si yo sigo aquí tumbado, cariño. Tú no puedes hacerte cargo de todo eso.

—¡Ya! Menuda fe tienes en Construcciones Crenshaw.

—No quería menospreciarte, pequeña —Jim intentó sonreír—. Eres la mejor. Pero es demasiado para ti sola —suspiró—. Ni siquiera terminamos el tejado de Donaldson. Pobre Alicia. Debe estar preocupadísima.

—Alicia está perfectamente. Vendrá luego —le tranquilizó Judy. Habían prohibido a su madre que estuviera en la habitación, porque

sus lágrimas afectaban mucho a Jim. Le habían pedido que se quedara en la sala de espera—. ¡Y hemos acabado el tejado! ¿Te gustaría ver el cheque? —sonrió, al ver como se le abrían los ojos al verlo.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Llamaste a Todd? —preguntó, refiriéndose a uno de sus antiguos empleados.

—No a Todd, a Charlie.

—¿Charlie?

—¿Recuerdas al hombre que…?

—Ah, ese enorme hijo de…

—Cálmate, Jim —dijo, empujándole hacía la almohada—. Te salvó la vida. Él fue quien se dio cuenta de que te estaba dando un infarto, y actuó de inmediato. Te hizo los primeros auxilios y me ordenó que llamara a una ambulancia. ¡Espera! —Levantó la mano—. Es una mina de oro. Un verdadero descubrimiento. Volví a hablar con él al día siguiente. No estaba allí, pero sí su mujer y ella me contó la mala suerte que habían tenido. Perdió el trabajo cuando cerró la fábrica de conservas, hace un año. Hizo algunas chapuzas, pero se les acabaron los ahorros y les echaron de su apartamento hace unos dos meses y… bueno, ya te imaginas.

—Sí. ¡Invade mi propiedad!

—¡Espera! —Volvió a levantar la mano—. No te imaginas los arreglos que ha hecho en tu propiedad. Su mujer me los enseñó.

Él la miró asombrado, mientras ella le explicaba las mejoras en detalle.

—¿Todo eso? —preguntó.

—Todo eso. Es un auténtico manitas, puede hacer casi cualquier cosa. Ahora trabaja para mí por el salario mínimo y alojamiento gratuito… es decir, si no te molesta.

—¿Me preguntas a mí? Es tu casa. Y tu empresa, señorita Crenshaw. Parece que sabes lo que estás haciendo, pequeña.

—Jim está mucho mejor —comentó Judy a su madre unos minutos después—. Probablemente lo puedan operar dentro de poco.

Eso no le sirvió de consuelo a Alicia.

—¡Dios mío, la operación! —Gimió, cerrando su libro de meditación—. No podría soportarlo si algo fuera mal. Si algo le ocurriera a Jim.

—No va a pasarle nada, excepto que se pondrá más fuerte —Judy rodeó a su madre con los brazos. Estaba empezando a comprender que Alicia no podía evitar ser como era. Estaba demasiado nerviosa, demasiado preocupada, y le hacía falta que la consolaran, como a Jim —. ¿Por qué no vamos a comer algo antes de que te lleve a casa? Así no tendrás que preocuparte de guisar.

Los días pasaron volando. Estaba muy ocupada con el hospital, su

madre y el trabajo.

Trabajo. Un montón de trabajo. Los Donaldson habían quedado encantados con el tejado nuevo, y cuando Judy sugirió poner claraboyas a la señora Donaldson le encantó la idea: llevaba tiempo preguntándose cómo conseguir más luz en la casa.

Judy también quedó encantada. La iluminación era una de las mejoras que más necesitaban esas viejas casas, y podía solucionarse agrandando las ventanas, con claraboyas y con la nueva tecnología de luz eléctrica indirecta.

Un trabajo siguió a otro. Los Jackson, vecinos de los Donaldson, le habían dado su casa a su hijo, y él quería convertir el ático en dormitorio y sala de juegos para los niños. «No hay problema», había dicho Judy, preguntándose cómo iba a poder encajar el trabajo en su horario.

Entonces, Todd, el electricista que solía trabajar con Jim, tuvo un período de inactividad, y empezó a trabajar para Judy.

—Vas a ser tan buen hombre de negocios como tu padre —le dijo Todd.

—Mujer de negocios —corrigió ella.

—Eso he dicho —gruñó Todd— ¿Quieres que hable con Leo? El se ocupaba de toda la fontanería para Jim, y los Days, del otro lado de la calle, están pensando en poner un jacuzzi.

—Sí, llámalo —dijo. Necesitaba crear un equipo. Ahora tenía suficientes obras, y ya había hecho la solicitud de subvención para la reforma de la casa de Charlie, que pensaba utilizar como modelo para conseguir más contratas. Era gracioso el que la considerara «la casa de Charlie». Quizás pudiera permitirse comprarla, si le daba tiempo para pagar la entrada. Charlie le gustaba, y se estaba convirtiendo en imprescindible. Siempre sabía qué hacía falta hacer, y a menudo cómo hacerlo. Una vez le preguntó por qué sabía tanto de construcción, él contesto «Tres años en el cuerpo de Ingenieros del Tío Sam. Construíamos de todo, de barracones a puentes».

Gracias, Tío Sam, pensó para sí. Necesitaba un hombre que actuara como su mano derecha, y Charlie lo hacía. Supervisaba las obras mientras ella iba y venía, visitando el hospital. La operación de Jim, un bypass de tres vías, fue todo un éxito, gracias a Dios, y ahora se recuperaba lentamente en el hospital. Pero estaba más tranquilo. Estaba muy orgulloso y satisfecho de que las cosas fueran bien. Ella sentía que al final estaba compensándolo en cierta manera por todos los años que él la había apoyado.

Su madre también se apoyaba mucho en ella. Era como si la enfermedad de su esposo la hubiera afectado, volviéndola frágil e incapaz. Judy comprendió que era porque siempre había dependido de él. Por eso Judy estaba muy contenta de ayudar, y no podía evitar

sentir una cierta culpabilidad.

Si se hubiera casado con Ben, nada de eso habría ocurrido. Su dinero habría salvado la empresa, prevenido el ataque al corazón de Jim, el bajón de su madre.

¿Si…? Por Dios, ¡era Ben el que había desaparecido, no ella! Pero quizás había provocado su huida.

En fin, eso había terminado. Y además, ahora estaba solucionándolo. Estaba levantando el negocio. Eso hacía que Jim se sintiera mejor, lo cual, a su vez, ayudaba a su madre. ¡Y ella lo estaba pasando bien haciéndolo!

Los días que pasó en un velero llamado Pájaro Azul le parecían muy lejanos la tarde que fue desde el hospital a la casa de los Jackson, donde Charlie estaba terminando de revestir el ático con paneles de madera.

—Está muy bien —dijo, admirando su preciso trabajo—. Creo que ese papel pintado con el mapa del mundo encajará perfectamente. Será mejor que vuelva a medir —añadió, tomando el metro y subiéndose a una escalera de mano.

De repente, la asaltó una oleada de náuseas, de mareo. Si Charlie no la hubiera agarrado a tiempo, habría caído al suelo.

Cuando abrió los ojos, el estaba mojándole la cara con una toalla de papel, empapada en agua fría.

—Estoy bien —dijo, sentándose. Aún estaba algo mareada, pero bien. Charlie parecía tan asustado que le sonrió—. Los Taylor debemos ser alérgicos a ti, Charlie. Siempre que estás cerca acabamos perdiendo el sentido y tirados en el suelo.

—Y me dais unos sustos de muerte. Oye, ¿no deberías ir al médico?

—Estoy perfectamente. Comí con mi madre en el hospital. Creo que me sentó mal el sándwich de pollo.

—Pero también te sentiste mal ayer, en la comida. Puede que hayas pillado algún virus, como esa gripe que anda suelta y ataca al estómago.

—No puedo ponerme enferma —gritó ella, alarmada—. Es el peor momento posible. Tenemos demasiadas cosas entre manos, y Jim sigue en el hospital.

—Ya lo sé —dijo Charlie, preocupado—. Será mejor que te vayas a casa y descanses. Yo terminaré aquí.

—No podría descansar. Me pasaría todo el tiempo pensando.

—Bueno, quizás te den algo que te asiente el estómago. Cuando May estaba embarazada de Chuckie siempre tenía el estómago revuelto, y el médico le dio algo que lo solucionó rápidamente.

Lo miró con fijeza. Tendría que ir al médico.

No podía ser verdad. ¡No! Era el peor momento posible. Miró al doctor… ¿Alien? No, Alden. No había ido a su médico de cabecera, temiendo la verdad. Y era verdad. ¿Qué iba a hacer?

Capítulo 8

Se sentó en el bar, sin tocar el martini que tenía ante él, mirando fijamente la entrada. Sabía que había llegado pronto, pero estaba deseando verla.

¿Por qué?

Porque no se la podía sacar de la cabeza. Incluso en el lugar salvaje donde había pasado las últimas semanas, la había sentido cerca. Su risa musical reverberaba sobre el ruido de las corrientes de agua, mientras bajaba los rápidos de un estrecho cañón boliviano. El brillo de una estrella le recordaba sus brillantes ojos azules. Incluso la sinfonía del canto de los pájaros la traía a su memoria. «Me siento como un pájaro. Podría volar».

Era extraño que recordara cada una de sus palabras. Una mujer que había conocido tan sólo una semana, y ni siquiera completa. Una noche.

Una mujer que no podía olvidar. Quería decírselo, compartirlo con ella, escuchar su risa y ver el asombro de sus ojos. Decidió llamarla en cuanto regresara.

Le agradó que ella lo hubiera llamado. «Hace una semana» dijo Sims, «Me pidió que te pusieras en contacto con ella en cuanto regresaras. Aquí tienes el número de teléfono.»

El mismo número que había en el cheque, pensó, sorprendido de habérselo aprendido de memoria.

—¡Jake! Gracias por llamar —sonaba aliviada. ¿Acaso no confiaba en que contestara a su mensaje?

—Gracias a ti. Sims me dijo que llamaste cuando estaba en Bolivia.

—Sí. Necesito… es decir, me gustaría verte.

—Bien. A mí también me gustaría verte a ti. ¿Cuándo? Por cierto, ¿dónde vives? Podría pasar…

—¡No! —exclamó, agitada. Respiró profundamente y continuó, con tranquilidad forzada—. Mañana tengo que ir a Wilmington. Por negocios —añadió—. ¿Podríamos encontrarnos en algún sitio, a la una? ¿Te vendría bien?

—Perfecto —dijo él. Quedaron en encontrarse en Aldo, para comer.

La una y diez. Llegaba tarde. ¿Negocios? ¿Qué tipo de negocios podía tener en Wilmington?

La una y cuarto. Impaciente, miraba la entrada una y otra vez. La una y media.

Y… ¡Por fin llegó! Con los hombros erguidos, la cabeza alta y su dorada melena balanceándose de lado a lado. Había algo raro en su postura. Determinación, casi beligerancia. La misma impresión que le

dio cuando tiró su velo de novia a la basura.

La estudiaba tan detenidamente que no se le ocurrió moverse. Cuando vio que se acercaba al maître, se acercó presuroso.

—Hola, Judy. Te esperaba en el bar.

—Oh. Hola —sonrió ella, pero los labios le temblaban y lo miraba con una cierta aprensión—. ¿Cómo estás? ¿Qué tal fue tu viaje?

—Muy bien. He reservado una mesa —señaló hacia el bar— ¿Te apetece tomar algo antes?

—Sí, eso sería… —se interrumpió y negó con la cabeza—. No, es mejor que no. Tengo que conducir de vuelta enseguida. Siento haber llegado tarde —dijo, mientras les conducían a la mesa—. Mañana trasladan a Jim a una clínica de recuperación, y he tenido que resolver algunos papeleos.

—¿Jim?

—Mi padrastro. Lo han operado a corazón abierto.

—Lo siento —se preguntó si ella necesitaba ayuda, pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

—Fue muy bien. Sólo necesita unas cuantas semanas de convalecencia. Mi madre no se apaña muy bien.

—Ya. Si te puedo ayudar de alguna manera… ¿Necesitas…?

—Nada, gracias. Jim no es el mejor de los pacientes, pero todo va bien. El caso es que… hay otra cosa —musitó. Jugueteó, desganada, con la ensalada, levantó la copa de vino y volvió a dejarla sobre la mesa—. Tengo un problema. Necesito tu ayuda —dijo, y quedó en silencio.

¿Por qué estaba tan nerviosa? Vio cómo sus ojos parpadeaban rápidamente, sus pequeños dientes mordisqueaban su labio inferior. Esos mismos dientes le habían mordido la piel aquella noche cuando, abrazada a él, repetía su nombre sin parar. Un temblor le recorrió al recordarlo. Esa turbulenta y maravillosa noche. ¿Por qué dudaba? ¿Acaso no sabía que haría cualquier cosa por ella?

—Lo que tú quieras —le dijo—. Sólo tienes que pedirlo.

—Quiero que te cases conmigo.

Tenía que ser una broma.

—Cariño, me parece algo precipitado —bromeó, y se echó a reír. Se controló en seguida. No era una broma. Lo decía en serio.

—Estoy embarazada.

—¿Embarazada?

No hizo falta que dijera nada más. Ella lo leyó en sus ojos. ¿De una sola noche? No te he visto en dos meses. Podría haber pasado de todo… ¡con cualquier otro! Ella tragó saliva. Claro, él esperaba más detalles, pruebas.

—Mis negocios hoy eran con el Doctor Alden. Un tocólogo de esta ciudad. Es la segunda visita que le hago. Lo confirmó en la primera:

estoy embarazada de dos meses.

Toda imagen romántica se disolvió ante esa pesadilla. Lo habían cazado. Una trampa que siempre había tenido cuidado de evitar. Pero aquella noche… con el barco balanceándose salvajemente en mitad de una tormenta y con una mujer entre los brazos, una mujer apasionada y deliciosa que olía a jabón de lavanda y agua de mar, que le suplicaba… ¿quién diablos se hubiera acordado de los preservativos, que, en cualquier caso, estaban en la mesilla de la otra cabina?

—¡Maldita sea!

—Exactamente lo que opino yo —la amargura de su voz le era tan desconocida que lo sorprendió. Ella se suavizó de inmediato, y le suplicó—. Mira, no tiene por que ser tan horrible. No sería un matrimonio de verdad, y desde luego no duraría. Sólo hasta que nazca el bebé, o el embarazo esté bastante avanzado. Podríamos decidir que somos incompatibles en cualquier momento… en seis meses, o cuando a ti te parezca bien. Divorciarse es muy fácil.

«Y muy caro», pensó él, recordando: «No quería a Ben. Fue por dinero».

—¿Para qué entonces? —preguntó—. Pagaré. ¿Cuánto quieres? Para el niño, o para… para lo que quieras hacer. Eso también es muy fácil, ¿sabes?

—No pretendo hacer nada más que tener este niño, que da la casualidad que es tuyo. Lo único que te pido es que me ayudes a parecer respetable para…

—¡Respetable! Ésa es una palabra muy anticuada.

—No para mi madre. Es tan parte de ella como los ángeles, la moralidad y el matrimonio. La mataría que me convirtiera en madre soltera.

—¿Sí?

—Sí. Y ya ha pasado por mucho. Era muy feliz, planificando mi boda, la destrozó lo ocurrido, y me echa a mí la culpa. Quizás tenga razón. Y ahora la operación de Jim, de la que aún no se ha recuperado —volvió a morderse el labio—. No puedo hacerle esto. No puedo.

Él se negó a dejarse conmover. No pensaba dejar que lo afectara.

—Así que esta propuesta matrimonial es por tu madre. En ese caso, podríamos simular que nos hemos…

—No —dijo ella, mordiéndose el labio con tanta fuerza que él pensó que iba a hacerse sangre—. También quiero respetabilidad para mi hijo. O llámalo legitimidad, si quieres.

—¡Ah! Llegó la hora de la verdad. Tu amor por tu hijo. Tu deseo de que él, o ella, tenga derecho legal a mi apellido y, de paso, claro, a mi fortuna.

Ella se quedó sin respiración, conmocionada por sus palabras, por el desprecio de su cara. ¿Pensaba que iba a por su dinero? ¿Que lo

había planeado para atraparlo? La invadió una oleada de ira.

—¿Cómo te atreves a pensar algo así? Tú, maldito egoísta hijo de… —calló al oír movimientos en la mesa contigua y darse cuenta de que había elevado la voz.

—No he dicho que lo planearas.

—Vaya. Pues es lo que yo he oído. Alto y claro —replicó. No era lo que esperaba del hombre amable que la había rescatado de la iglesia. Las lágrimas le quemaron los ojos, y sintió nauseas. No se pondría enferma. Ahora no. Lo miró con ojos centelleantes—. Escucha esto, no soy una asesina. No pienso matar al bebé, ¡ni por tu conveniencia ni por la mía!

—No te estoy pidiendo que te libres de él. Lo único que digo es que no es necesario el matrimonio.

—El matrimonio es por mi propia conveniencia. Por seguir las convenciones. Por respetabilidad. Créeme, lo he pensado mucho antes de recurrir a ti. He considerado otras posibilidades: buscar un trabajo en California, o algún otro sitio, hasta que tenga el bebé. Pero no puedo marcharme por Jim… el negocio depende de mí. Aún así, tendría que explicar la criatura, una responsabilidad de por vida.

—Mira, te dije que pagaría…

—Es mi responsabilidad. Económica y todo lo demás. Pide a tus abogados que redacten unos de esos acuerdos prenupciales.

—No valen ni el papel en que están escritos si hay un hijo de por medio.

—Firmaré lo que tú quieras. Y no te pido que cambies tu vida. Lo único que pido es que te cases conmigo por unos meses.

—¿Y si me niego?

—Entonces, no hay más que hablar. Gracias por la comida —dijo, levantándose de golpe, luchando contra las náuseas.

—Espera, Judy. Vamos a hablarlo —dijo, agarrándole la mano.

—No. No importa. Olvídalo —lo rechazó, intentando soltarse para salir antes de vomitar todo lo que había comido.

—No. No puedes enfrentarte a esto sola. Yo…

—Perdonen. Señora, ¿la está molestando? —preguntó a Judy el hombre de la mesa de al lado, mirando a Jake amenazador; Jake le devolvió la mirada.

—No, gracias. No me molesta —casi gritó Judy, controlando las arcadas—. Simplemente me despiden —añadió cuando Jake aflojó la mano y pudo soltarse.

—Espera, Judy —exclamó Jake, apartando al hombre. La siguió y la vio entrar en el aseo de señoras. Maldición. No había querido herirla. Sólo quería aclarar las cosas.

«Sin comprometerte ¿eh?»

«Bueno, no puedes escaparte. Sabes perfectamente que el niño es

tuyo».

«Hoy en día ninguna mujer se queda embarazada a no ser que lo desee».

«¿Una chica inocente, virgen? Quizás se sienta tan atrapada como tú».

«Quizás, pero ahora es distinta».

«¿Distinta?»

«No es como fue en el Pájaro Azul. Bueno, quizás no fuera diferente: Nunca quise a Ben. Fue por dinero».

Era su hijo.

Miró la puerta cerrada del lavabo. ¿Es que no iba a salir nunca?

Ella se inclinó sobre la taza y vomitó una y otra vez, sintiendo el dolor de las arcadas y cómo se vaciaba su estómago. Cuando se le pasó, se apoyó contra la pared, muy débil. Intentó no dejarse llevar por la amargura. ¿Qué había esperado?

La semana que pasó en el Pájaro Azul él había parecido tan comprensivo, tan amable, y…

Hay un abismo entre una semana en el camarote de su barco, y un anillo en el dedo anular, ¡estúpida!

«Vale, así que me toca cargar con las consecuencias», pensó, mientras se lavaba la cara y se enjuagaba la boca. « Y ahora ¿qué hago?»

«Bueno, son otros tiempos. La madres solteras están a la orden del día».

¡Alicia!

Judy se miró el estómago liso. Seguramente no se le notaría por lo menos en otros tres meses. Para entonces la empresa se habría afianzado, y Jim recuperado para hacerse cargo de ella. Quizás podría marcharse, o…

Tenía tres meses para decidirlo. Se pintó los labios, se peinó y enderezó los hombros.

Abrió la puerta y chocó contra él.

—Ven, Judy. Vamos a algún sitio donde podamos charlar.

Tres días después, en Atlantic City, los casó un juez de paz, ante dos testigos que no conocían. ¿Quién iba a saber que la ceremonia no se había celebrado dos meses antes?

—Si voy a vivir una mentira, será una inmensa —declaró Judy—. Te conocí… en algún sitio, y me enamoré locamente. Se lo confesé a Ben la noche antes de la boda y me dijo que quien iba a quedar como una tonta sería yo, no él. Desde la iglesia corrí a tus brazos y… nos casamos. ¿De acuerdo?

—¿Esperas que alguien se crea ese montón de embustes?

—¡Pues piensa tú en algo mejor! —lo retó, cortante.

Estaba cansada. Acababan de volver al aeropuerto de Richmond, donde habían quedado esa mañana para volar a Atlantic City. Pensaban conducir a Elmwood de inmediato, donde ella se lo presentaría a sus padres. En ese momento estaba tan agotada que le importaba poco que se tragaran la historia.

Alicia, asombrada, se la tragó sin dudarlo. ¡Jake Masón, de Empresas Masón!

—Claro que lo entiendo. El amor verdadero puede con todo —ronroneó—. Mi niña querida, debiste decírmelo. Podría haberlo organizado todo. ¡Ay, Dios! Tenemos que organizar una recepción, en cuanto Jim se recupere.

Puede que Jim, en la clínica de recuperación, fuera algo más escéptico, pero estaba demasiado drogado para hacer preguntas. Judy se sintió aliviada.

—Ni siquiera tenemos que vivir juntos —le dijo a Jake cuando caminaban hacia el coche—. Podrías decir que te marchas de viaje de negocios, o al campo, por algo urgente. Nunca se enterarían. Yo podría vivir en mi casa mientras…

—De eso nada —replicó—. Yo también tengo familia y amigos, sabes.

—¿Y?

—¡Y no pienso dar la impresión de que me han cazado! A lo mejor yo también me enamoré locamente. ¿Entiendes?

Lo entendió. Aceptó trasladarse al dormitorio contiguo al de él, a su casa, dondequiera que estuviese. Sería un viaje largo para ir a trabajar, pero ella también tenía que aceptar algún compromiso.

—Tendremos que volver a casa para recoger algunas cosas —le dijo, preguntándose por qué no habían planeado todo eso antes. En las bodas de penalty se olvidaban muchos detalles, pensó, y añadió—. Tendremos que volver al aeropuerto a recoger mi Volkswagen —Judy no entendía cómo se le había olvidado. Llevaba allí todo el día. La factura del aparcamiento iba a ser enorme.

Él pagó la factura, pero sugirió que se deshicieran del coche.

—No, lo necesito —dijo ella. A las dos de la mañana llegaron a la palaciega mansión Masón, en Wilmington Heights. El Volks parecía totalmente fuera de lugar al lado del Porsche plateado que había en el garaje de seis plazas.

—Mira —dijo Jake cuando sacaba su bolsa del maletero—. No tienes que conducir esto. Puedes usar el Porsche o ese Cadillac que hay allí. O te compraré lo que quieras.

—El Volkswagen está bien.

—¿Si? Está desequilibrado, este guardabarros está hundido y…

—Es mío —lo cortó, intentando no sonar tan intimidada como se sentía en realidad. ¿Así que vivía aquí? Debían haber recorrido al

menos cien metros de explanada para llegar al enorme garaje y la enorme casa. ¿Cuántas habitaciones? se preguntó, mientras él encendía la luz en una pequeña habitación para desayunar.

—¿Quieres algo de comer o beber?

Su excesiva cortesía la irritó. Negó con la cabeza, preguntándose si sería capaz de volver a tragar un bocado. Lo único que quería era un lugar donde pudiera estar a solas y tumbarse. Y pensar. Pero antes…

—¿Aquí es donde vives? ¿Tú solo? —preguntó. Y pensó «Es decir, cuando no estás en el Pájaro Azul, o volando a Brasil, o a cualquier otro lugar».

—Es mi hogar. He vivido aquí toda mi vida. Mi madre se quedó después de divorciarse, pero pasa la mayor parte del tiempo en su villa de Italia.

—Ah, ya. ¿Y tu padre? —preguntó, con súbita curiosidad.

—Muerto.

—Oh, lo siento.

—Hace ya diez años, pero ya se había mudado antes. De todas formas, no estoy completamente solo. Los Hunt viven aquí. Los conocerás mañana. Ven, te enseñaré tu dormitorio.

Capítulo 9

No estaba tan cansada como para no darse cuenta. Comprendió de inmediato que sus vaqueros y sus fuertes botas estaban tan fuera de lugar en el largo armario revestido de espejos, como su Volks en el garaje. Y como ella en ese dormitorio, tres veces más grande que el suyo, y eso sin contar el tocador independiente, el cuarto de baño independiente, con su profunda bañera a ras de suelo, y el patio que se veía a través de las puertas correderas de cristal. Un dormitorio de mujer, suave y femenino, con cojines y un edredón de plumas, una gruesa alfombra y visillos transparentes. Incluso los colores eran suaves y femeninos: un lavanda pálido, casi blanco, sutilmente mezclado con rosa profundo.

El lujo la habría apabullado, de no ser por la fascinación que le produjeron la belleza y la comodidad de la habitación. El armario estaba vacío, había cosméticos y productos de aseo en el tocador y en el baño, sin estrenar. Simplemente esperando… y dándole la bienvenida. Apartó todos los pensamientos de su mente y dejó que la habitación la acogiera. Se sumergió en un aromático baño de burbujas en la enorme bañera, y cayó dormida sobre los cojines de plumas de la cama de matrimonio, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

Sin embargo, a las cuatro y media de la madrugada, cambió las zapatillas de cristal por las botas. No vio a nadie en el camino al garaje, y se metió en su Volkswagen para conducir hasta Virginia. No podía permitirse perder uno solo día de trabajo, y quería estar en la carretera antes de que hubiera mucho tráfico.

Cuando volvió, poco antes de las diez de la noche, sentía una cierta aprensión. ¿Habría alguien para dejarla entrar? Fue una estupidez no haber pedido una llave o una tarjeta para abrir el garaje. Se alegró mucho al ver que el garaje estaba abierto.

No se esperaba la explosiva bienvenida que siguió.

Jake estaba de pie en el garaje, y su expresión era una mezcla de alivio e irritación. Para cuando salió del coche se había convertido en auténtica furia.

—¿Dónde diablos has estado? —gritó.

—En el trabajo.

—¡Trabajo!

—Haces que suene como… mira, puede que a ti te suene como un taco, pero no es una palabra prohibida. Es algo muy normal, que hace la mayoría de la población.

—Pero… —dudó, más asombrado que enfadado—. Pensaba que mientras tú… supongo que no esperaba que mi mujer trabajase.

—¡Y tú me llamas anticuada! No me digas que eres uno de esos chauvinistas que se sienten amenazados por la carrera de su mujer.

La boca de él tembló, y casi se le escapó una sonrisa.

—Bueno, podría aceptar una carrera. Una mujercita chic, vestida con un traje de Armani, con un maletín de cuero, y…

—Oh, por Dios bendito —lo interrumpió. No hacía falta que le recordara que estaba cubierta de restos de escayola de las paredes de Charlie, y había sido un día muy largo—. Oye, ¿podríamos continuar esta conversación en otro sitio, sentados?

—Buena idea. Parece que tenemos un montón de cosas que contarnos. Tú primero —dijo, abriéndole la puerta de entrada a la casa—. ¿Tienes hambre? —preguntó, cuando ella se sentó en la salita de desayuno.

—Un poco —admitió.

—Menos mal que le pedí a Sadie que sirviera un plato para ti —dijo, levantándose y metiéndolo en el microondas—. Incluso aunque no sabía cuándo ibas a volver, si volvías.

—¿Qué quieres decir? Sabías…

—¡No sabía nada de nada! Me levanté esta mañana dispuesto a explicarle a Sadie, y…

—¿Quién es Sadie?

—Mi ama de llaves. Te dije que los Hunt viven aquí. Viven en el apartamento que hay detrás del garaje. Están a cargo de todo.

—Ah. ¿Y por qué tenías que explicarle nada?

—Porque lleva aquí desde que tengo quince años y es más madraza que mi propia madre. Desde luego que no iba a entender este matrimonio «de compromiso».

El sonido de la campana del microondas sirvió para dar énfasis a su afirmación. Sacó el plato y se lo puso delante.

—Mmm, gracias —dijo ella. Pollo, arroz, salsa y guisantes. Olía de maravilla.

—¿Qué quieres beber?

—Té, por favor. Caliente —respondió. Sabía que le asentaba el estómago—. Si no es demasiada molestia.

—Mucha menos molestia que intentar explicar una esposa desaparecida —declaró, empezando a prepararlo—. Me sentí como un maldito imbécil. Había convencido a Sadie, tal y como quedamos, de que me había enamorado locamente y nos habíamos casado sin pensarlo más. ¿Qué crees que sentí cuando la ruborosa novia no apareció? ¡Y siguió sin aparecer hasta casi medianoche, cuando una incrédula y sospechosa Sadie se ha retirado a dormir, y yo estoy volviéndome loco! Esa es otra cosa. La mayoría de la gente trabaja de nueve a cinco. ¿Por qué llegas a esta hora?

—Bueno, queríamos acabar el suelo de los Carlson, así que no lo

dejamos hasta casi las seis. Charlie y yo trabajamos en su casa después de eso. Por fin conseguimos deshacernos de ese enlucido agrietado de las paredes… y no todo cayó encima de mí —añadió, mirándose y soltando una risita—. Entre una cosa y otra cuando llegué a ver a Jim ya eran casi las nueve. Y… bueno, se tarda un rato en volver desde allí.

—Exactamente, ¿a qué tipo de trabajo te dedicas? —preguntó, mirándola asombrado.

—Ya te lo expliqué.

—¡No me explicaste absolutamente nada! —dejó la taza sobre la mesa con tanta fuerza, que el té salpicó.

—Pero te dije que tenía que hacerme cargo del negocio. Yo… —ella calló, intentando recordar qué le dijo cuando intentaba resolver su dilema. Le había suplicado que se casara con ella, pero pasando por alto los detalles. Esto se lo debía. Así que le explicó la bancarrota, Construcciones Crenshaw y la enfermedad de Jim.

—Entiendo —dijo cuando acabó—. Estás comprometida. Pero, diablos, podemos arreglarlo. Contrataremos a alguien para que se haga cargo hasta que tu padrastro se ponga bien.

—No —cortó ella con aspereza—. Prometí no tocar ni un céntimo de tu dinero, ¡pienso cumplir esa promesa!

La miró fijamente. ¿A qué demonios jugaba ahora? ¡Había accedido a casarse con Ben por unos míseros doscientos cincuenta mil dólares para salvar la empresa! Se encogió de hombros.

—Entonces, considéralo un préstamo.

—No, así es como Jim se metió en problemas. Además, me va muy bien. Y también es para mí ¿no lo entiendes? Para que el niño y yo nos podamos mantener después…

—¡Por amor de Dios! Ya te dije que…

Ella se inclinó sobre la mesa y le tocó la mano.

—Sólo te pedí unos cuantos meses de matrimonio. Nada más. Pienso mantener esa promesa.

—Ayer también hiciste unas cuantas promesas, en Atlantic City.

—Sí, pero eso era todo fingido… sólo hasta que…

—¿Qué fue lo que dijiste? Si voy a vivir una mentira, será una inmensa. Pues yo también me aplico el cuento. Ya te dije que no estoy dispuesto a parecer un tonto al que han cazado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que por la mañana te quedarás lo suficiente para conocer a los Hunt y para que te presente como señora de la casa. Y por la tarde estarás aquí a tiempo para acompañarme a la cena que da mi amigo, Scot Harding, a las siete, para celebrar nuestra boda.

—Oh. Sí, desde luego —iba a partirle el día, pero se lo debía.

—Y no estaría mal si consiguieras aparentar ser la feliz recién

casada que se supone que eres.

—Cariño, te presento a Sadie y Ernie Hunt, que mantienen todo en orden. Aquí la tenéis, por fin —dijo Jake, acercando a Judy contra él —. Ayer se nos escapó porque estaba muy preocupada por su padre, que acaba de sufrir una operación de corazón.

—Encantada de conocerlos, y lo siento si ayer les causé alguna inconveniencia. Señora Hunter, fue muy amable de su parte dejarme la cena preparada. Estaba muy buena y la disfruté —Judy se dio cuenta de que hablaba atropelladamente y paró, consciente tan sólo de una cosa, del brazo de Jake rodeándola. No era en absoluto incómodo. Todo lo contrario, era un gran apoyo.

Necesitaba su apoyo. Estaba claro que estaban analizándola. Ellos llevaban allí mucho tiempo, era ella la intrusa, y demasiado bienvenida. Lo veía en cómo la miraban. Con respeto, pero recelosos.

Ernie Hunt, delgado, con una calvicie incipiente, fue el primero en hablar.

—Nos alegra tenerla entre nosotros, señora Masón. Esperamos que sea feliz aquí, y haremos lo que esté en nuestras manos para conseguirlo.

—Desde luego que sí. Hemos esperado esto mucho tiempo, ¿verdad, Ernie? —apuntó Sadie, dirigiéndose a su marido, pero mirando a Jake. Este, instintivamente, apretó aún más a Judy—. Sólo tiene que decirnos lo que quiere o si desea cambiar algo. ¿A qué hora quiere que se sirvan el desayuno y la cena?

—No, nada. Es decir, no necesito… —Judy hizo una pausa, intentando calmarse y descifrar las extrañas sensaciones que le producía el contacto físico con Jake—. Tengo un negocio en Richmond, y tengo que salir muy temprano. Puedo prepararme yo misma las tostadas y el té, si me apetece —balbució—. En cuanto a la cena…

—Hoy no cenaremos aquí, Sadie —interrumpió Jake, entendiendo su apuro—. Vamos a salir. Judy está tan ocupada, que será mejor que decidamos día a día. Cada mañana le diremos a qué hora vamos a cenar, ¿no te parece, cariño? —dijo Jake, frotando cariñosamente la cara en el pelo de Judy. Ella se puso tan nerviosa que apenas fue capaz de asentir con la cabeza.

Actuando aún como un amante esposo, la escoltó hasta el coche.

—Intenta llegar antes de las cinco. Date tiempo para vestirte —le recordó, acercándose a la ventanilla cuando estaba a punto de arrancar.

—Ah, sí. ¿Es una cena de etiqueta? —preguntó, repasando mentalmente su escaso guardarropa.

—Estrictamente informal. Bueno, no del todo. Las otras señoras…,

me gustaría que te pusieras un vestido.

—De acuerdo —arrancó el coche, con la piel aún ardiéndole por su contacto físico con Jake. Intentó concentrarse en el día que tenía por delante. Parar en casa de los Jones, para darles el presupuesto de los armarios de la cocina. Ponerse en contacto con Leo para el trabajo de fontanería. Charlie. Bueno, no podría trabajar en su casa esa noche. Tendría que pasar por su casa para recoger un vestido, quizá el vestido camisero de seda dorada. ¿Le gustaría a Jake?

¡Uf! ¡Que importaba si le gustaba o no! «Eres una aventura de una noche, chavala, y esto es un matrimonio fingido, que no se te olvide».

No servía para nada. Apenas la había tocado y no conseguía olvidarse. Si la trataba así para beneficio de los sirvientes, ¿qué haría esta noche con sus mejores amigos? No sabía cuántos de esos abrazos y cariñitos podría soportar.

Supongo que estoy bien, pensó, mirándose en los paneles de espejo. El vestido dorado resaltaba el oro de su cabello, que se había recogido en una especie de moño, dejando algunos rizos sueltos. Sandalias a juego, las piernas desnudas, y unos pequeños aros de oro en las orejas, como único adorno. Informal, pero no demasiado, pensó.

La mirada de admiración de Jake, le confirmó que estaba perfecta, y se sintió levemente orgullosa. Contenta de haberse tomado tiempo para hacerse la manicura y la pedicura. Y también contenta de que, mientras la llevaba hacia el Porsche, pareciera tan preocupado por evitar rozarla, como ella lo estaba por evitar su roce.

Los Harding vivían en otro sector de la ciudad, en una casa más moderna, no tan grande como la de Jake, pero igual de lujosa, pensó Judy, mientras atravesaban el bien cuidado jardín delantero, dirigiéndose a la casa de estilo Tudor. En cuanto se abrió la ancha puerta de doble hoja, sufrieron un bombardeo de confeti, campanillas, silbidos y gritos de una animada multitud de personas que les felicitaban. Las enhorabuenas alternaban con las recriminaciones.

—Así que por fin lo hiciste, ¡tramposo!

—Eso, cómo es que no nos avisaste.

—¡No critiquéis! ¡Por fin lo han cazado!

—Y no me extraña nada… —silbido— ¡si ésta es la mujercita que lo ha conseguido!

—Enhorabuena, colega. Pero algo falla. ¿No se suponía que yo iba a ser el padrino?

Hubo montones de abrazos y besos, sirvieron cócteles y todos hablaban al mismo tiempo, incluso mientras se presentaban. La sorprendió, cuando se sentaron a cenar y pudo situarlos a todos, que la «multitud» se limitaba a tres parejas.

Scot Harding, el anfitrión, un hombre guapo de pelo moreno, le

echó una mano.

—Si ése —señaló a Jake— te causa algún problema, dímelo. Llevo manteniéndole firme desde que estábamos en el parvulario. Y no dejes que Lisa te moleste. Le hace el tercer grado a cualquier mujer que se acerca a Jake.

—¿Lisa?

—Mi mujer —señaló con un gesto a una mujer con hoyuelos y pelo plateado, que había en el extremo opuesto de la mesa—. Cree que es la protectora personal de Jake y… oye, ¿cómo es que no te descubrió? ¡Guau! Nos la habéis jugado bien. Pero te perdono. Sólo con mirarte sé que eres lo mejor que le ha ocurrido —siguió parloteando y ella consiguió enterarse de quiénes eran las otras dos parejas. Hal Stanford, afro-americano, era uno de los vicepresidentes, con Scot, de una compañía de seguros—. Doris, su mujer, es la que está sentada al lado de Jake.

—Y yo soy el senador Dobbs —saludó, con pomposidad exagerada, el hombre bajo y robusto que tenía a su izquierda—. Estoy muy interesado en tu afiliación política y…

—¡Cállate, Al! —Cortó Jake desde el otro lado de la mesa—. No le hagas ni caso, Judy. Es un político de tres al cuarto, que sólo está aquí porque está casado con mi prima, Ada, que está allí.

Entre bromas, ella comprendió que estaba con un «grupito», parejas que se conocían tan bien que jugaban a tomarse el pelo mutuamente. Parejas. Jake era parte del grupo. ¿Quién había completado la pareja? ¿Esa misteriosa Mel, que todos habían evitado mencionar? Judy sintió un arrebato de puros celos. Era un grupo divertido. Deseó formar parte de él.

—Jake —dijo Scot—. ¿Nos vemos por la mañana o tu esposa te mantiene bajo llave?

Jake miró a Judy.

—Scot y yo jugamos al golf los sábados por la mañana, cuando los dos estamos en la ciudad. No te importa ¿verdad, cielo?

—Claro que no —dijo Judy, sonrojándose al oírlo decir «cielo». Lo decía como si…

—Perfecto —dijo Scot—. Será la primera vez desde la boda de Ben Cruz. ¿Salió todo bien?

Judy se irguió en la silla. Era la primera vez que mencionaban su nombre. Él era parte del «grupito», ¿no? El mejor amigo de Jake.

—¿Quién es Ben Cruz? —preguntó Al.

—Oh, una de las obras de caridad favoritas de Jake —contestó Scot —. Desde la universidad. Ben siempre estaba por la facultad, haciendo trabajillos, como servir la mesa en la residencia universitaria. Una noche apartó a Jake de la trayectoria de un coche que se estrelló contra el edificio, y consiguió financiación para toda la vida. Cuando

se le acaba la pasta llama a Jake, que le ha financiado de todo, desde una granja para pollos a una pizzería.

Así no era como Ben lo había contado, pensó Judy. Miró de frente a Jake, diciéndole con los ojos «¡No me lo dijiste!». Él desvió los ojos y se concentró en cortar la carne que tenía en el plato.

—Un tipo listo —dijo el senador, y tomó un sorbo de vino—. Supo a quién salvar. No podía haber encontrado a nadie más fácil de embaucar.

—Exacto —dijo Scot—. ¿Sabéis por que fue a hacer rafting en Bolivia? Porque le encanta el peligro y el pobre chico rico no tiene otra cosa que hacer. No como nosotros, currantes de nueve a cinco.

—Dejad a Jake en paz —saltó Lisa—. ¡Puede ir a hacer rafting dónde y cuándo le venga en gana!

—Correcto. Sólo quiero contaros el porqué de este viaje en concreto. Dos tipos, que aún no tienen treinta años, deseaban crear su propia empresa, para ofrecer viajes de rafting en las zonas más salvajes del planeta. ¿Qué se os ocurre? Les hacía falta capital.

—¡Y los afortunados hijos de tal y cual se encontraron con el rey mago! —dijo Hal Stanford, entre las carcajadas del grupo.

—Acertaste.

—Y lo consiguieron ¿verdad, Jake? Dos chavales, veinteañeros, que no tienen ni idea de…

—Incorrecto. Saben lo que hacen. Hice el viaje ¿recuerdas? Y es un buen negocio. ¿Preferirías que anduvieran por la calle vendiendo drogas o algo similar?

—Vale, amigo. Puede que funcione. Diles que tengo un buen seguro para ellos. Como hay Dios que van a necesitarlo. ¿Y qué hay de Ben? ¿Se casó con una rica heredera y se marchó de tu vera? ¿Dónde está ahora?

—Se marchó, y no sé dónde está —replicó Jake y, haciendo un esfuerzo para cambiar de tema, añadió—. Estoy demasiado ocupado acostumbrándome a tener una esposa que trabaja.

—¡Una esposa que trabaja! —Exclamó Ada, la mujer del senador— ¿Eres una mujer de carrera?

—Sí, soy contratista —replicó Judy, suscitando una serie de preguntas y comentarios por lo inusual de ese trabajo en una mujer.

—Mi esposa también es una mujer de carrera —comentó Scot, cuando comenzaron a agotarse los comentarios.

—¿Sí? —Se sorprendió Judy— ¿Trabajas?

Los hoyuelos de Lisa bailotearon por su cara cuando le sacó la lengua a su marido.

—Sí, en la casa.

—Su carrera es el matrimonio. Antes de ofrecérseme en matrimonio me informó de que la suya es una de las mejores y más

satisfactorias profesiones de la tierra, casi equiparable con la prostitución, ¿verdad, corazón?

En medio de grandes risotadas, comenzaron a tomarle el pelo a Lisa, que recibió el apoyo de la mujer de Stanford, que declaró que sin duda era el oficio más duro del mundo.

Si su carrera era el matrimonio, no cabía duda que estaba teniendo mucho éxito en ella, decidió Judy. Ella y Scot parecían muy felices, en armonía el uno con el otro. Muy enamorados, pensó, cuando el grupo pasó al salón para tomar al café, y Lisa se acurrucó junto a su marido, que parecía incapaz de mantener las manos lejos de ella.

«Parece que están listos para que todos nos marchemos pensó, y la pilló por sorpresa que Lisa se irguiera y soltara la bomba.

—Bueno, pareja. Contádnoslo. Todo. Dónde os conocisteis. Cómo se desarrolló el romance. ¡Queremos toda la historia!

La mirada asustada de Judy cruzó la habitación para encontrase con la mirada perpleja de Jake. Otro detalle que no habían calculado.

—Esto… ¡navegando!

—¡Efectivamente! —sonrió Jake, y sus ojos se aclararon.

—Estaba sentado en la cubierta del Pájaro Azul, ocupándome de mis asuntos, cuando vi a una chavala, perdón… a una persona del sexo femenino en una situación comprometida. Si duda, estaba muy verde en eso de la navegación, y tenía problemas para botar un barquito que había… que había… —Jake carraspeó y Judy, que lo miraba asombrada, comprendió que pedía ayuda.

—Lo había alquilado —dijo rápidamente—. El hombre me dijo que cualquiera podía manejarlo, así que pensé, sin dudarlo, que yo también podría.

—También estaba un poquito verde en otras cosas —dijo Jake, dándose unos significativos golpes en la sien.

—¡De eso nada! —le hizo una mueca a su marido. Estaba disfrutando con esto—. Simplemente creo que el hombre no me dio suficientes instrucciones.

—¿Veis? —Jake abrió las manos—. Dadas las circunstancias…

—¡Aja! —Cortó Scot—. ¡El capitán Masón al rescate! El caballero andante de reluciente armadura, o quizás fue la visión de esa melena dorada.

—No, señor —Jake negó con la cabeza—. Fue la visión de ese culito redondo en unos pantalones cortos de color azul.

—De acuerdo, eso me lo creo —dijo Stanford— ¿Y después qué?

—Bueno, pensé que debía probar un barco de verdad, como el Pájaro Azul —no dijo mucho más, pero lo que contó se parecía tanto a los días que pasaron juntos en el Pájaro Azul que Judy se descubrió enjugándose los ojos subrepticiamente con la servilleta.

—Solucionaste la parte de nuestro encuentro muy bien —le dijo, cuando conducían de vuelta a casa.

—La necesidad aguza el ingenio, querida —dijo, encogiéndose de hombros.

—Últimamente lo hemos aguzado mucho, ¿no? —Replicó ella, intentando que su voz no denotara su amargura—. Ya somos casi tan mentirosos como Ben Cruz.

Él le lanzó una rápida mirada, pero no dijo nada.

—Ni siquiera me lo contaste —insistió ella.

—¿Para qué? Ya había ocurrido. En cualquier caso, ibas a casarte con ese tipo, estabas enamorada y todo eso. No me gusta reventar burbujas.

—Pero ni siquiera después. Cuando te dije que no lo quería, que fue sólo…

—¡Vale, vale! —interrumpió. No quería volver a oírle decir que fue por dinero—. Ahora ya lo sabes. ¿Por qué no lo dejamos? Tú estás mucho mejor sin él, y yo… —no acabó la frase, pero ella la oyó de todas formas… «¡Yo he cargado contigo!».

Capítulo 10

En realidad no le importaba que su mujer trabajara. A decir verdad, le daba envidia. Se levantaba temprano todas las mañanas, con un sitio al que ir. Había gente esperándola. Cosas que había que hacer.

A nadie le importaba si él se pasaba el día durmiendo. No lo necesitaban en ningún sitio. Ni siquiera en sus diversos consejos administrativos, a no ser que alguien quisiera conseguir algo y necesitara su voto.

Debía ser agradable sentirse necesitado.

Todas las mañanas, cuando oía la ducha en su cuarto de baño, se la imaginaba bajo el chorro de agua, con el pelo pegado a la piel. Como lo vio aquella noche. No, debía envolvérselo con una toalla, decidió. Lo tenía seco, y recogido en lo alto de la cabeza, las dos mañanas que había planeado encontrarse con ella cuando salía del dormitorio.

—¿Café? —le había preguntado.

—Gracias, pero será mejor que no. No quiero que me pille el atasco.

Sus ojos se fijaron en su trasero cuando se alejaba. Mira que estaba guapa con esos vaqueros apretados. Se preguntó cuánto tardaría en… ¿Cuándo empezaban a notarse los bebés? Volvió a su habitación para observarla, como era su costumbre, hasta que el pequeño Volkswagen salía del garaje y se alejaba.

Debería tener algo mejor que esa chatarra para evitar el atasco, pensó una mañana tormentosa, cuando el coche salió del garaje y se quedó parado. Ella bajo del coche y miró la rueda trasera del lado izquierdo. Dio una patada en el suelo, a continuación desahogó su cólera golpeando el coche con los puños, sin preocuparse de la lluvia. Estaba muy graciosa, y él se sonrió. Al menos llevaba puesto un impermeable y un gorro para la lluvia, calado hasta las orejas.

La vio abrir el maletero y sacar ¿un gato?

¿Tenía un pinchazo? ¿Y pensaba arreglarlo ella misma? ¡Jesús! Se puso unos pantalones a toda prisa y corrió escaleras abajo. Tenía que llegar antes de que esa tontaina de mujer empezara a usar el gato.

Cuando llegó, en cambio, había soltado el gato, y estaba apoyada en el coche, vomitando sin parar. Sólo con verla, casi se puso malo. La apoyó contra su pecho, sujetándole suavemente el estómago, como si así pudiera calmar sus arcadas.

Pasó bastante tiempo hasta que terminó y ella pudo enderezarse.

—Muchas gracias. Lo siento. He ensuciado todo. Nunca sé cuándo va a ocurrir. Lo siento.

—No hay ninguna razón para sentirlo. No es culpa tuya —la

consoló. Ella se apartó y miró el reloj.

—Es tarde. Tengo que lavarme. Crees que… bueno, ¿le importaría a Ernie arreglarme la rueda? Necesito…

—Necesitas hacer un montón de cosas —dijo, levantándola en brazos.

—Espera. Esto no es necesario. Ahora me siento bien. Puedo arreglármelas.

No hizo ningún caso de sus protestas, atravesó la casa y la llevó a su dormitorio, salpicando agua por todos sitios.

—Eres tonta —dijo, empezando a quitarle la ropa—. Mira que quedarte ahí fuera, en mitad de la tormenta.

—¡Yo! Yo llevaba un impermeable. Mírate tú.

—No te preocupes por mí —estaba descalzo y chorreando agua, pero él no estaba embarazado.

—¡Para! No hay ninguna necesidad de quitarme toda la ropa.

—¡Oh, cállate! —Dijo, tirando las botas a un lado y bajándole la cremallera de los vaqueros— ¡No será la primera vez que te veo desnuda!

—¡Escúchame! Tengo que irme. Charlie…

—No vas a ir a ningún sitio, Charlie o no Charlie —dijo. Le quitó la última prenda, y miró a su alrededor, buscando un camisón. No vio ninguno así que abrió la cama y la metió dentro tal y como estaba. Ella intentó levantarse.

—Mira, ya te lo he dicho. Tengo que irme. Charlie necesita que…

—No vas a ir a ningún sitio —afirmó. Puede que ella fuera más lista. Y que la necesitaran. Pero él era más grande.

Ella deseó abofetearlo. Suplicarle, hacer que entendiera. Pero estaba muy cansada. Se estaba tan bien en la cama. Si pudiera quedarse tumbada un rato. Vomitar la dejaba agotada. É la había sujetado. Había hecho que no se sintiera sola.

—¿Te traigo algo? ¿Tostadas? ¿Té?

—Sí, gracias —asintió ella. Eso siempre le sentaba bien.

—Sólo si prometes no moverte.

Ella parpadeó. Era bueno. Le tocó el brazo.

—Sé que lo haces con buena intención. Pero estoy bien, de verdad. Y tengo mucho que hacer. Charlie necesita las especificaciones para la otra casa. Jim ya ha vuelto a casa y ayer no pasé a verlo. ¡Dios mío! y además, el pinchazo.

—De acuerdo. Prométeme que te quedarás aquí y luego decidiremos cómo solucionar todo eso cuando yo vuelva. ¿De acuerdo?

Ella asintió. Tampoco podía ir a ningún sitio con la rueda pinchada.

Mientras tomaba las tostadas y el té, hicieron varias promesas más.

Ella se quedaría en la cama y él iría a Richmond, le llevaría las especificaciones a Charlie y pasaría a visitar a Jim.

—No le digas que estoy enferma. Bueno, di que tengo un virus o algo así —dijo—. Por ahora no quiero decirles lo del niño. Y asegúrate de decirle a Jim que todo va bien en la empresa, pienses lo que pienses.

Él lo prometió, pero Judy siguió nerviosa. No quería que fuera. Le gustaba ocuparse de las cosas ella misma.

Pero el electricista estaría esperando a que Charlie llevara las especificaciones. Y Jim necesitaba que lo tranquilizaran continuamente: alguien tenía que ir.

Ella estaba cansada. Era muy agradable estar simplemente tumbada. Dormir.

Seguía lloviendo cuando, siguiendo las indicaciones que Judy le había dado, Jake llegó a casa de Charlie. Subió las escaleras, llamó al timbre y miró el porche que, a juzgar por los trozos de madera nueva, habían arreglado hacía poco tiempo. Seguramente estaba a la espera de una mano de pintura, que lo unificaría.

Un hombre alto y musculoso abrió la puerta.

—¿Charlie? —preguntó Jake.

—Sí, soy yo. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Soy el marido de Judy. Me pidió que te trajera esto —respondió Jake, entregándole las especificaciones.

—Gracias. ¿Dónde está Judy? ¿Le pasa algo? Entra, por favor —dijo, apartándose.

Entró en una habitación en la que, obviamente, el hombre estaba poniendo placas de yeso. Recordó lo que había dicho Judy: «Nos libramos del enlucido agrietado de las paredes de Charlie».

Tomó una taza de café con Charlie y su mujer, les aseguró que Judy estaba bien y que, probablemente, no tenía más que un simple virus, admiró al bebé, y le preguntó a Charlie si podía acompañarlo en su ronda de visitas para darle un informe completo al padre de Judy.

Después de llevar las especificaciones al electricista, Charlie amplió su ronda, para que Jake se hiciera una idea de todo lo que tenían en marcha. Lo llevó a la casa en la que el electricista iba a reformar todas las conducciones eléctricas.

—Judy tiene predilección por un nuevo tipo de iluminación indirecta, y no cabe duda de que alegra mucho estas viejas casas —explicó. Y a continuación, fueron a ver a Leo, que estaba instalando un jacuzzi. Incluso lo llevó a casa de los Jackson y, lleno de orgullo, le enseñó el ático reformado—. Judy y yo hicimos esto nosotros solos.

Jake intentó imaginarse a Judy trabajando en la gran habitación, que ahora tenía un montón de juguetes desparramados por el suelo.

Trabajando con un martillo y una sierra para terminar los armarios empotrados y los techos inclinados, que le recordaron al Pájaro Azul. Le llamaron la atención el papel pintado, con su dibujo del mapamundi, y el ambiente alegre y luminoso de la habitación, incluso en un día oscuro, con la lluvia repiqueteando en las ventanas. ¿Sería la nueva iluminación indirecta?

De vuelta en el East End, Charlie le señaló un par de casas destartaladas y le explicó los planes que tenían.

Era excitante, pensó Jake cuando se marchaba. Muchos proyectos desarrollándose al mismo tiempo. Construir, mejorar, poner a la gente a trabajar. No le extrañaba que ella estuviera deseando levantarse en mitad de la noche para ir allí…

Notó cómo una vieja y conocida sensación lo envolvía. Esa sensación de estar fuera, mirando hacia dentro, mientras otro hacía el trabajo y defendía sus ideas.

Ella no estaba jugando. Cuando dijo que no quería su dinero hablaba muy en serio. No quería nada de su mundo vacío. Y su hijo era un impedimento que la había frenado. La había atrapado.

Intentaba continuar en marcha. Se acordó de cómo la había visto esa mañana, de pie bajo la lluvia. Furiosa, frustrada, sin poder impedir las arcadas… pobre chiquilla.

Pero podía hacer algo para ayudarla, para hacérselo más fácil. ¡Dijera lo que dijera! Era demasiado independiente.

Le dio a Jim un informe totalmente positivo y les aseguró que el «virus» de Judy sólo duraría un par de días. Alicia lo persuadió para que se quedara a comer; durante la comida acabó preguntándose como una mujer tan boba había conseguido tener una hija como Judy.

Jim Taylor le gustó. Era un hombre directo, débil, pero ansioso por volver al trabajo para «quitarle algo de trabajo a Judy». Sí, había estado de acuerdo, era un día demasiado largo. Sería mejor que fuera después, en lugar de antes, de la hora punta.

—Y que volviera antes de la hora punta de la tarde —agregó Jake —. No me importa que mi mujer trabaje, pero sí me gusta verla de vez en cuando —añadió Jake, con todo el entusiasmo de un amante esposo.

—Claro. Claro —corroboró Jim—. Así establecería el ritmo correcto para mí cuando vuelva. Los médicos dicen que tendré que tomármelo con calma durante un tiempo.

Jake sonrió. Eso era todo lo que necesitaba.

Judy se preguntó si Jake le había dicho a Sadie que estaba embarazada. Su actitud había cambiado. Se dedicó a mimar a Judy cuando le subió las bandejas del desayuno y la comida, diciéndole «come despacio y toma sorbos de refresco de jengibre de vez en

cuando. Te asentará el estómago». Colgó la ropa de Judy en el armario y ordenó la habitación, charlando alegremente mientras lo hacía, preguntándole qué le apetecía para cenar. Hizo que Judy se sintiera, por primera vez, parte de la casa.

Después de la comida, Judy se echó una larga siesta, y se despertó descansada y fresca. Para cuando Jake volvió, se había duchado y se había puesto un pijama de estar por casa.

—Ya estoy bien —le dijo, cuando subió a verla—. Ya te dije que siempre estoy bien cuando se acaban estas estúpidas arcadas. Pero, sí, he disfrutado mucho del descanso.

—Bien.

—Pero ahora ya no sé que hacer —se quejó. Había acabado todo el papeleo del negocio que tenía pendiente, y no había nada que leer en la habitación. En la televisión sólo había seriales—. Me siento rara, aquí, sin hacer nada.

—Conozco esa sensación —dijo él. Hubo algo en la manera de decirlo que la puso triste. Pero él sonrió—. Está lloviendo, es un día para holgazanear. Ven, baja al cuarto de estar, allí hay muchas cosas para leer.

Según bajaban, lo bombardeó a preguntas.

—¿Iba todo bien? ¿Le llevó Charlie las especificaciones a Todd? ¿Fuiste a ver a Jim?

—Sí, sí y sí —sonrió, y comenzó a cantar con excelente voz de barítono—. Sin que tú tires de ella, la marea sube. Sin que tú le des vueltas, el mundo gira. Sin que tú…

—¡Eh, para ya! —gritó ella, riéndose—. Sé que no soy indispensable. Pero hay mucho que hacer y somos pocos. Tengo que ir mañana. ¿Le pediste a Ernie que arreglara mi rueda?

—Lo solucioné —respondió, sin mirarla, y abrió la puerta de la sala de estar—. Hay muchas revistas en esa estantería. Si prefieres un libro…

—¡Oh, no! No me atrevo a empezar un libro. No sé cuándo volveré a pasar otro día como hoy, ni cuándo tendré tiempo para holgazanear.

—Bueno, no sé. Jim cree que quizás te estés pasando —le dijo, sentándose junto a ella en el sofá.

—¿Quieres decir trabajando demasiado? Eso no me molesta —replicó ella, sin llegar a abrir la revista.

—Pasándote en tus atribuciones. Eso le preocupa.

—¿Ha dicho eso? —preguntó con ansiedad. Justo lo que él quería. Haría lo que fuera para que Jim estuviese contento. Así que decidió exagerar un poco.

—Sí. Dice que se lo estás poniendo muy difícil.

—¿Difícil? ¿Por qué?

—Parece que los médicos le han dicho que cuando vuelva al

trabajo se lo tendrá que tomar con calma. Tenía la esperanza de que contrataras a suficiente gente, así el sólo tendría que supervisar.

—Bueno, vamos a contratar a más obreros. Y yo estaré allí para ayudar.

—Tú también vas a estar incapacitada durante un tiempo. ¿Recuerdas?

—Es verdad —admitió, con cara de frustración y ligeramente disgustada—. Y probablemente sea justo cuando él vuelva al trabajo.

—Jim sugirió que estaría bien que empezaras a marcar la pauta ahora. Tú te dedicas a los diseños, los presupuestos, el papeleo y cosas de ésas. Charlie puede supervisar las obras. También le gustaría que trabajaras menos horas. Que fueras más tarde por la mañana, sobre las diez. Y que termines antes. Así, cuando el vuelva, ya se habrá establecido esa rutina. ¿Entiendes?

—Tiene sentido. No sé por qué no me lo ha dicho antes.

—Está empezando a recuperarse, Judy. Es la primera vez que se ha puesto a pensarlo.

«Y tú te paraste a escucharlo», pensó. De repente, sintió una oleada de gratitud. Había ido a Richmond a llevarle los papeles a Charlie, se había parado a escuchar a Jim atentamente. Por la mañana, la había sujetado con mucha ternura…

—Has sido muy bueno al ir hasta allí, Jake. Te estoy muy agradecida —le tocó la mano, y, sobresaltada por el cúmulo de sensaciones que recorrieron su cuerpo, se apartó rápidamente—. También, por pasar tanto tiempo con Jim. Y conmigo —murmuró, confundida. Simplemente tocarlo la volvía loca. Tendría que acordarse de no volver a hacerlo.

Él la estaba mirando fijamente, y se sintió obligada a decir algo más.

—Supongo que tiene sentido —repitió—. Además, sería más cómodo para mí, durante un tiempo.

—Sí. Seguramente —asintió él, sacando una baraja de cartas—. ¿Te apetece jugar una partida?

A la mañana siguiente, le resultó extraño sentarse a desayunar un poco antes de las nueve. A Judy la sorprendió poder retener en el estómago el delicioso desayuno preparado por Sadie. También la sorprendió que Jake apareciera. Era agradable.

—Que tengas un buen día —le deseó, cuando dejó la mesa y se encaminó al garaje a sacar su Volkswagen.

No estaba allí. En su lugar había un reluciente Jeep Cherokee negro, nuevo. Precioso. No era suyo.

Instintivamente, se dio la vuelta. Sí, la había seguido.

—¿Dónde está mi coche? —barbotó—. Me dijiste que Ernie había

arreglado la rueda.

—Te dije que lo había solucionado.

—¡Solucionado! ¿Lo has tirado?

—No seas ridícula. No tiraría nada tuyo. Está guardado en un almacén y podemos recogerlo en cualquier momento.

—Pues quiero que lo recojan ahora mismo.

—¿Por qué?

—Porque… —era suyo. Lo único de valor que había traído consigo —. Lo necesito —concluyó.

—¿No te gusta el sustituto? —preguntó. Dio una vuelta alrededor del Jeep, dio una patada a una rueda. Judy suspiró. Era un vehículo resistente, bonito.

—Me gusta, pero creo que deberíamos cumplir nuestros acuerdos. Prometí no aceptar nada tuyo.

—Vuelvo a recordarte las promesas, sinceras o no, que hiciste en Atlantic City. A mí.

—Estoy cumpliendo esas promesas. Vivo aquí.

—Todas las mañanas sales a la autopista en un coche que parece que está punto de caerse a pedazos. No es seguro.

—No se cae a pedazos.

—Y es poco profesional.

—¿Poco profesional? ¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que quiero decir es que me ha costado mucho elegir el modelo correcto, para que parezcas la contratista profesional que eres.

Lo miró fijamente. Lo decía en serio. Ayer, en mitad de la tormenta, había ido a Richmond, solucionado sus asuntos y hablado con Jim. Después había ido a comprarle un coche. No un coche cualquiera. El coche adecuado para ella.

¡Y se lo agradecía con un estúpido e irracional ataque de orgullo! La invadió una sensación de vergüenza combinada con ternura, y extendió el brazo para tocarlo.

—Oh, Jake, lo siento— se echó hacia atrás, resistiéndose al impulso de abrazarlo—. Perdóname. Me estoy comportando como una estúpida. No quiero parecer desagradecida —se pasó la lengua por los labios, intentando explicarse, tanto para él como para sí misma—. Es sólo que me ha sorprendido mucho. Es demasiado. Nunca he tenido nada así. No, espera. No quiero que sea mío. ¿No podemos considerarlo un préstamo hasta después de…? —su voz se apagó, incapaz de terminar la frase.

—Llámalo como quieras. Pero condúcelo. Es más seguro y mejor que el que tenías.

Después de eso, desaparecieron las tensiones y su vida, por separado y juntos, continuó de forma muy agradable. Más corto y con

menos trabajo, el día de Judy era mucho más fácil. Volvía a casa y se encontraba con una deliciosa cena y un ambiente muy agradable. Sorprendentemente, Jake normalmente cenaba con ella. A veces salía de la ciudad, pero ni mucho menos tanto como ella había esperado.

El invierno fue duro y comenzó muy pronto, así que después de cenar solían sentarse ante el fuego en la sala de estar.

—¿Quieres probarlo? —preguntó él, señalando un rincón cercano a la chimenea, donde había una mesa de ajedrez, siempre preparada, con piezas de plata que, según le contó, había heredado de su abuelo.

—¿Yo? —exclamó—. No sé nada de ese juego. Siempre me ha parecido demasiado complicado para mí.

—¡Cobarde! Vamos, te enseñaré.

Era un juego difícil, pero absolutamente fascinante, y disfrutó por completo de las horas que pasaron ante la mesa.

¿Con quién había pasado el tiempo él antes? Se preguntaba. ¿Quién jugaba al ajedrez con él? ¿Quién lo acompañaba cuando el grupo se reunía?

Solían reunirse a menudo, en casa de una de las parejas, o a veces en el club. La habían aceptado. Lisa, la mujer de Scot, y Doris, la mujer de Hal Stanford, solían llamarla para que las acompañara cuando salían a comer, de compras, o a lo que fuera. Le caían bien, y evidentemente ella les gustaba, porque pronto empezaron a hacerle confidencias. Doris era abogada, y había dejado de ejercer para criar a sus dos hijos. Había pensado volver a trabajar cuando los niños fueran un poco mayores.

—Entonces —explicó Doris— ¡uy!, llegó la pequeñina, Ann Mane.

—Es más bonita y más agradable que un apestoso despacho de abogados —declaró Lisa—. Si no la quieres, me la quedo yo.

—De eso nada. ¡Deja a mi bebé en paz! —Se rió Doris—. Consíguete el tuyo.

—Lo estoy intentando. Lo estoy intentando —repuso Lisa, y les confesó que se moría de ganas de tener un niño. Pero después de año y medio de matrimonio, aún no estaba embarazada.

Irónico, pensó Judy, mientras seguía la conversación. Recordó un viejo dicho: «Quien tiene, consigue». Eso le había pasado a Doris. En cambio, a Lisa: «Quien quiere, no puede».

Mientras que ella, bueno, desde luego que no quena un niño y no iba a por él. Pero sólo hizo falta una noche. Si lo supieran. Esa noche había cambiado su vida por completo.

Sin embargo, por muy íntima que se volviera la conversación, había un tema que nunca tocaban. La habían aceptado en el grupo como si siempre hubiera pertenecido a él, y por mucho que bromearan, nunca jamás mencionaban a otra mujer relacionada con Jake, ni siquiera a la misteriosa Mel. Y esa abstención hacía que Judy

sintiera cada vez más curiosidad.

—Hacéis muchas cosas juntos. En parejas, quiero decir. No hago más que preguntarme quién era la pareja de Jake antes de mí.

—¿Antes que tú? —Preguntó Lisa con extrañeza—. Me da la impresión de que primero una, después otra. Ninguna duraba mucho. Claro, tienes que considerar que yo sólo pertenezco al grupo desde hace un año. Pero Scot dice que Jake siempre fue así. Siempre ha sido reacio a unirse demasiado a alguien. Claro, que había muchas deseando unirse a él.

—Sí, eso lo entiendo. Soltero, guapo, buen partido.

—¿Rico? —completó Lisa, riéndose.

—Bueno, sí. Todo eso. Y pienso que tiene que haber habido alguien antes de mí.

—Lo hubo. Yo.

—¡Tú! —Judy la miró asombrada. Nunca había visto a una pareja que pareciera más enamorada que Scot y Lisa. Y los dos eran como familia para Jake.

—¿No es una locura? —Sonrió Lisa—. Me lo había pedido e iba a casarme con él porque era muy rico. Pero no pude, porque no lo quería. En realidad, él tampoco me quena a mí. Ahora nos reímos mucho cuando lo recordamos —Lisa inclinó la cabeza hacia delante, para hacerle una confidencia—. Fue Jake quien me dijo que yo estaba enamorada de Scot. Yo no lo sabía, y Scot tampoco. Pero Jake sí. Es muy perspicaz. Y es muy dulce. Me alegro de que se haya casado contigo. Se merece a alguien que lo quiera de verdad. Como tú lo quieres. Se te nota en los ojos cada vez que lo miras.

Judy se quedó sin respiración. ¿Se notaba? Había creído que si no lo tocaba…

Tenía que tener más cuidado.

Capítulo 11

Fue sólo un pequeño golpe en la boca del estómago, tan ligero que apenas se notaba. Pero Judy lo notó. La estremeció de arriba a abajo.

Algo dentro de ella estaba vivo y pateando.

¡Increíble!

Se puso las manos sobre el estómago, agarrando y protegiendo, instintivamente, a esa cosita que estaba tan viva. ¡Otra! Volvió a suceder. Un bebé, viviendo y creciendo.

¿Un niño? ¿Con ojos azul mar, que se entrecerrarían al sol?

—¿No podrías, Judy?

—¿Qué? —Judy miró a Doris, desconcertada. Se había olvidado de dónde estaba. Sentada en el salón del club con Lisa y Doris, mientras esperaban a que los hombres acabaran su partida de frontón para ir a comer.

—¿No podrías, Judy? —repitió Doris, como si intentara despertarla—. No me refiero a que lo hagas tú personalmente. Jake utilizó su influencia como miembro de la junta de directiva de M&S y, de hecho, donaron dos televisores.

—Y te hubiera conseguido mucho más si hubieras pedido dinero —gruñó Lisa—. Mary tiene razón —dijo, refiriéndose a la mujer que la había criado—. Dice que toda esa gente rica pierde tiempo y energía organizando subastas y bailes de caridad. Si en vez de eso hicieran una donación…

—Oh, cállate Lisa. La fundación lleva celebrando esta subasta todos los otoños desde hace quince años. Resulta que estoy en el comité de captación de fondos, y estoy obligada a conseguir suficientes objetos para que la subasta cumpla su objetivo. Aparte del trabajo, es divertido y, exactamente igual que tú, lo pasamos muy bien.

—¡Tocada! —Aceptó Lisa—. Me has convencido. Sigue.

—Judy, me refiero a Construcciones Crenshaw. Será buena publicidad y además, por supuesto, sirve para deducir impuestos. ¿Entiendes?

—Sí. Bueno, de acuerdo, pensaré algo —dijo Judy, volviendo a la conversación. ¿Qué podía contribuir una empresa constructora? ¿Una caja de herramientas muy completa? Sonrió irónicamente. ¡Como si a los ricachones que irían a la subasta les sirviera para algo una caja de herramientas! A lo mejor la Mary de Lisa tenía razón.

—Bueno, señoras, ¿listas para comer? —Jake tenía la voz ronca, siempre le pasaba justo después de ducharse. Tenía el pelo húmedo y pegado.

Judy dio un respingo y la subasta se le fue por completo de la

cabeza. Apenas era consciente de las bromas que se sucedían mientras el grupo se dirigía al comedor. Estaba imaginándose una niña diminuta, con el pelo de color paja, quemado por el sol.

—Tráenos una botella del mejor champán —dijo Jake al camarero —. Hay que celebrarlo, señoras.

—¿El qué? —preguntó Doris.

—Nada importante —dijo Scot—. Sólo su buena suerte habitual.

—¿Tú también has perdido? —le preguntó alguien a Hal.

—¿Yo? No, sólo he entrenado. No soy tan tonto como para enfrentarme con un profesional —replicó, y comenzaron las bromas habituales. Claro que Jake ganaba siempre. Jugaba como un profesional porque se pasaba todo el día jugando.

Eso irritaba a Judy. Jake era bueno en los deportes, simplemente ¡porque era bueno! Recordaba su cuidado y maestría cuando pilotaba el Pájaro Azul. Veía sus fuertes manos agarrando los remos aquella tarde, dominando el bote en medio del viento y de las fuertes olas.

Manos que esa noche la habían acariciado tiernamente. Volvió a notar la patada, y una mano voló hacia su estómago, sujetando, acariciando. Se sonrojó y apartó la mano apresuradamente. Miró a Jake, al otro lado de la mesa, y lo vio probar el champán, sonreír y darle su aprobación al camarero. Scot y Hal seguían con las bromas sobre el playboy rico y privilegiado. Sabía que le estaban tomando el pelo, pero esa mañana la irritó. ¿Por qué Jake no se defendía, en vez de quedarse allí sentado, sonriendo?

A mitad de la comida el camarero le trajo una nota a Jake.

La leyó y se excusó, diciéndoles que tenía que ir a llamar por teléfono.

—Volveré enseguida.

—Seguro que es por ese tema de la fusión —dijo Hal a Scot, cuando Jake se marchó.

—Seguro. Estoy de acuerdo, y apuesto lo que quieras a que lo parará —asintió Scot.

—Sí. Eso creo.

—Sin problemas —dijo Scot—. Igual que hizo el Master de administración de empresas en Harvard.

—Es curioso que siempre haya rechazado el trabajo empresarial — reflexionó Hal.

—Pero es excelente en inversiones de alto riesgo y como miembro de juntas directivas.

Para entonces, a Judy le alegró que Lisa se decidiera a preguntar.

—¿Qué pasa? ¿Nos podéis decir de una vez de qué habláis?

—Ya no es ningún secreto. Jake acaba de desmantelar una fusión muy bien organizada. M&S iba a absorber a Comunicaciones Atkins, y los beneficios de los inversionistas iban a subir como la espuma —

explicó Scot.

—Eso es bueno, ¿no? —inquirió Doris.

—A tu hombre no se lo ha parecido —dijo Hal señalando a Judy con un dedo—. La plantilla se reduciría en dos mil personas. Todas quedarían en la calle.

—Eso sería terrible —dijo Judy—. Demasiadas empresas están haciendo justamente eso.

—Eso es lo que pensó Jake —dijo Hal—. Se enfrentó al grupo que estaba a favor de la fusión y que había organizado el golpe. Arguyó que el precio de mercado tanto de Masón y Sellers como de Atkins bajaría, no al contrario. Dijo que ya no era rentable para los inversionistas apoyar tratos que implicaban reducir la plantilla. Nos comentaron que, al final de su discurso, preguntó «¿Qué pasará cuando esas dos mil familias, sus vecinos y sus amigos dejen de comprar nuestros productos y de utilizar nuestros servicios?». Nadie tuvo una buena respuesta que ofrecer, y las dos juntas directivas empezaron a poner objeciones. Han vuelto a empezar los planes desde cero. Le han pedido a Jake que sea el moderador del grupo de trabajo.

—No es tarea fácil —dijo Scot—. No le va a quedar mucho tiempo para jugar.

«Pero estará allí, luchando por los trabajadores», pensó Judy, con orgullo. Volvió a ponerse la mano sobre el estómago. Allí dentro había un ser vivo. Quería que ¿él o ella? se convirtiera con el tiempo en alguien tan inteligente y considerado como su padre.

Jake volvió, con cara preocupada.

—Lo siento, amigos. Judy, tenemos que marcharnos. Tengo que ir a Nueva York. Ahora mismo.

Judy era pequeña por naturaleza y los vestidos sueltos y los jerséis grandes la ayudaban a disimular. Pero, a mediados de noviembre ya no podía ocultar esa curva que, aunque despacio, seguía aumentando.

—Ni siquiera lo mencionaste —gritó Doris y, examinándola con ojos críticos, añadió—. Y debes estar de tres, quizás cuatro meses.

—Más o menos —dijo Judy, preguntándose por qué contestaba con evasivas. En el peor de los casos, si se pusieran a echar la cuenta, pensarían que se había quedado embarazada en la noche de bodas.

—¿Por qué tanto secreto? —Exclamó Lisa—. Si fuera yo, lo habría gritado desde el tejado… oíd, oíd todos. ¿Por qué no nos lo dijiste?

—Supongo que me daba un poco de vergüenza haberme quedado embarazada tan pronto —admitió Judy. Al menos eso era verdad.

—Bueno, ya lo sabemos. Tenemos que ir a comprar ropa de premamá —dijo Lisa—. Te ayudaré. A lo mejor yo también me compro algo. Igual es contagioso.

—¡No es así como se consigue! —rió Doris.

—Cállate, listilla. Sé cómo se hace. ¡Scot dice que eso es lo mejor del asunto! Lo que pasa es que tú eres como una coneja.

—Oye, tres niños no me convierten en una coneja. Además, voy con vosotras. Soy experta en ropa de premamá.

Doris, la experta, analizó lo mejor de cada vestido, y Lisa sí se compró uno para ella. «Para que me dé suerte», les dijo.

Lo pasaron tan bien de compras que Judy se preguntó por qué había tardado tanto en compartir su secreto. Estaban interesadas en su embarazo, y encantadas con él. Fueron a tomar una cena ligera, después de las compras, y sólo hablaron de embarazos y de cómo ocuparse del bebé cuando naciera.

Llegó a casa y estaba sacando los paquetes del Jeep cuando Jake aparcó su Porsche al lado suyo. Salió del coche rápidamente para ayudarla a descargar.

—Parece que has estado de compras.

—Era absolutamente necesario. Ya no me valía mi ropa.

—Ya —sonrió Jake. Intentó cargar con todos los paquetes y se le cayó uno—. Por lo que veo, no te va a faltar qué ponerte.

—Lisa y Doris. En realidad no necesitaba todo esto, pero me han convencido. Espera, lo llevaré yo —dijo, agachándose con cierta dificultad para recoger la caja que se la había caído—. Dijeron que me aburriría ponerme lo mismo una y otra vez. Me han hecho comprar ropa para cualquier ocasión, desde ropa de trabajo hasta vestidos de cóctel.

—Parece un buen plan. ¿Me vas a hacer un pase? —preguntó, volviéndose hacia ella.

—Oh —exclamó, parándose para no chocar con él, y se le cayó otra caja—. ¿Te gustaría verlos? —preguntó. Lo cierto es que le apetecía enseñarle lo que había comprado.

—Desde luego. ¿Por qué no? Deja eso. Yo lo recogeré. Ve al cuarto de estar. Encenderé el fuego y me harás un pase de modelos.

—No. Súbelos a mi habitación. No hace falta que acarreemos paquetes de un lado a otro.

—De acuerdo —accedió él—. Encenderé el fuego en tu dormitorio.

Quizás debería haberse decidido por el cuarto de estar, pensó mientras subía las escaleras. El dormitorio era más íntimo. En realidad no, se convenció, mientras le pedía que dejara los paquetes en el vestidor. En la sala de estar no habría tenido un sitio donde cambiarse.

Entró en el vestidor y colgó los pantalones y vestidos. Doris y Lisa habían sido muy concienzudas, pensó. Incluso habían seleccionado zapatos de tacón bajo que fueran cómodos para ella, pero que conjuntaran bien con la ropa. Cosas preciosas. Ella no se había imaginado que la ropa premamá pudiera ser tan bonita. Estaba

deseosa de enseñársela a Jake. Tocó el vestido de seda color lavanda, su favorito. ¿Se lo ponía el primero? No; era mejor guardarlo para el final, y comenzar por la ropa de trabajo.

—Especialmente diseñados para la futura mamá que trabaja—anuncio alegremente saliendo del vestidor—, estos pantalones verde esmeralda de lana —calló, incapaz de decir una palabra más. La luz de las lámparas y del fuego no era más que un suave resplandor, como un baluarte que los aislaba de la oscuridad del invierno, y hacía que la habitación pareciera cálida, agradable y acogedora. ¿Cómo no se le había ocurrido nunca encender el fuego? Quizás porque no pasaba suficiente tiempo allí o estaba demasiado cansada. Tal vez porque Jake no estaba con ella; en cambio, ahora lo veía echado en el sillón saboreando un martini, sonriendo. Mirándola con esos ojos. El corazón le dio un vuelco.

—Venga, venga. ¡Sigue con el discurso! Diseñados para la futura mamá que trabaja… —apuntó.

Judy hizo un esfuerzo para controlar sus pensamientos y concentrarse en sus palabras.

—Pantalones verde esmeralda de lana —repitió, girando como una modelo profesional—, y un suéter de cachemira a juego, con un inteligente diseño que consigue disimular la abultada tripita.

—Un diseño muy inteligente. Aprobado, señora —dijo Jake, dejando la copa sobre la mesa para aplaudir.

Siempre conseguía que todo fuera fácil y cómodo, pensó ella, volviendo al vestidor.

Después de eso todo fue muy sencillo. Tan divertido como había sido ir de compras. Más divertido aún. Desfiló, exhibiendo cada conjunto como una modelo profesional. Él los admiró, la piropeó y todos le gustaron.

Cuando por fin iba a ponerse el vestido de cóctel color lavanda, la entristeció pensar que llegaba al final. Le había gustado lucir su ropa para él. Le gustaba que la mirara. Se puso el suave vestido y se miró en el espejo. Casi no se le notaba el bulto de la tripa. Pero le había gustado la caída sinuosa del vestido y las aberturas que tenía a los lados, que le permitían lucir las piernas que, gracias a Dios, no habían perdido su forma. Incluso una mujer embarazada podía estar sexy de vez en cuando.

Cuando apareció ante él, Jake no sonrió ni aplaudió. Dejó la copa, se levantó y, simplemente, la miró. Una mirada tan intensa como lo eran sus caricias. Una mirada que hizo que la cabeza empezara a darle vueltas y el cuerpo le empezara a arder.

Ella no podía moverse. Los ojos azul mar la tenían cautiva, mientras examinaban cada centímetro de su piel, penetrándola, haciéndola sentirse viva. Sin darse cuenta, se cubrió el estómago con

la mano.

—Déjame a mí —dijo Jake, acercándose y deslizando su mano bajo la de ella—. Los futuros padres también tenemos derecho —dijo, atrayéndola hacia sí y comenzando a masajear suavemente ese pequeño bulto que ya era parte de ella.

Le hubiera costado tanto detenerlo como dejar de respirar. Tampoco pudo impedir el calor que la recorrió de arriba a abajo. Sintió el deseo latiendo en todo su cuerpo, un deseo que tenía que satisfacer.

La ternura fue aún más fuerte que la pasión. Él la tocaba con gentileza, con cariño.

Estaban casados, ¿no?

Iba a ser la madre de su hijo.

Y le hubiera costado tanto anular el deseo erótico que inundó su cuerpo como conseguir que el planeta dejara de girar. Se abrazó a él mientras la llevaba a la cama.

Capítulo 12

A la mañana siguiente Judy durmió hasta muy tarde. Se resistió cuando un ruido, la lluvia golpeteando las ventanas o un tronco quemado que se movió en la chimenea, penetró en su inconsciente. Cerró los ojos con fuerza, negándose a dejar que se le escapara el sueño. Sus caricias suaves y cariñosas, sus susurros de amor. El éxtasis de la satisfacción. La felicidad.

La lluvia repiqueteó contra la ventana con más fuerza. Sonrió. ¡No era un sueño! Anoche sus brazos la habían rodeado, su amor por ella había sido real.

Se estiró con placer, acercándose hacia él. Abrió los ojos de repente. No estaba allí.

Se sentó, echándolo de menos, pero sin preocuparse. Se estaría duchando, o quizás estaba abajo preparando café. Los Hunt no estaban durante el fin de semana. Sería agradable pasar todo el domingo a solas con él. Deseosa de verlo, se levantó para ponerse la bata.

Había una nota en el espejo del armario, donde no podía evitar verla:

Buenos días, amor. Eres preciosa, totalmente adorable, muy especial para mí. Odio tener que dejarte, sobre todo esta mañana. Pero me reclama el trabajo, en Nueva York. Tú, sexy brujita tentadora, conseguiste hechizarme para que no me marchara anoche. Me alegro mucho de haberme quedado. Fue increíble. Somos totalmente compatibles, ¿no crees? Tenemos que hablar. Pásalo bien hasta que vuelva, seguramente el martes. J.

Apretó la nota contra su cuerpo. «Buenos días, amor». Ella era su amor. La consideraba especial. Se aprendió las palabras de memoria, rememoró el placer de la noche, y disfrutó de una satisfacción que era nueva para ella. No era simplemente satisfacción. Estaba loca de alegría. Su mundo inestable se había enderezado de repente. El la amaba. Lo había reconocido en sus susurros, en la ternura con que la había hecho el amor. Y ella lo quería, más de lo que nunca había pensado que podía llegar a amar.

Recogió el vestido de color lavanda, que estaba tirado en el suelo, y se lo acercó a la mejilla.

—Tú fuiste el culpable, ¡tan sexy! Gracias, gracias, mil gracias—. Murmuró, colgándolo en el armario.

Casi bailando, bajó las escaleras y fue a la cocina. Llenó la cafetera con agua fría y sacó el café en grano del armario. Se paró, sobrecogida por una idea. Esa cocina era suya, estaba en su casa. Vivía allí con un marido que la quería. Él había crecido en esa casa y el hijo de ambos también crecería allí. Acarició la encimera, sintiéndose posesiva de

repente. Se ocuparía de esa casa. Cuidaría a su hijo. Y a Jake. Serían felices.

Sonó el teléfono y se sobresaltó. Levantó el auricular de la pared.

—¿Le enseñaste los trajes a Jake? —era Lisa.

—Sí.

—¿Le gustaron? Oh, ya sé que sí. Te quedaban perfectos. Sobre todo el de color lavanda. ¿Qué dijo?

«Que me quería, que yo era especial.»

—Dijo que le gustaba, que le gustaban todos —tartamudeó. No se acordaba de nada de lo que había dicho.

—Yo no me atrevía a enseñarle el mío a Scot. Temía que creyera que estaba embarazada y luego se desilusionara al descubrir que no era cierto. Judy, ojalá… voy a tocar el vestido todos los días y pedir un deseo.

—Yo también lo pediré para ti, Lisa.

Charlaron un rato más sobre cosas varias y, cuando colgaron el teléfono, Judy sintió otra oleada de satisfacción. Ya formaba parte del grupo por completo, una mujer felizmente casada, igual que Lisa y Doris. Sintió una patada en el vientre, la consideró una confirmación de lo que acababa de pensar, y se echó a reír.

—De acuerdo, yo también me muero de hambre —dijo, abriendo la nevera para sacar huevos y beicon.

Le hubiera gustado pasar el domingo con Jake, pero fue casi igual de agradable pensar en él. «Café y beicon, mis olores favoritos por la mañana», le había dicho el primer día que pasaron en el Pájaro Azul y él preparó el desayuno.

No paró de llover, y el día era frío y desagradable. Pero Judy no se sentía aburrida ni sola cuando se sentó a desayunar, con el periódico dominical abierto sobre la mesa.

Sonó el teléfono.

Sería Doris, pensó Judy acercándose. Quizás fuera Jake, pensó emocionada.

No eran ni Doris ni Jake. Era una voz femenina, profunda y musical, que nunca había oído antes. Preguntó por Jake.

—¿Está allí todavía?

—¿Aquí? —preguntó, confundida—. No, no está.

—¿Ha salido hacia Nueva York?

—Salió está mañana. Probablemente llegará…

—¡Esta mañana! ¡Maldita sea! Tenía que haber llegado anoche.

—¿Quién es? ¿Quiere que le deje un mensaje? —preguntó intrigada.

—Soy Mel. ¿Quién eres tú? No importa, no hay mensaje. Lo veré cuando llegue. Gracias.

Judy aferró el teléfono hasta que se cortó la llamada.

Mel. Como si hubiera ocurrido ayer, recordó los pantalones cortos de Armani y el top que había sacado de un cajón en el Pájaro Azul. Recordó los pantalones y vestidos que había en el armario. Las sandalias y las zapatillas de deporte, de un número mayor que el suyo.

El albornoz que había utilizado aquella noche fatal.

Sintió un pitido en los oídos, pero provenía del teléfono. «Si desea hacer una llamada…». Colgó. Lo miró fijamente, paralizada por la impresión.

«No hay mensaje. Lo veré cuando llegue.»

Estaba claro. Por eso iba, para verla a ella.

¡Derecho desde su cama! Fue como si la hubieran golpeado. Se agarró a una silla, intentando recuperar el equilibrio, mientras la invadía una furia intensa. Había mentido. La había traicionado. Lo odiaba. Odió la voz melosa de la mujer que había llamado por teléfono.

Mel. Por fin había aparecido. ¿Había desaparecido alguna vez?

«¡Maldita sea! Tenía que haber llegado anoche.»

Pero anoche había estado con ella. «¡Tú, mi sexy brujita tentadora!»

¡O sea, que era eso! Sexo y nada más. Una aventura de una noche. Bueno, de dos.

«¿No habré sido más que eso?» La invadió la vergüenza cuando recordó las palabras de Lisa: «Me da la impresión de que primero una y luego otra».

Pero siempre Mel. Si está con ella, seguro que la ha estado viendo todo este tiempo. Todos esos viajes a Nueva York, o a dónde haya ido.

Sentía presión en los oídos, como si la estuvieran martilleando en la cabeza, y le hervía la sangre de pura furia. La había engañado. ¡La había utilizado! Le había hecho creer que era amor cuando no era ¡nada!

El dolor le retorció el corazón, subiendo por su garganta como si fuera bilis. Deseaba escupirlo fuera. Quería aplastar algo.

Con sólo un movimiento del brazo podía tirarlo todo al suelo, los huevos que se endurecían en el plato, el café, ya templado, de la taza. La porcelana, los cubiertos de plata.

No eran suyos, no tenía derecho a hacerlo.

Con movimientos deliberados y cuidadosos, vació los restos del desayuno en el cubo de la basura, aclaró y apiló los cacharros y dobló el periódico. Dejó la cocina tan limpia como la había encontrado.

Ya en su dormitorio, miró la cama revuelta, las cenizas de la chimenea. Hacía frío.

Pero no el suficiente. Su dolor, cólera y odio la abrasaban por dentro. Se acercó a la ventana y apoyó la febril frente contra el cristal.

El ruido de la lluvia golpeando contra el cristal y del viento

silbando entre los árboles le resultó reconfortante. Vio las gotas de lluvia caer, formando pequeños riachuelos en el suelo del patio.

Lluvia. Era extraño que pudiera consolarla y reconfortarla. Anoche el ruido de la lluvia contra los cristales había formado parte de la cálida protección que sintió entre los brazos de Jake. Igual que cuando repiqueteaba sobre el techo del Pájaro Azul, esa primera noche que había experimentado las delicias del amor. Había gritado de felicidad, inmersa en la culminación de su placer erótico.

Movió la cabeza de lado a lado, frotándola contra el frío cristal. No era amor, tonta. Sólo sexo.

De acuerdo. Pero la mañana del pinchazo, la lluvia la empapaba cuando se apoyó contra el coche, sintiéndose tan mal que apenas podía mantenerse en pie. Él había bajado a medio vestir, la había sujetado mientras vomitaba. ¡Eso no podía haberle parecido sexy!

Ese día había sido encantador. Había ido a Richmond. Le había comprado un coche, y no un coche cualquiera, sino el Cherokee que a ella le gustaba con locura. Había dicho que quería que pareciera una profesional, como si estuviera orgulloso de ella.

Además, eran compatibles. Habían compartido muchas tardes en la sala de estar, lo habían pasado bien reuniéndose con el grupo. Había creído que…

«Admítelo. Te enamoraste de él la primera semana, en el Pájaro Azul. Y anoche ¿recuerdas? Te pusiste un vestido color lavanda con aberturas a los lados. Y cuando se tragó el anzuelo, pensaste que era tuyo».

«Eso pensaste tú, Judy, no él».

Sacó la nota del bolsillo y volvió a leerla.

«Buenos días, amor» no significa «te quiero». «Eres especial para mí» tampoco. Igual que «somos compatibles» no quería decir que debían seguir casados.

Ella había entendido esas cosas. Él no las había dicho.

Ni siquiera tenía derecho a enfadarse por su relación con Mel o con cualquier otra mujer. «No te pido que cambies tu vida», le había dicho. «Lo único que pido es que te cases conmigo por unos meses».

Eso fue en junio y estaban en noviembre. Quizás fuera hora de devolverle la libertad.

Él canceló la última reunión. Estaba deseando volver a casa, para verla.

Ella no estaba cuando él llegó, aunque eran más de las cinco. Encendió el fuego en la sala, paseó por la habitación, esperando. Cuando oyó el coche en el garaje, salió al vestíbulo a recibirla. Llevaba puesto el conjunto verde esmeralda «diseñado para disimular

la abultada tripita». Pero no la ocultaba del todo, ni siquiera con la chaqueta. Con la cara pálida y el pelo revuelto, se movía con los andares inconfundibles de las mujeres embarazadas. Estaba adorable.

—Hola, amor —saludó, acercándose para tomarla entre sus brazos.

—¡Hola a ti! —Sonrió ella, pasando por su lado a toda prisa—. Deja que vaya a dejar todo esto y a lavarme las manos. Sé que Sadie tiene la cena preparada.

La esperó hasta que regresó, sin chaqueta y sin bolso, con el pelo menos despeinado.

—¿Qué tal fue el viaje? —preguntó con una gran sonrisa, totalmente artificial, al pasar apresurada por su lado.

—Bien —replicó él, preguntándose si lo había oído mientras la seguía.

Siempre que estaban solos comían en la salita para el desayuno. Siempre hablaban de naderías, y Sadie participaba en la conversación mientras les servía la comida.

Entonces, ¿qué era lo que parecía distinto? ¿Por qué Judy hablaba a toda velocidad, con una especie de animación forzada? Estaba haciendo que se sintiera muy incómodo. ¡Como un invitado no deseado en su propia casa!

Le pareció que ella iba a pasarse la salita de largo y no le dio esa oportunidad. Se paró ante ella y le abrió la puerta.

—Tenemos que hablar.

Por un momento le pareció que iba a negarse, pero al final ella asintió con desgana. Entró y se paró ante él, con la mesa de ajedrez entre ellos. Parecía muy pequeña, vulnerable y, ¿dolida, quizás?

—¿Qué es lo que va mal, Judy? —preguntó.

—¿Mal? ¿Qué quieres decir?

—Para empezar, ¿por qué evitas que te toque?

Esa pregunta, tan directa, fue como una bofetada. No había esperado que fuera tan brusco.

—Porque… —dudó. «Porque si me tocas estoy perdida. Me olvido de la razón, de la dignidad, de Mel. Sólo pienso en ti y en cuánto te deseo, en cualquier momento y en cualquier lugar, sin que nada me importe»—. Porque eso conduce… al error.

—¿Al error?

—Igual que ocurrió el sábado.

—Creí que habías disfrutado con lo que ocurrió.

—El sexo siempre es agradable —aseveró ella, hablando como la mujer experimentada que no era.

—¿Has hecho comparaciones para comprobarlo? —ironizó él. No estaba dispuesto a dejar que se saliera con la suya.

—Yo…, bueno, es igual —replicó, sonrojándose. Lo miró duramente—. Esto no es hablar. Es como un interrogatorio. ¿Por qué

me atacas así?

—Estoy intentando comprender. ¿Qué intentas decirme?

—Mira, lo único que digo es que los dos somos seres humanos, con necesidades físicas que pueden… pueden complicarnos la vida.

—¿Complicarnos?

—Tú, es decir, nosotros, caímos atrapados en este matrimonio de conveniencia. Por nuestra propia comodidad hemos mantenido las apariencias. Pero, en realidad, no es más que una mentira —explicó pasándose la lengua por los labios resecos. Él tenía de nuevo esa mirada de estar intentando comprenderla que la volvía loca. ¿Es que no se daba cuenta de que le estaba devolviendo la libertad? Sin acusarlo ni recriminarlo. No estaba gritando, ni sacándoles los ojos a él y a esa Mel, quienquiera que fuese.

Por Dios, simplemente le dejaba que hiciera lo que quisiera. Abrió los ojos de par en par, tragándose las lágrimas.

—Es hora de que acabemos con esta farsa. Estamos intimando demasiado.

—Oh, Judy, escúchame —dijo, rodeando la mesa y alargando los brazos hacia ella.

—¡No me toques! —Judy pensó que si la tocaba estaba perdida. No tendría ningún reparo en volver a su cama, en ser otra de sus aventuras.

No se dio cuenta de que había gritado, pero él sí. Se quedó parado. Dios, nunca jamás había forzado a una mujer y no iba a empezar ahora.

—Judy, ¿qué pasa? A mí me gusta que intimemos. Pensé que a ti también.

—Pues no. Estoy harta de esta historia. Estoy harta de ti —se interrumpió bruscamente. Lo miró horrorizada—. No, no quería decir eso. Has sido maravilloso, muy comprensivo. De veras que te lo agradezco. Pero necesito volver a mi ambiente. Hicimos un acuerdo por unos meses. Vamos a ponerle fin, Jake. Por favor. ¿Podríamos hablar de esto en otro momento? Estoy agotada.

Se apartó para dejarla pasar. Vio cómo se cerraba la puerta tras ella. Nunca se había sentido tan abandonado.

Lo decía en serio. No quería continuar con el matrimonio, ni con él.

Jake no estaba acostumbrado a que lo rechazaran. Más bien solía ser al revés. Siempre tenía el mismo problema, no sabía si las mujeres lo querían a él o querían su dinero.

Judy le había dejado muy claro que no quería ninguna de las dos cosas.

Poner fin a la historia no era fácil. Era fácil poner los medios. Judy

se sumergió por completo en su trabajo. Se retiraba a su dormitorio todos los días, evitando la salita para no estar con él a solas.

Pero no era fácil sacárselo de la cabeza. Ni olvidarse de su sonrisa burlona cuando la ganaba al ajedrez, ni de su mirada asombrada las pocas veces que ella había conseguido ganarle. Echaba de menos todos esos momentos. Echaba de menos el sonido de su voz, de su risa. Echaba de menos la delicia de sentir sus brazos alrededor de ella. No era fácil no desearlo, estuviera cerca o lejos.

Después de esa última conversación en la salita, Jake viajó bastante. Fue a jugar al golf a Florida, a una carrera de veleros en México, a reuniones de negocios, y no sabía adónde más. Nunca le preguntaba por sus viajes.

Pero siempre lo echaba de menos.

Él necesitaba marcharse de allí. No podía soportar ver cómo ella lo evitaba.

Tampoco era fácil no mirarla. Aunque ya había sido difícil aquella semana que pasaron en el Pájaro Azul, eso no se podía comparar con cómo se sentía ahora. Ella estaba más bonita. Era como si el embarazo la hubiera hecho florecer: tenía el pelo más dorado, las mejillas más sonrosadas y sus preciosos ojos azules irradiaban serenidad. Pero no tanto últimamente. Algo estaba disturbando su tranquilidad. Creyó que quizás tenía demasiado trabajo y llamó tanto a Charlie como a Jim, que ya se había reincorporado. Les sugirió que le dieran menos trabajo y dejó su teléfono, para que lo llamaran en cualquier emergencia. Aunque ella no quisiera tener nada que ver con él, era su esposa. Iba a tener un hijo suyo.

De cualquier manera, no podía evitar querer cuidar de ella. Se sentía más cercano a ella que a ninguna otra mujer. Quizás fuera por las confidencias que habían compartido, por la intimidad.

Intimidad. Ella había dicho que no era más que sexo. Bueno, no cabía duda de que él tenía mucha más experiencia que ella, y ¡sabía perfectamente que esto era más que algo puramente sexual!

Para él. No para ella.

No se lo creía. Era imposible, lo había abrazado, había gritado su nombre una y otra vez. Lo amaba, ¡seguro! En brazos de la pasión quizás, pero ¿y después?

«¡No me toques!» había gritado, casi aterrorizada. Después había intentado que no se sintiera mal, disculparse: «Dos seres humanos con necesidades físicas. Atrapados».

No pensaba retenerla en contra de su voluntad. Ella tenía razón. Habían hecho un trato. Y tal vez, tal y como estaban las cosas, hubiera llegado el momento de ponerle fin.

No era fácil.

Él no se había dado cuenta de la fuerza que había adquirido la

ilusión que habían creado: un matrimonio felizmente casado, uno más de un grupo de parejas muy unidas.

El grupo siguió reclamándolos, incluso insistían en que Jake cancelara sus compromisos para que asistiera a las celebraciones especiales: el día de las elecciones en Dover, para celebrar a medianoche la magnífica tercera victoria de Al, la fiesta que daba Lisa el Día de Acción de Gracias, la cena de Navidad en casa de los Stanford. Y además, por supuesto, las reuniones de rutina: para jugar al póquer, o una cena de improviso, en cualquiera de las casas.

Podrían haberse excusado, y lo hicieron de vez en cuando. Pero la mayoría de las veces aceptaban. No querían perderse toda la diversión. Era más que diversión, pensaba Judy. Formar parte de un grupo era como tener una cálida manta en la que envolverse, como un refugio en mitad de una tormenta.

No estaba bien pensar eso. Deberían haber empezado a preparar al grupo, tanto como a ellos mismos, para el divorcio por incompatibilidad que se avecinaba. Demostrando tirantez, incluso quejándose un poco. Pero parecía que estar con el grupo, compartiendo las bromas y las risas, los acercaba más, y a veces Jake y ella se miraban, sonriendo, cuando un comentario les evocaba recuerdos que compartían.

Deberían haber fijado una fecha, haber preparado el juicio. Ella debería estar preparándose para la separación, buscando un apartamento para ella y para el niño. No quería volver a casa de sus padres. Tal vez pudiera quedarse con una de las casas del East End de Richmond.

Ella sabía perfectamente todo lo tenían que hacer. Pero nunca encontraban el momento adecuado.

Capítulo 13

—¡Judy! ¡Era contagioso! —exclamó Lisa, jubilosa, por teléfono.

—¿Contagioso? —repitió Judy, curiosa.

—Estoy muy contenta de haberlo comprado. Es el vestido de la suerte. Claro que todavía es demasiado pronto para ponérmelo, pero…

—Lisa, ¡estás embarazada!

—¡Embarazada! ¡Preñada! ¡Esperando un hijo! Estoy de dos meses, según el doctor Lacey. No me lo podía creer. Dejé de estar pendiente y no me había dado ni cuenta.

—Lisa, es maravilloso. Me alegro mucho.

—Yo también. Sabes una cosa, Judy —Lisa bajó la voz, casi convirtiéndola en un susurro—. Fue el vestido. He echado las cuentas. Debe haber ocurrido esa noche. ¿Recuerdas que fui de compras contigo y compré el vestido de premamá? Te dije que no me atrevía a ponérmelo para enseñárselo a Scot pero sí lo hice; él dijo que estaba encantadora y empezó a besarme. Judy, estoy segura de que me quedé embarazada esa noche.

Judy se sentó, asombrada. Quizás la ropa de premamá tenía algo especial. Esa noche ella le había mostrado la suya a Jake, y, bueno, había sido una noche muy especial. En cambio, ahora…

—Judy, ¡Judy! ¿Estás ahí?

—Sí —contestó, intentando retomar el hilo de la conversación—. Estoy escuchando.

—Eso fue hace dos meses ¿no? —Se rió Lisa—. A lo mejor fue una noche de suerte, ¿no? Estoy encantada. Lo estoy gritando a voz en grito. Y lo mismo le pasa a Scot. Tuve que impedir que empezara a repartir los puros ahora. Él quiere un niño; a mí me da lo mismo.

—O sea, que te lo vas a quedar, sea lo que sea.

—¡Puedes apostar! Judy, igual tú tienes un niño y yo una niña, o viceversa. En ese caso podemos firmar un contrato para que se casen cuando cumplan los dieciocho. Bueno, veinticinco. Como en los viejos tiempos. ¿Qué te parece?

—Creo que estás loca —Judy se atragantó. Sus hijos ni siquiera compartirían las fiestas de cumpleaños. Para entonces, ella estaría sólo Dios sabía dónde, pero sin duda lejos del «grupo». Tragó saliva con dificultad—. ¿No te habías enterado? Hoy en día los niños nacen con ideas propias.

—Ya lo sé. Digo tonterías porque estoy loca de felicidad. Scot dice que debería tirar todos los libros sobre bebés a la basura y dejar que nuestros hijos crezcan a su aire.

—Pero no serías tú si no planificaras todo —rió Judy.

—Supongo que no —suspiró Lisa.

—Bueno, la que va a hacer planes ahora soy yo.

—¿Para?

—Para la fiesta de celebración de ese esperado y deseado embarazo —explicó. Era lo menos que podía hacer por la mujer que la había incluido en el grupo con esa divertida fiesta para darle la enhorabuena, cuando no era más que una recién casada, atrapada, nerviosa y perdida—. Sólo tienes que decirme cuándo te viene bien —añadió, enjugándose una lágrima de la mejilla. Fijaron una fecha.

Pero, antes de ese día, tenía que hacer sus propios planes. No podía seguir para siempre actuando como si fuera parte del grupo, como si fuera parte de Jake. No lo soportaba más. No soportaba no tocarlo cuando estaba cerca, echarlo de menos cuando estaba de viaje. No oírlo cantar en la ducha.

Muchas veces, estando en su cuarto de baño, había pegado la oreja a la pared para escucharlo. Le encantaba escuchar su voz de profunda de barítono, suave y sosegada, por encima del ruido de la ducha. Le gustaba oírlo salir de la ducha, silbando la misma melodía sin esfuerzo aparente. Con alegría.

Ya no cantaba en la ducha. Lo sabía porque siempre estaba pendiente.

¿Sería porque era infeliz? ¿Deseando salir por fin de la trampa?

Viajaba mucho. ¿Cantaría cuando estaba lejos? ¿Con la otra?

Era hora de dejarlo libre. Quería que fuera feliz dondequiera que estuviese.

Así que, por fin, tanto por él como por sí misma, comenzó a prepararse para la separación. Eligió una de las casas del East End. Era pequeña, con dos dormitorios y sólo un cuarto de baño. Estaba al final de una calle sin salida, mucho más segura para un niño que una calle abierta. Tenía bastante terreno delante y detrás, y algo raro en esa zona, un patio de ladrillo en la parte posterior. El patio, como el resto de la casa, necesitaba muchas reformas. Pero sería divertido crear una casa cómoda y bonita, adecuada para ella y para el niño. Añadiría otra habitación y otro baño. Necesitaba sitio para tener una interna, porque tendría que seguir trabajando.

Sentada en el Cherokee, diseñó mentalmente los planos de las reformas que haría, imaginándose una casa alegre y segura para un bebé de ojos azules. Pero se sentía tan decaída como el tejado hundido que tenía antes sí.

La casa parecía más destartalada que nunca, sobre todo entonces, cubierta de nieve a medio derretir.

No había nada que hacer hasta la primavera. No iba a poder esperar a que la casa estuviera arreglada. Tendría que alquilar un apartamento o vivir con Jim y Alicia durante un tiempo.

Jim y Alicia se habían ido a Florida por un mes, en parte por la

salud de Jim, pero también porque la construcción iba tan despacio que podían apañarse sin él. Judy se alegró de que estuvieran fuera. No le apetecía contarles lo del divorcio. Suspiró. Contarle a la gente que se separaba iba a ser tan difícil como lo había sido explicarles su súbito matrimonio.

Arrancó el Cherokee y se marchaba cuando vio el cartel de Se Vende, que se había caído. Eso le recordó que todas las casas estaban en venta. No quería que le quitaran ésta de las manos. Tenía que decírselo a alguien, a Charlie.

Lo encontró revisando unos armarios en una casa en la que, a Dios gracias, habían puesto aislante antes de que llegara el invierno. Le gustó la idea de parar un rato para tomar un café.

—Voy a quitar la casa del número diez de la calle Brady de la lista —le dijo—. Quiero quedarme con ella.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—Para mí —dijo, sin apartar la vista de la humeante taza de café —. Mira, no quiero que se lo comentes a nadie, pero estoy pensando en dejar a Jake —dijo. Más que verlo, sintió el sobresalto de Charlie al oírla.

—¡Oh, no! Bueno, quiero decir… —se interrumpió—. Lo siento. Ha venido por aquí algunas veces, sabes, y bueno, siempre me ha parecido un tipo muy decente.

—Sí, sí. ¡Lo es! —exclamó Judy. No quería que nadie pensara lo contrario—. Es más que decente. Es bueno, considerado, y generoso — ahora fue ella quien calló bruscamente. Tenía que dar alguna razón—. No tiene nada que ver con él, con cómo es él. Es otra cosa, tiene un estilo de vida muy distinto. No encajo.

Aunque deprimida, no pensaba estropear la fiesta de Lisa. Judy estaba empeñada en que fuera tan festiva y tan divertida como lo había sido su fiesta de bienvenida al grupo.

—No estarás fuera ese día, ¿verdad? —le preguntó a Jake dos semanas antes de la fiesta.

—Volveré a tiempo. ¡No me la perdería por nada! Scot me mataría si faltara para jugar al golf. Además, Lisa es muy especial para mí. Está en el séptimo cielo, ¿no?

—Sí —Judy se dio la vuelta. Para ella había sido muy distinto. Su vida se había desbaratado por completo.

Bueno, no iba a permitir que lo sucedido hacía casi siete meses empañara la felicidad de Lisa. Puede que también fuera una fiesta de despedida, pero sería una despedida de lujo. ¡Una celebración por todo lo alto!

Lo planificó todo cuidadosamente, eligiendo con cuidado la distribución y la gama de colores dominante, amarillo neutro, y

compró globos y otros adornos. El día de la fiesta no fue a trabajar, para ayudar a Sadie a finalizar las preparaciones.

—¡Bájate de esa silla, criatura! —La regañó Sadie, tres horas antes de que empezara la fiesta—. Podrías caerte. Además, ya hay suficientes globos colgados por todos sitios.

Judy sonrió avergonzada y obedeció. Sabía que estaba exagerando. Después de todo, no era más que otra reunión del grupo. Especial porque sería la última para ella. Claro que nadie más que ella lo sabía, ni siquiera Jake.

¿Dónde estaba Jake? Había prometido acortar su viaje a Florida para estar allí. Pero sólo faltaban dos horas y media. Estaba pendiente de oír su coche. Se preguntaba si algo o alguien lo habían retrasado. ¿Mel? No podría soportarlo si no venía.

—¿Por qué no subes y descansas un poco? —Preguntó Sadie—. Tienes tiempo de sobra y te hace mucha falta.

Judy asintió. No quedaba nada por hacer y esperar no servía de nada. Jake aparecería o no, ya lo vería.

Subía las escaleras cuando oyó su coche. Corrió arriba, no queriendo que él viera el alivio y el placer que no podían por menos que notársele en la cara. Estaba aquí. Ahora podía relajarse, incluso dar una cabezada.

Pero no pudo. Estaba demasiado excitada y nerviosa. Se quedó tumbada en la cama, escuchando lo sonidos de la habitación contigua.

Jake se movía por la habitación. ¿Estaría deshaciendo la maleta? No silbaba.

Ella no hacía más que dar vueltas, no podía ponerse cómoda. Le alegró que llegara la hora de vestirse. Estaba en la ducha cuando sintió un dolor en la parte baja de la espalda que la dejó sin respiración, tuvo que apoyarse contra la pared de la ducha. Es como el dolor de un período, pensó, comenzando a respirar cuando el dolor disminuyó. Bueno, eso no podía ser. Era un dolor muscular. Sadie tenía razón, había estado subiendo y bajando de las sillas demasiado. Tomó una ducha larga, dejando que el agua caliente relajara sus músculos cansados.

Se puso el vestido color lavanda y, nerviosa, se miró en el espejo. Estaba bien. Había ganado peso, pero no demasiado. Eso la alegró, porque quería llevarlo puesto. Era como un símbolo de los buenos tiempos.

Pensó en eso. Si era honesta, no recordaba malos tiempos. No se habían peleado ni tenido desacuerdos. Habían vivido juntos cómodamente, en apariencia como una pareja normal, felizmente casada.

Hizo una mueca. Si de veras hubieran sido una pareja felizmente casada, habría habido una pelea de órdago. ¡Ella habría montado un

escándalo con lo de Mel! Probablemente se sentiría igual de mal que ahora, y lo hubiera dejado, exactamente como iba a hacer.

Bueno, era mejor no pensar en eso. Era hora de la fiesta. Se pintó los labios, se cepilló el pelo y bajó. Los invitados llegarían enseguida.

—¡Eh, eh! ¡Esta va a ser una superfiesta! —exclamó Jake, mirando los adornos.

Ella lo miraba a él. No contaba con que estuviera abajo. No estaba preparada para ver su pelo decolorado por el sol y su piel morena. Tenía el mismo aspecto que el verano pasado en el Pájaro Azul. ¿Había mirado al sol con los ojos entrecerrados en Florida? ¿Estuvo Mel con él? Judy sintió celos, aunque su corazón saltaba de alegría porque él estaba allí.

—Está muy bien, Judy. A Scot y a Lisa les va a encantar. Gracias —dijo, como si lo hubiera hecho para él.

¿Era posible que lo hubiera hecho por él? Para probar que debían seguir siempre juntos. Judy hizo una mueca al sentir de nuevo el extraño dolor.

—¿Qué te pasa?

—Nada —no iba a permitir que un estúpido calambre la estropeara la fiesta—. Esto no está bien del todo —dijo toqueteando un arreglo de flores— Oh, el timbre. ¿Abres tú?

La fiesta fue alegre y divertida, como todas sus reuniones; todo el mundo hablando a la vez y tomándose el pelo los unos a los otros. Pero a Judy se le hizo eterna. Quizás se había excedido, se sentía muy cansada. Intentó que no se le notara, uniéndose a las risas y bromas de las que eran objeto Scot y Lisa. Scot estaba aceptando apuestas sobre el sexo del bebé.

—Los que acierten cobrarán y los que fallen pagarán —dijo, comiéndose a Lisa con los ojos. No era de extrañar, pensó Judy, Lisa estaba más guapa que nunca, radiante de felicidad.

Mientras Judy miraba, la invadieron oleadas de dolor y de envidia, que se asentaron en su pecho como un gran peso. Nadie se había sentido feliz cuando ella se quedó embarazada. Nadie

¡Santo Dios! Tenía envidia. Y se estaba descargando en la feliz pareja que había ante sus ojos. Ellos no tenían la culpa del lío en que estaba metida. ¿Qué le pasaba? Puede que fuera ese dolor que sentía en la espalda de vez en cuando. Jake la estaba observando con ojo crítico, y eso la ponía nerviosa. La fiesta iba bien, todos parecían muy contentos.

—¡Venga! —gritó—. Preparaos. ¡He hecho el postre yo!

Sadie lo llevó a la mesa y sirvió las porciones de tarta de limón y merengue. Fue todo un éxito. Todos los hombres repitieron.

—¡Espléndida! —afirmó Jake, y le tiró un beso desde el otro lado de la mesa.

Judy se sonrojó. El beso y el cumplido la hicieron sentirse como si un buen vino corriera por sus venas, intoxicándola.

Estaban relajándose, tomando café y brandy en el salón, cuando la conversación se centró en el viaje de Jake a Florida y en el golf.

—¡Un tipo con suerte! —Dijo Scot—. Holgazaneando al sol mientras que los demás trabajamos como esclavos, encerrados en la oficina.

—¿Ah, sí? ¿No estuviste en Londres el mes pasado? —Preguntó Jake—. A mí me parece que siempre estás en algún sitio. En Bermudas, en la Riviera francesa, o en cualquier otro lugar agradable donde puedas apuntarte a una reunión de negocios.

—Una sala de reuniones no es muy distinta de la oficina —declaró Scot—. Sigue siendo trabajo.

—Debe ser muy duro —se compadeció Jake, burlón.

—Bueno, no es igual que broncearse mientras uno perfecciona sus golpes de golf. Hace mucho que de lo vengo diciendo, amigo, hay un abismo entre los que trabajamos de nueve a cinco y vosotros, ricos haraganes.

Judy comenzó a enfadarse mientras seguían bromeando. No le importaba quién ganara sus estúpidos juegos, pero no le gustaba que dijeran que Jake ganaba siempre porque se pasaba el día jugando. Hacía muchas más cosas. Era tan modesto y daba tan poca importancia a las cosas maravillosas que hacía, que nadie se daba cuenta. Demasiado tranquilo, pensó ella, con ganas de zarandearlo. Estaba allí sentado como un bulto, sonriendo, mientras Scot, Al e incluso Stan, le tomaban el pelo.

—Debe de ser agradable —concluyó Scot— pasarse el día tirado, recortando cupones, mientras los demás trabajamos para que la economía siga en marcha.

—¡Deja ya de decir eso! —gritó, quedándose tan sorprendida como los demás al verse de pie, con los puños cerrados—. Jake no es un simple playboy. Puede que no trabaje detrás de un escritorio, pero contribuye más a la economía mundial que la mayoría de la gente. Tú mismo lo dijiste. Impidió una fusión y así consiguió salvar dos mil puestos de trabajo. De trabajadores que tienen familias que mantener, niños que educar. Deberías alegrarte de que sea rico. Porque es bueno, considerado y generoso, y se preocupa por la gente. Es como un director que mueve su dinero como una varita mágica para promocionar buenas ideas. No sólo para grandes empresas, también para gente sin importancia que tiene buenas ideas y no tiene medios; como el ingeniero que quizás construya un coche eléctrico que nos libre de la contaminación, o los dos jóvenes que ahora dirigen una agencia de viajes. Si no fuera por Jake, seguirían vendiendo hamburguesas, en lugar de tener una empresa que está creando

puestos de trabajo. Y te diré algo más. Debería alegrarte que juegue. Conoció a ese ingeniero en un campo de golf, y a esos dos chicos en un partido de baloncesto. Porque escucha, incluso a un adolescente que quería entrar en el equipo de baloncesto del colegio, Jake le dio clases de álgebra y… —dio un grito ahogado al sentir una fuerte contracción. Se puso la mano en la espalda e hizo una pausa, dándose cuenta de repente de que todos la miraban.

¿Qué le había pasado? Dar un discurso sobre Jake a esta gente, que lo conocía mucho mejor que ella, que sólo estaban bromeando. ¿Qué pensarían de ella?

Sonrió avergonzada, sintiéndose totalmente ridícula.

—Vale, chicos. Se acabó el discurso. Sólo quería asegurarme de que apreciáis a mi marido —y miró a Jake. Él había estado tirado en el suelo, delante del fuego, pero ahora estaba sentado muy erguido, mirándola con fijeza. Ella bajó los ojos, se sentó, y deseó poder borrar las palabras que había dicho.

—Eso te enseñará a no meterte con Jake cuando Judy esté delante —rió Stan. Judy sintió un gran alivio.

—Claro que sí —dijo Lisa—. Me alegra que estés aquí Judy. Llevo tiempo intentando que dejen de meterse con Jake.

Judy sonrió, sintiéndose algo mejor.

—No era con mala intención, señora Masón —dijo Scot haciéndole una reverencia—. De vez en cuando, hay que castigarle un poco. Lo hace todo demasiado bien.

Judy le sonrió. No llegó a contestar, pues sintió otro fuerte dolor. No eran calambres musculares. Pero aún era pronto, ni siquiera siete meses. ¡Dios! ¿Acaso iba a perder el bebé?

Capítulo 14

El resto de la tarde fue como una nube borrosa para Judy. Siguió allí, riendo y bromeando con los demás, ignorando los espasmos que sentía. Negándose a creer lo que sucedía. Era demasiado pronto. No iba a perder el bebé. ¡De eso nada!

¿Cómo lo sabía? Por el tiempo, los niños venían cuando las contracciones eran muy seguidas. Estas sucedían cada media hora, quizás algo más. Pero no iban a seguir así durante dos meses. ¡Sólo faltaban dos meses! «Por favor aguanta», suplicaba al niño en silencio. «Aguanta, por favor».

Ya se iban. De pie junto a Jake, se despidió de ellos con alivio. Podría subir a tumbarse y los dolores desaparecerían.

—¿Tienes un momento, Jake? —oyó que decía Al—. Necesito tu consejo sobre ese proyecto de ley que quiero presentar.

—Claro —dijo Jake—. ¿Por qué no os quedáis Ada y tú a dormir? Así podremos hablarlo por la mañana.

—No puede ser. La reunión del comité es mañana a primera hora. Tenemos que volver a Dover esta noche.

—Maldita sea, Al —masculló Jake—. Siempre lo dejas todo para el último momento —pero accedió, como Judy esperaba—. De acuerdo, vamos a la sala de estar.

«Nunca se niega a escuchar», pensó Judy siguiéndolos. Jake se volvió hacia ella.

—Estás muy cansada, Judy. Sube a descansar. A Ada no le importará.

—Claro que no —dijo Ada—. Sé que necesitas descansar. Sube, yo me quedaré con los hombres y así me aseguraré de que Al no entretiene demasiado tiempo a Jake. Ha sido una fiesta fenomenal —añadió, besando a Judy en la mejilla.

Judy subió a su dormitorio aliviada. Pero se había dado cuenta de cómo la había despachado Jake. Había recalcado el hecho de que lo había avergonzado, al meterse con Scot. Scot, ¡que llevaba tomándole el pelo de esa misma manera durante toda la vida! Ella, una extraña, no lo había entendido. No encajaba en su círculo.

Se quitó los zapatos de un puntapié, enfadada. «No todo fue culpa mía. ¡Yo quería este niño tan poco como tú!» Un fuerte espasmo la volvió a la realidad ¿Qué estaba diciendo?

—No lo decía en serio —exclamó en voz alta. Sus manos volaron a acunar al niño que llevaba en el vientre—. Sí que te quiero. Por favor, aguanta. No quiero perderte. Eres lo único que tengo, lo único que tendré de ahora en adelante —paseó por la habitación, preguntándose qué había ido mal. Había seguido las instrucciones del doctor

religiosamente, se había hecho la prueba. En la ecografía no pudieron ver el sexo del bebé, por su postura, pero le habían asegurado que estaba sano. Entonces, ¿qué ocurría?

—No lo decía en serio —susurró—. Te quiero. Te concebimos con amor, esa noche, la más maravillosa de mi vida. ¿Recuerdas? Fue en el Pájaro Azul —Judy se quedó parada. El Pájaro Azul. Si fuera allí, donde lo habían concebido, ¿lo recordaría el niño? ¿Volvería todo a ir bien?

Se puso los zapatos, agarró el abrigo y salió silenciosamente de la casa.

Para cuando llegó a la autopista, en su Cherokee, empezaba a nevar. Daba igual. Las carreteras estaban bien. Y sabía que el Pájaro Azul estaría allí esperándola. Jake no salía a navegar en invierno, pero iba allí de vez en cuando a relajarse. Sims siempre lo tenía a punto. Le pediría la llave. Pero cuando llamó a Sims, no hubo respuesta. ¿Estaría en el barco? No lo sabía, pero sentía una necesidad urgente de ir allí. Para recordarle al bebé que lo habían concebido con amor.

«Por favor, que esté allí», se repetía mientras cruzaba el aparcamiento. «Gracias», murmuró para sí, cuando subió a bordo y vio luz en la cabina. Presionó el timbre y esperó. Bastante tiempo. Quizás Sims no estaba allí y se había dejado la luz encendida. Estaba loca por haber ido allí. Oyó unos pasos ligeros.

—Jake, ¿eres tú? —preguntó una voz cautelosa. Una voz de mujer. A pesar del frío, sintió el calor de la ira que hervía dentro de ella.

—No soy Jake. Soy su mujer. Judy Masón —dijo. Tenía derecho, ¿no? ¡Era su mujer! La puerta se abrió inmediatamente.

—Oh, entra, por favor.

Judy entró, y se miraron fijamente. Tenía unos ojos preciosos, color verde mar, la nariz pequeña y respingona, y los labios perfectamente dibujados. Una nube de pelo rojizo caía en cascada sobre sus hombros, y tenía un aspecto etéreo y delicado, incluso envuelta en el albornoz azul que Judy había usado una vez.

Judy se sintió incómoda, como si fuera un gran globo inflado, solo que más pesado.

Ninguna de las dos habló pero Judy leyó la pregunta claramente en los ojos verdes: «¿Qué diablos haces aquí a esta hora de la noche? ¿Espiar a Jake?»

—No estoy… —se interrumpió de inmediato, dándose cuenta de que iba a contestar una pregunta que no le habían hecho—. Es que… lo siento —farfulló. Había hecho mal en ir allí. No tenía ningún derecho a estar donde no pertenecía. Le había prometido no entrometerse en su vida—. Eres Mel —dijo, sin fijarse apenas en su suave gesto de asentimiento. Esta era Mel, que había formado parte de la vida de Jake mucho antes que ella. ¿La mujer que sería su esposa si ella no lo

hubiera atrapado?

—Lo siento —repitió—. Me marcharé —no tenía nada que hacer allí, donde Mel lo esperaba.

—¡No seas ridícula! No puedes salir con este tiempo, y en tu estado, además. ¿Cómo demonios se te ha ocurrido? —Calló, y el asombro dio paso a la compasión—. Mira, no sé lo que ha pasado, pero ahí fuera está nevando. ¿O es que no te habías dado cuenta? —el brillo de sus ojos verdes alivió la tensión y Judy obedeció su orden: «Entra a la cocina y deja que te prepare una bebida caliente. Debes estar congelada.»

Estaba congelada. Y se sentía como una tonta, sentada en el banco, acurrucada en el abrigo, viendo a Mel llenar un vaso de leche y meterlo en el microondas con la familiaridad de alguien que pertenecía a ese lugar. «Debo de estar loca», pensó Judy. «Venir hasta aquí sólo por pensar que el bebé...» Respiró profundamente, dándose cuenta de repente. Los dolores habían cesado. ¿O había estado demasiado preocupada para notarlos?

Notó una patada en el vientre, como para tranquilizarla. Sin contracción. Había hecho bien yendo allí. Todo había vuelto a la normalidad.

—Santo cielo, tienes los zapatos empapados.

Judy, todavía pensando en el pequeño milagro, vio a Mel arrodillarse para quitarle los zapatos color lavanda. El brillante pelo rojo le caía por la cara, envolviéndola como un halo, y comenzó a darle masaje en los pies con manos suaves y calientes. Como si fuera un ángel.

Pero no hablaba como un ángel.

—Esto que has hecho es una maldita estupidez. Venir hasta aquí pisando la nieve con estos zapatos. ¡A esta hora de la noche! ¿Os habéis peleado? ¿Sabe Jake dónde diablos estás? Claro que no, ¡o no estarías aquí! —el timbre del microondas la interrumpió—. ¿Quieres cacao? —preguntó.

Judy asintió, sintiéndose muy rara. ¿Cómo era posible que estuviera tan cómoda, mientras el amor de Jake la atendía? Podía comprender que Jake la quisiera. Era preciosa. Buena: «Actúa como si fuéramos buenas amigas y le pareciese normal que aparezca aquí y la saque de la cama en mitad de la noche. Ni siquiera ha preguntado la razón. Simplemente, me ha ayudado».

—Esto te hará entrar en calor —dijo Mel, entregándole la bebida.

—Gracias —Judy rodeó la taza con sus manos heladas y bebió. El líquido, dulce y caliente, consiguió tranquilizar sus nervios, dejándola pensar. No había tenido un sólo dolor desde que había llegado. Todo iba a salir bien. Ella tendría a su bebé y Jake tendría a Mel. A la bella y amable Mel. Las lágrimas le quemaban los ojos, pero consiguió

contenerlas. Mel lo haría feliz.

—Tú y Jake… —titubeó. ¿Cómo se le preguntaba a la amante del marido si lo quería de verdad? Pero tenía que asegurarse. La única manera era hacerlo a las claras. Se lanzó en picado—. ¿Tú lo quieres?

—Más que a nadie en el mundo —replicó Mel, sorprendida por la pregunta.

Eso le dolió como un dardo en el corazón. ¿Por qué? Ella deseaba que Mel lo amara. Quería que él fuera feliz.

—Sí, Jake es muy especial para mí —continuó Mel, como si estuviera en otro planeta. Tenía los codos apoyados sobre la mesa, la barbilla entre las manos y los ojos perdidos, mirando al infinito—. Si no hubiera venido… la verdad es que me salvó la vida.

—¿Sí? —Dijo Judy, intrigada por el dolor que vio en su ojos verdes —. ¿Qué ocurrió? —preguntó curiosa.

Mel se volvió hacia ella como si recordara de repente que estaba allí.

—¡Maldita sea! ¿Por qué habré mencionado eso? Ocurrió hace unos seis años, cuando era una inocente y estúpida jovencita de dieciocho. Me había escapado de casa y tenía demasiado orgullo como para volver —tomó la taza de Judy, la aclaró en el fregadero y la metió en el lavaplatos, sin dejar de hablar—. Cuando Jake vino a recogerme, yo estaba fatal.

«También a mí me rescató», pensó Judy.

—¿Te trajo aquí?

—¿Aquí?

—Al Pájaro Azul.

—¡Claro que no! Me llevó a casa y me hizo razonar —dijo Mel, apoyada contra el fregadero—. Es raro que lo preguntes. Jake siempre ha tenido un barco y siempre habíamos navegado mucho. Pero yo lo estaba pasando fatal, intentando olvidarme de Di…, olvidarme de lo que había ocurrido. Si Jake no me hubiera obligado a salir a navegar, creo que no habría recuperado la fuerza y el coraje necesarios para volver a enfrentarme a la vida.

—Te entiendo. Un velero te ayuda a volver a sentir el viento —corroboró Judy. Al menos eso le había pasado a ella, pensó.

—Sí. Puedo pilotar un barco tan bien como Jake, pero me muevo demasiado como para tener uno propio. El barco de Jake es como mi descanso del guerrero siempre que vuelvo a casa. Llegué esta tarde y vine directamente aquí. Siempre intento convencerme de que lo hago porque está cerca del aeropuerto —sonrió Mel, juguetona—. En realidad, es porque en el Pájaro Azul me siento más a gusto que en mi propia casa. Incluso aunque no salga a navegar.

—Comprendo —dijo Judy. Parecía que entre Mel y Jake había mucha historia—. Tú y Jake os conocéis desde hace mucho tiempo,

¿no?

—De toda la vida. En la numerosa familia Masón somos un montón de primos, pero Jake y yo siempre nos hemos llevado mejor que nadie. Quizás sea porque nuestras madres se llevaban muy bien, mejor que muchas hermanas. Es cuatro años mayor que yo, pero siempre lo he considerado como un hermano.

—¿No sois…? —Judy intentó concentrarse. Felicidad, incredulidad y confusión se entremezclaron—. ¿Sois primos carnales?

—Claro. ¡No me digas que nunca te ha hablado de mí!

—¡No! —exclamó Judy, oscilando entre la alegría y el enfado: «Sólo dejó que me pusiera tu ropa. Dejó que me volviera loca de celos».

—¡Ese cerdo! A mí tampoco me contó nada de ti. Te mencionó hace un par de meses.

«Porque nuestro matrimonio es un simulacro», pensó Judy. «Quizás estaba esperando a que rompiéramos».

—¿Qué te dijo? —preguntó Judy, aguantando la respiración. ¿Le había dicho a su prima que ella lo había atrapado?

—Bien poco. Sólo que os habías casado y que estabas embarazada.

Judy recordó el día de su boda. Jake había dicho: «Yo también tengo amigos y familia. Y no pienso dar la impresión de que me han cazado». ¿Por qué la alegraba tanto que no se lo hubiera dicho a Mel?

—Claro, que tengo que reconocer que sólo lo vi un momento —admitió Mel—. Los dos estábamos en Nueva York en viaje de negocios y, cuando nos encontramos, yo estaba a punto de volar a Japón.

—¿A Japón? —murmuró Judy. Estaba pensando en Nueva York y en la llamada que había recibido: «Soy Mel. Lo veré cuando llegue».

—Ya —dijo Judy, pensando aún en la llamada que la había dejado destrozada. Desde ese momento, ella se había encerrado en sí misma. Jake no había sido el culpable. Él había querido abrazarla. Aún recordaba la expresión de su cara cuando le gritó: «¡No me toques!». ¿Habría forma de arreglarlo? ¿De hacerle entender cuánto lo amaba?

—¿No deberíamos llamar a Jake? —Preguntó Mel—. Debe estar loco de preocupación preguntándose dónde estás.

—¡No! —gritó Judy, recordando cómo la había mirado esa noche. Ella lo había hecho todo mal. Al menos podía evitar que se enterara de que había ido al Pájaro Azul—. Él no lo sabe.

—¿No lo sabe? ¿O no se preocuparía?

—Las dos cosas. ¡Ninguna! —se contradijo. No sabía cómo convencer a Mel sin contarle toda la verdad—. No dormimos en la misma habitación, por el bebé —explicó apresuradamente—. No me gustaría que se enterara de que he salido. Si vuelvo ahora…

—¡Por encima de mi cadáver! Jake me mataría si se entera de que te he dejado salir de aquí. Las dos estamos cansadas. Vámonos a la

cama.

Comprendió que Mel tenía razón. Podía quedarse atrapada en la nieve. Quizás no sería posible volver a su dormitorio tan silenciosamente como había salido. Además, estaba agotada.

Aún así, no pudo dormirse. Estaba en el camarote y en la cama de Jake, todo lo que la rodeaba le pertenecía.

—Sigue siendo el Pájaro Azul —le explicó al bebé—. Ésta es la cama de tu papá. Todo va a ir bien —según lo decía, tenía sus dudas. ¿Cómo iba a explicarle a Jake que lo amaba? ¿Acaso le importaba? ¿Estaba enamorado de ella?

«Qué estúpidos somos los humanos», pensó Melody Sands retirándose a su camarote. «No sabemos apreciar lo que nos hace bien, ni despreciar lo que nos hace mal».

Ella se había agarrado a Dirk hasta el final. Incluso después de que él renunciara a ella por unos míseros cincuenta mil dólares. Lo había amado con locura. Era guapo, viril, atrevido; un profesor de esquí que la había enseñado a volar sobre las pistas nevadas y que le había jurado amor eterno.

Había creído en él, lo hubiera acompañado al infierno sin pensar ni un momento en el maldito dinero. Aún recordaba la triste habitación del motel donde había esperado y esperado que él llegara. Hasta que apareció Jake.

A Jake le había costado mucho esfuerzo convencerla de que no odiara a su padre. Dirk era quien había huido como una comadreja al enterarse de que su padre la desheredaría si se casaban.

Horrible. Había tardado mucho tiempo en superarlo. Quizás no lo había superado todavía. No se fiaba de ningún hombre, no se atrevía a volver a enamorarse.

¡No debía pensar en eso! Debería pensar en Jake.

¿Sabía Jake lo que tenía? Esa mujer lo amaba de verdad. Había visto la sorpresa y la alegría de su cara cuando se enteró de que eran primos, no amantes. Pero, incluso antes de saberlo, su primera pregunta había sido: «¿Lo quieres?». Le importaba su felicidad ante todo. ¡Era difícil encontrar un amor más puro que ése!

Aún así, algo iba mal. Judy no debería estar allí, sola, en una noche como ésa. Además, recordó sus palabras: «No dormimos en la misma habitación, por el bebé»

¡Menuda excusa! Algo iba terriblemente mal.

Quizás Jake no la quería. Quizás no se había enterado de lo que se estaba perdiendo.

En cualquier caso, no había jurado que no lo iba a llamar. Descolgó el teléfono.

Judy despertó de un profundo sueño cuando su marido la sacudió suavemente.

—Judy, cariño, ¿estás bien? ¿Y el bebé?

—Sí —musitó, todavía medio dormida—. Estoy bien. El bebé también. Los dos.

Él la agarró por los hombros y la miró duramente.

—Entonces, ¿qué diablos haces aquí? Escapándote así. ¿Por qué? Casi me vuelvo loco. Cuando subí a tu dormitorio y vi que no estabas, que no habías abierto la cama, me…

—¿Fuiste a mi habitación? —preguntó, sintiendo una llama de esperanza encenderse en su corazón.

—Desde luego que sí. Cuando esta noche te enfrentaste a Scot…

—Lo siento. Ya sé que te sentó muy mal —lo interrumpió.

—¿Mal? Me encantó. Lleva metiéndose conmigo desde que íbamos al parvulario.

—Ya lo sé. Pero estaba bromeando y tú lo sabías. Actué como una tonta al intentar…

—¿Al intentar defenderme? Te lo repito, me encantó. Todo lo que dijiste me hizo pensar que quizás te gustaba un poco. Últimamente has estado tan distante que creí que tú no me…

—Oh, Jake, no quería actuar así. Pero tenía miedo, estaba dolida. La noche antes de que fueras a Nueva York fue tan… —le echó los brazos al cuello, ocultando la cara contra su pecho—…tan maravillosa que pensé que todo iba bien entre nosotros.

—Yo también lo pensé, cielo. Yo también —dijo, apartándole el pelo de la cara, besando su frente—. Entonces, ¿qué ocurrió?

Se lo contó todo, con el rostro aún hundido en su pecho. Le explicó todas sus dudas, sus frustraciones.

—Te quiero muchísimo y pensé que tú no me querías a mí. Tenía que poner una barrera.

—Corazón mío, te amo desde que… bueno, puede que no sea desde la primera vez que te vi, vestida de novia; pero sin duda te amaba ya después de la semana que pasamos en el Pájaro Azul.

—Pues no lo demostraste. Sobre todo cuando aparecí de repente, embarazada.

—Ya lo sé. Lo cierto es que sospeché de ti. Pero menos mal que apareciste embarazada. En otro caso puede que nunca hubiera sabido cuánto me importas, cuánto te quiero —dijo, levantándole la barbilla y besándola tiernamente—. ¿Sabes otra cosa? Le estoy muy agradecido a un tipo llamado Ben Cruz. Si se hubiera casado contigo en vez de desaparecer… ¡Dios! ¿Dónde estará? Debería mandarle un cheque.

—¡Bobo! Creo que ya le has pagado lo suficiente —rió ella, pero en el fondo también se sentía agradecida hacia Ben.

—Oye, espera un momento —dijo Jake, irguiéndose y mirándola con seriedad—. No me has explicado por qué viniste aquí, dándome un susto de muerte. Recorrí toda la casa, incluso desperté a Sadie, antes de darme cuenta de que tu coche no estaba allí. Casi había llegado a Elmwood cuando Mel me llamó al teléfono del coche. ¿Por qué te marchaste y viniste aquí?

—Porque aquí concebimos a nuestro hijo —sonrió ella.

—¿Y, qué?

—Empecé a tener contracciones. Una falsa alarma —añadió apresuradamente, al ver la preocupación en su rostro—. Pero pasé mucho miedo. Creía que tú no me querías y que el bebé se sentía rechazado porque… en fin, pensé que si venía aquí, él o ella, recordaría que fue concebido con amor y no me abandonaría.

—Cielo mío —susurró él, acunándola suavemente entre sus brazos.

—Funcionó —siguió Judy—. El bebé se dio cuenta. Los dolores pararon en cuanto llegué aquí.

—Es un bebé muy inteligente —sonrió Jake—. Entendió lo que aún no habíamos entendido nosotros. Pero ahora lo sabemos, ¿verdad? Donde quiera que estemos, en el Pájaro Azul o en cualquier otro sitio, nuestro bebé siempre estará rodeado de amor. De nuestro amor.

Fin